

ANTONIO ORTUÑO

Recursos humanos

Finalista Premio Herralde de Novela



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

ANTONIO ORTUÑO

Recursos humanos

Finalista Premio Herralde de Novela



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

El día 5 de noviembre de 2007, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Juan Cueto, Esther Tusquets, Enrique Vila-Matas y el editor Jorge Herralde, otorgó el XXV Premio Herralde de Novela, por mayoría, a *Ciencias morales*, de Martín Kohan.

Resultó finalista *Recursos humanos*, de Antonio Ortuño.

A Olivia

A Carlos y Mariño, Old School punks

Y soñó una escalera que estaba apoyada en tierra y su extremo tocaba el cielo. Ángeles de Dios subían y descendían por ella.

Génesis, 28:12

ASÍ HABLABA CONSTANTINO

–El buen funcionamiento de esta gerencia, mi querido Mario, está en tus manos.

Eso dice Figuera, el jefe, antes de cerrar la puerta y abandonarme a la soledad de la oficina. Su peste a colonia permanece en el aire como el aroma inexplicable que reportan los niños ante quienes se aparece la Virgen.

El sol matutino me incordia. Corro las persianas hasta que la oscuridad es perfecta. Enciendo, entonces, las luces eléctricas. Me agrada la idea de que mi aversión al sol provocará que la empresa gaste una innecesaria fortuna en liquidar mi factura de luz. Amo a la empresa y no: aprecio la gerencia con que se me ha recibido y a la vez deseo que el edificio se hunda.

Ocupo, desde luego, la oficina más notoria del tercer piso. Aquí podrían bailar danzas típicas quince parejas sin estrellarse las unas contra las otras. Abro los cajones del escritorio y los encuentro vacíos. Vacíos también el archivero de roble junto al muro y la memoria del teléfono, como si a mi antecesor lo hubiera raptado la policía secreta con todo y adminículos de trabajo. Pero no: mi antecesor debe encontrarse en una oficina igualmente desocupada, en el piso superior, exaltado a una coordinación general.

No estoy cómodo, pero al menos en el baño hay papel sanitario y jabón. El agua del retrete es azul, hipnótica. No evito identificar su aromatizante con la colonia del jefe. Comprendo que no me sentiré conforme sino hasta que la oficina esté impregnada por mi propia peste.

Desconozco, hasta ahora, los motivos de Figuera para invitarme al puesto por encima de tipos que trabajan en la empresa casi desde su alumbramiento. Quizás sea por mis títulos universitarios o mi apariencia profesional dócil, suave y en suma adecuada. Por suerte, no hay nadie aquí que pueda explicarle al jefe que mis estudios fueron parte del precio que tuve que pagar a mis padres por la humillación suprema de haber sido detenido por la policía y más de una vez.

Los agentes que me arrestaron en la última ocasión, mientras orinaba la

portezuela de un automóvil e inhalaba cocaína ayudado por la llave de mi propio vehículo, tardaron diez minutos en darse cuenta de que yo era hijo de Luis Castañeda, el abogado que ha convertido el sistema legal de esta ciudad en su ramera. Mi apariencia debió inquietarlos, porque en lugar de soltarme llamaron a su jefe.

–Pareces un *lunático* con ese cabello –dijo mi padre cuando fue a buscarme al despacho del comandante de la zona.

Lunático. Le gusta utilizar ese tipo de palabras arcaicas. Llama «gaseosa» al refresco, por ejemplo. Incluso ebrio, emplea frases como: «Yo sostuve relaciones, en la adolescencia, con una americana; una mujer muy aseada.»

No transó en dejarme en paz. Tuve que volver a la escuela y cortarme de nuevo el cabello, como cada vez que me prendían inmiscuido en algo ilegal.

Cinco años después, mi padre es aún el abogado más peligroso de esta ciudad podrida y yo estoy, gracias a sus contactos, orinando el baño de una gerencia de producción que no ansiaba, en el buen camino de una empresa a la que sólo la insistencia de mi padre me hizo considerar pasadera. Lavo mis manos con un jabón líquido, de color azul. Huele, cómo no, a la colonia de Figuera.

Salgo. La puerta cruje. Mandaré que la aceiten. Frente a mi escritorio, sentada en una silla sin brazos que no recuerdo haber visto allí, hay una chica linda, arreglada pero no con demasiado tino, que parpadea y no dice nada. Mi silla de gerente me recibe y gira hasta enfrentarme con la visitante. Nos miramos.

–¿Sabes si el tipo nuevo de producción va a venir hoy? ¿El hijo de...? – intenta ella.

Tiene ojos grandes, mirada limpia, labios húmedos y unos cabellos desordenados que se escurren por sus hombros. Debe pensar que soy el conserje y que me siento en la silla gerencial por capricho o insubordinación.

–Mario C. Castañeda. Un gusto.

Ella esboza el gesto de miedo más legítimo que he visto jamás. Tapa su boca con una mano y se deja caer al respaldo de la silla. Por inercia quizás,

las piernas le asoman entre las insuficiencias de la falda. Son fuertes, admirables.

–Tú eres el hijo de...

–Sí.

La chica da por perdida la batalla. Deduce que de ahora en adelante le tomaré rencor y la haré sufrir.

–Disculpa.

–Claro.

Se tapa de nuevo la boca y sus ojos se humedecen, como si fuera a llorar. Debe ser muy estúpida.

–Soy Lizbeth. De Recursos Humanos. Necesito que llenes esta hoja y también esta...

Me tutea. ¿Es estúpida?

Tengo debilidad por las mujeres estúpidas.

Tengo la encomienda de reinar.

Voy a dejar que las cosas sucedan.

LA VIDA PLEBEYA DE GABRIEL LYNCH

Esta es la historia de mi odio.

Otros debieron combatir tiranías, derrumbar imperios, tirotear príncipes incluso, como quien tirotea conejos. Otros debieron combatir reinos que gobernaban la vida de millones. Yo, que soy cobarde en toda norma, sólo me alzo contra la sociedad anónima que rige la mía. Como exigen los tiempos mezquinos que corren, apenas soy capaz de oponerme a que la vida de oficinista me anule. O que me balde más de lo que ya me ha baldado.

Soy subversivo en mi propia escala. No aspiro a la revolución sino a otra cosa, que ahora mismo sólo entreveo y que se parece a la autoconservación y la delincuencia.

Me llamo Gabriel Lynch y mis días se agotan en un escritorio de la división de impresiones de un conglomerado de diseño y edición. Tengo un lapicero, una máquina en buen estado, una silla casi cómoda, dos lupas y un muestrario de papeles y tintas que es reemplazado cada seis meses para incluir productos nuevos, aunque esencialmente iguales a los anteriores.

Explicaré, a modo de esbozo, el escalafón de este reino. Soy supervisor y dependo de un gerente llamado Constantino. Diez técnicos me deben lealtad. Diez supervisores se la debemos a nuestra vez al gerente, último eslabón visible –para los empleados de bajo nivel, como yo– de la cadena de mando.

Sólo al gerente le está permitido escalar al tercer piso de nuestra torre de oficinas y talleres y respirar el aire de los amos, esos seres pálidos y prácticamente incorpóreos que pueblan las coordinaciones y la presidencia.

Me obsesionan, debo admitirlo, los amos. He visto o soñado ver sus siluetas en el ascensor, a través del canal de vidrio esmerilado que lo divide del nuestro. He observado el talle y las piernas de sus mujeres por detrás del enrejado del estacionamiento. Por eso solicité la plaza de gerente cuando quedó libre, cuando el sujeto que la ocupaba llegó a ser lo suficientemente pálido y etéreo como para ascender a una coordinación.

Fracasé. Mis méritos eran pocos. Soy blanco y sospecho que haber

llegado a un puesto de supervisión tiene que ver con ello. Pero no parezco, fuera del tono de la piel, uno de los amos: no uso pantalones de pinzas ni me repego el cabello al cráneo con gomina ni provengo de la cosecha de alumnos de los colegios privados que generalmente ascienden por nuestra escala de Jacob hasta lo más alto, como ángeles que son.

No: yo soy carne de escuela numerada. Me enseñaron humildad y resignación. También me enseñaron unos episodios patrios que eran mentira y unas fórmulas técnicas que no tenían más remedio que ser verdad.

Tú eres un resentido. Eso me dijo una chica que se acostaba conmigo en la universidad, aburrida de mi interminable plática sobre la estupidez de sus padres y amigos, la imbecilidad de nuestros profesores y nuestra propia e insondable arrogancia.

Sí: era y soy un resentido. Al menos en eso tenía razón aquella chica, a quien nunca me atreví a decirle que su boca no olía bien ni resultaba agradable su sudor, a la que no le dije que habría hecho mejor adoptando el baño como práctica regular para dejar de asfixiarme durante sus desplantes amorosos.

Un resentido sólo pide trabajo por dos razones: para que no se lo den y quejarse o para que se lo den y quejarse más. Yo soy de la segunda calaña.

Algo hay en mí que responde al ideal de autosuperación que cada empresa cacarea a sus esclavos. Prefiero trabajar a no hacerlo; prefiero contar con poco dinero que no contarlo en lo absoluto. Prefiero la ropa barata que los harapos.

Pero, de cualquier forma, odio.

Esta es también la historia de mi odio.

Cruzo la calle rumbo al automóvil de Constantino, el gerente. Las manos en los bolsillos, baja y de hiena la mirada. Acaricio con una llave, al pasar, el costado metálico, deslumbrante, de la máquina. He postergado tres noches esta noche: una de remordimiento, otra de infructuoso olvido, la última ya de planeación. Alcanzo la gasolinera y compro dos litros de combustible; me los entregan en una botella plástica, grasosa, tapada precariamente con un atado de papel y ligas.

Una bomba. Casi: su semilla.

Me llamo Gabriel Lynch y esta es la historia de mi odio. No puedo tirotear al príncipe: sólo puedo quemarle el automóvil. Pero no hoy. Regreso a casa y espero tres noches más, las necesarias para que cualquier gasolinero olvide mis rasgos, la forma de mi cara y hasta mi voz.

Miro el televisor hasta el amanecer; luego voy al trabajo, no hablo, no salgo a fumar, no volteo al despacho de mi enemigo. Todo plazo se agota y, de cualquier modo, la espera nos consume cada vez. Nunca aprendemos. Pasan tres noches.

No es agudo, como el apetito de mujer o dinero, mi odio. Es una comezón más íntima, que reseca los labios y oprime el estómago. Continua, nociva como la inminencia de una convulsión.

Así que este soy ahora, me digo ante los escaparates, y paseo mi poca estatura y mala ropa por el supermercado brillante y abandonado de la medianoche. En el apartado de jardinería encuentro lo que requiero. Guantes de goma, una regadera metálica, hilaza. El aire, amargo, huele a abono. Me concedo unas noches más. Escucho música y, de madrugada, lloro un poco. Así que esto soy ahora.

Reservé este recurso para el final, para la inevitable –e inhabitable– derrota. Cuántas noches serenas gracias al confort del crimen. Pensaba, pienso: *Si me vencen les tendré algo preparado. Si me aplastan los mataré. Si me abandonan los perseguiré hasta el mismo precipicio.*

El odio es como el muro de una casa que nos encierra o como el marco de un retrato que nos muestra una cara detestada.

Contemplo esa cara ahora y le escupo mi lamento.

Pensé al principio levantar la mano contra Fernanda, pero no soy tan vil. Todavía no. De cualquier modo, Constantino será apenas otra estación en la ruta de puterías en que acabarán empeñados sus carnes y huesos –ya hablaré de ella, episodio brillante en mis desastres amorosos.

Vencido en la oficina desde mi frustrado asalto a la gerencia, desprestigiado y eludido por todos, tampoco podría hacer gran cosa allí. Murmurar es de cobardes y no ha llegado para mí la hora de la hipocresía –

que llegará, llegará—. No puedo dar un golpe definitivo: me han orillado a multiplicarlos, a derribar un árbol con un cortaúñas.

Lo derribaré.

Carezco de poderes, pero me sobra el odio.

Digo: esta es la historia de mi odio, la purga de mi corazón, el salario del asco y el miedo. Digo: esta es la noche propicia para quemar el automóvil del príncipe Constantino.

La regadera se basta para los dos litros de gasolina y baño en su interior la hilaza, amorosamente, como la madre a su primogénito. Salgo a la calle y avanzo, cuadra tras cuadra, y miro pasar los automóviles de la policía que, despacio y sin rumbo, olfatean las extorsiones de peatones a las que dedicarán la noche. Mi noche.

Apenas diez cuadras me separan de Constantino. Quizás duerma cubierto por un pijama de seda o los cuerpos acrobáticos de doce rubias. Poco me importa si disfruta la mejor película japonesa o el mejor culo rumano mientras vierto la gasolina con mi regadera metálica sobre el cofre, las puertas, las llantas, los cristales, el depósito de combustible que fuerzo con una llave de tuercas.

Qué maravilla de calle, dijo Constantino la primera mañana que regresó a la oficina luego de rentar esta casa, no se escucha un grito o arrancón, ni siquiera me preocupa dejar el Pontiac afuera. Es barata, está muy cerca de la avenida Del Prado, pero parece decente. Eso dijo.

Debiste preocuparte, hijo de perra, preocuparte por interpretar el silencio como un peligro —eso haría el más simple animal—, debiste preocuparte por no tentar a Fernanda con invitaciones a conciertos de jazz que yo no quería escuchar ni podía permitirme, debiste ocultar los títulos de la universidad privada ante mi resentimiento, debiste bajar el volumen del televisor —inmenso como mesa de ping-pong— y pedirle a la rubia de alquiler que interrumpiera sus gemidos por un instante.

Ahora no puedes hacer nada más que verme: si te asomas y corres la persiana me verás atando la hilaza impregnada de gasolina a la defensa de tu Pontiac y desenrollándola.

Qué trabajo tan profesional el mío. Qué prodigio de técnica. Nadie diría justamente que un alumno de una escuela tan técnica, tan pública, tan numerada –carne del rastro que surte a los esclavistas– vencería la pereza de sus iguales para hacer algo así.

¿O sí?

¿O es sólo que me engrandezco porque nadie más lo hace y en realidad estamos tú y yo, Constantino, rodeados de genios paupérrimos, tímidos, que nunca dan muestras de su talento incomparable?

No lo creo, simplemente no lo creo.

Este soy ahora y esta es la historia de mi odio.

Me despojo de los guantes de goma y lanzo un cerillo al piso, justo donde el cabo de hilaza lo reclama. Dejo caer una y otra vez las pequeñas llamas desde el aire, como paracaidistas, hasta que la cuerda se inflama. Retrocedo antes de que, como advertía el libro guerrillero que me instruyó, llegue la llamarada.

Es un crujido inmenso lo que llega, el gemido de un alma comprimida por la mano del fuego, llamas que infectan y derriten como el amor.

Pero no es esta la historia de mi amor.

Es sólo la descripción de lo que puede hacerse si se lee el libro adecuado, el barato manual de un guerrillero, comprado en una librería de viejo, que ningún suspicaz policía supo conocer y perseguir, que se quedó allí, latente, para que yo despertara el fuego prometido por sus páginas.

Arde el Pontiac.

Corro durante las primeras, oscuras calles, y luego camino, despacioso, abandono cada prueba en un lugar remoto y distinto: un lote baldío, la hojarasca de una casa en renta, la caja de una camioneta escolar. Me deshago de la regadera, la hilaza, un guante, otro.

Resoplo al cerrar la puerta de la casa, con la seguridad de que nadie me ha visto y no habrá testimonios que me infamen. Me aterra el sonido de sirenas, repentino como una pedrada, pero la ventana me asoma solamente a unos camiones de bomberos, no a un piquete de agentes desencajados en pos de mi cabeza.

Pongo la música más alta de lo debido y me festejo con unas botellas de cerveza, cinco o siete. Cuando estoy ebrio subo a la azotea y miro, más cerca de lo que pensé, la columna de humo. Ya no hay sirenas, sólo luces policiales. Constantino, espero que lloroso y conmovido, en bata, despeinado, dará a los policías su versión: *Mire, oficial, paladeaba yo el mejor culo de Rumania cuando...*

Brindo en su imaginaria dirección y pienso en los viajes que nunca hice ni haré, los libros que no podré pagarme, las mujeres a las que jamás dirigiré la palabra.

Ebrio, recito poemas cuando la humareda me corona.

Cuento a los vientos la historia de mi odio.

Hasta que amanece.

No: hasta que me canso y bajo.

Yo nací para millonaria pero se me torció el rumbo. Eso decía mi madre cuando se sentaba, cerca de fin de mes, a sacar las cuentas de las *enormidades* –es un decir– que se había gastado en autobuses y comida.

Se nos torció el rumbo, sin duda.

He vivido como si fuera hijo secreto de un rey, en espera de que algún cortesano me rescate. Claro que nadie me rescató; nadie rescata a nadie. Por ello dejé las pretensiones en el cajón. No era más guapo que ellos, no había ido a mejores escuelas ni me vestía mejor y carecía de su encanto. Pero había decidido apegarme al fundamento que hace triunfar a los bandidos: olvidar minuciosamente la compasión.

La forma única de tomar por asalto el poder es de frente, nos dicen los héroes. Pero los hay, como yo, que prefieren un camino que exija atacar desde la oscuridad, a traición, como una rata o araña.

Aprendí las más roñosas técnicas de terror urbano en los manuales revolucionarios que fui comprando en librerías de viejo, a lo largo de los años, por unas pocas monedas, cuando la situación en casa empeoraba, cuando mis ansias económicas me entregaban a la envidia o, incluso, cuando alguna chica más adinerada que yo –todas en la universidad lo eran– me despreciaba.

No se me tome, sin embargo, por un justiciero. Hay algo en los bondadosos que me arrastra a la apatía. Nunca, por ejemplo, simpaticé con Cristo. Preferí siempre al centurión que le pinchaba el costado. Quizás porque me gustan los uniformes romanos. O en realidad porque no era edad adecuada, la del catecismo obligatorio de la infancia, para comprender la cuestión del martirio. Por otro lado es probable que hubiera maldad de por medio, porque crecí y Cristo siguió sin gustarme.

Debía ser aquella compulsión de preocuparse por los otros lo que me lo hacía irritante. Claro: cuando eres hijo de Dios, no deseas nada para ti mismo. Puedes andar sin zapatos, sin haber probado un mal pan en días. A fin de cuentas, el Reino de los Cielos te espera. Eres como Constantino, mi gerente. Estabas a un paso de la meta cuando la carrera comenzó.

Comprendía mejor a la turba de desarrapados que lo seguía que al mismo hijo de Dios y comprendía mucho más aún al romano ejecutor. El centurión, como yo, no esperaba que nadie lo rescatara. Tenía un casco, una lanza y una admirable capa roja y eso le bastaba para ganarse el alimento y hasta para pincharle las tripas al divino turista que había venido a compartir las miseria de los hombres –con boleto de regreso al Paraíso en la bolsa.

No puedo evitar una sonrisa cuando veo la proliferación de rostros del *Che* Guevara en las camisetas que los amos usan cuando salen de la oficina y se alistan para las diversiones de la noche.

Tampoco me sorprende.

Los Mesías atraen a los ángeles.

Esta es una empresa cordial y su consideración por los empleados ha alcanzado el extremo heroico de pasar por alto las horas precisas de sus entradas y salidas. Nunca se ha recurrido a máquinas perforadoras de tarjetas aquí. A cambio, nuestros sueldos mueven a la carcajada. Nos pagan, vaya, con *libertad*. El dueño, el coordinador y el gerente fueron educados por cálidos jesuitas, claro, y nos reparten en persona tarjetas de felicitación el día de nuestro cumpleaños y despensas navideñas la mañana del 24 de diciembre.

Ocupo, lo he dicho, una plaza de supervisor. No me quejaría, o no tanto,

si mi gerente no fuera Constantino. El puesto quedó vacante hace seis meses y Constantino lo obtuvo pese a que no trabajaba en la empresa ni contaba con experiencia ni, finalmente, sabía una mierda de impresiones. Luego supe que mi nombre no asomó siquiera a la lista final de candidatos. Será que nunca fui a un colegio privado ni conozco las hilarantes anécdotas del padre Vela y sus retiros espirituales, como ellos.

Como ellos. Les hablo en plural porque su desdén los convirtió para mí en una masa única, proveniente de un mismo colegio jesuita inmenso y perpetuo, una masa que reúne sus cabellos quebrados o lisos, sus compleciones inasimilables, sus lonjas y costillares, sus diversos grados de idiotez, en un mismo monstruo bonachón y atroz.

Superviso, decía, la calidad de los impresos de nuestras máquinas lo mismo que su adecuado mantenimiento. Constantino me supervisa a mí y a otros diez infortunados como yo. Él, además, pasea a los clientes por el área de producción, les reparte tarjetas blancas con su teléfono anotado y decide las compras de insumos en el interior de una oficina ciclópea, aderezada con aire acondicionado y persianas.

Por mi parte, poseo un escritorio propio: tengo que aceptarlo. Incluso salí durante dos meses con Fernanda, la auxiliar de Recursos Humanos, pero entonces Constantino apareció.

Me gusta imaginarnos, a ellos y a mí, como los muñecos de un guiñol. Constantino: un príncipe rubio, de recio cabello ensortijado y credenciales jesuitas en comercio y filosofía. Sí, eso dije, filosofía. ¿No es *odioso*? Viste con gracia juvenil pero no olvida la rectitud en la raya de los pantalones ni el lustre del calzado.

Fernanda no, Fernanda no se limpia con celo. Es blanca, alargada y ligeramente histérica. Me gusta la forma de su cabello, negro y cortado a la altura de las orejas. Elegiría siempre su muñeca para mis obras, no porque me repela su olor a leche a punto de pasarse sino porque me embelesa. En su presencia olfateo el aire como un perro entusiasmado.

Hay un punto exacto en el que las impresiones salidas de nuestras máquinas deben irse a la basura y muchos puntos intermedios en que

resultan aceptables. Me han entrenado para ampliar hasta donde sea necesario los márgenes de lo aceptable. Hacia abajo, se comprende.

Mi trabajo es ahorrarle a la empresa cada centavo posible en papel, tinta y refacciones, separando con mimo lo que debe descartarse de lo que no. La paja y trigo bíblicos –soy, desde niño, un asiduo lector de la Biblia: siempre me agradó la refinada maldad de Dios en el Viejo Testamento.

Puedo considerarme un virtuoso. Nadie más en esta oficina es capaz de discernir de un golpe de vista una hoja regular de una pésima, nadie más se atreve a rebuscar páginas apenas manchadas por una impresión defectuosa y recuperarlas para un intento con mayor fortuna.

La mañana siguiente a la quema del Pontiac aparece en el cielo un sol violento. En la oficina, Fernanda sonrío con dientes amarillos de sarcasmo, hace algún comentario de sus salidas con Constantino a los conciertos de jazz, me sabe furioso. Esbozo una sonrisa en pago a la suya. Ella me ignora mientras saca fotocopias. La leche de su axila, decididamente, ya se pasó.

Constantino aparece dos horas tarde, apresurado y silencioso. Lo acompaña un tipo con el escudo de una compañía de seguros estampado en la espalda. Se encierran en su luminosa oficina de gerente y a través de los labios abiertos de la persiana los miro discutir. Le explicarán que el seguro no puede pagarle, que el automóvil fue voluntariamente incinerado y la póliza no cubre tal eventualidad, que en todo caso tendría que hacerse un peritaje que podría dejar malparado al malparido de Constantino, como sospechoso principal del incendio.

Eso mismo me explicó hace tres meses la vendedora de seguros que vino a la oficina. Yo no tengo automóvil, pero le hice preguntas de cortesía para que sintiera que su trabajo valía la pena o, al menos, no se aburriera en exceso mientras el gerente la recibía. Todo salió bien, finalmente, para la chica. Le vendió a Constantino un seguro que protegía su Pontiac clásico de todo, con excepción de la destrucción voluntaria.

Destrucción voluntaria. Inmejorable descripción de mi proyecto de vida. Proyecto de vida: qué frase idiota.

Constantino despide al tipo de los seguros con ademán de furia y azota

la puerta de su despacho. La vidriera se sacude, como si el propio nombre trazado en ella debiera ser estremecido por la ira de su poseedor. *Mario C. Castañeda, gerente de producción.*

Lo llaman Mario, mis compañeros, esos esclavos. Seguro que así le dirá Fernanda cuando la penetre: *Mario, Mario, así, Mario, así.* Yo no. Yo descubrí al hurgar en la base de datos de Nóminas que la ce intermedia correspondía a *Constantino*. Que ocultara –con toda razón– ese nombre absurdo me bastó para tomarlo por su apelativo oficial.

La primera noticia del colapso me la da Fernanda, quien es requerida a la oficina gerencial a la hora de la comida y sale demudada.

–Un loco quemó el Pontiac de Mario y el seguro no le va a pagar.

Ha llegado la hora de la hipocresía. Me tapo la boca con las manos y abro los ojos, calculo el gesto, me rasco la cabeza y miro hacia la persiana entreabierta donde Constantino asoma, cigarro en boca, manos en las caderas, contrariado casi hasta el llanto.

–Era un regalo de su padre. Carísimo. Está destrozado.

Fernanda se marcha a difundir la noticia de la tragedia por la oficina, como una tonta paloma mensajera, y poco a poco, en grupos o de forma solitaria, los empleados se acercan para dar su pésame: *No sabes cómo lo siento, hermano, ese Pontiac era cosa seria, el automóvil más hermoso y raudo que nunca vi, era puro fuego y aire, la sucia tierra no formaba parte de su naturaleza...*

Voy cuando todos se han ido ya, compongo mi mejor rostro de pena y busco a mi enemigo. Palmoteo su espalda. Me repugna el contacto con el casimir de su saco y no repito el ademán. Dejo los dedos a medio camino, en el aire. Ya quemé tu automóvil, hijo de puta, no me pidas que te toque.

–Me jodieron bien, Gabrielito. El seguro no me va a dar un carajo. Perdí medio millón allí, cuando menos. Una herencia familiar, además. No sé quién, no sé cómo.

Cómo decirle que nunca se sabe, que nunca están nuestras pertenencias

suficientemente protegidas, que cualquier día puede llegar un príncipe en Pontiac y llevarlas al jazz y ellas cometerán la inelegancia de faltarnos.

–Estoy bien jodido. Necesito beber. Vámonos por unas putas o vamos a un bar o algo. Hace mucho que no bebo. ¿Ocho meses, seis? No quiero pensar en el Pontiac. Me duelen las tripas. Como si alguien me estuviera metiendo el dedo en el culo.

Pero yo sí quiero pensar en el Pontiac. Improviso una excusa, le prometo que otro día beberemos en paz. Fingiremos que sus manos siguen lejos de Fernanda, y su trasero, de la silla gerencial que usurpa.

Regreso a mi escritorio. Estas hojas parecen casi limpias. Que les guillotinen un centímetro y las reutilicen para pruebas de color, digo.

Y digo: lo que pasa que soy pobre.

Una presa con ansias predatoras, eso soy.

Y también un maldito genio, digo.

Perdimos la casa cuando yo tenía siete años. No fue mi padre, el doctor Lynch, quien nos expulsó. Él fingió no estar enterado de nada. Se limitó a vender la propiedad y esperó que los nuevos propietarios nos echaran.

Recuerdo mis juguetes y ropa abandonados en la cochera y recordaré siempre la exasperación de mi madre, que forcejeaba con los mozos del juzgado porque pretendían llevarse el televisor. Una parte sustancial de los retratos de mi infancia desaparecieron en bolsas apresuradamente ocupadas y arrojadas luego a la basura.

No he tenido casa propia desde entonces, lo que algunos reputarán como razón principal de lo que ha sucedido después. El deseo y la imposibilidad. Otros, que capitanearé, dirán que la pérdida de una casa no es suficiente motivo para convocar un odio como el mío. Mentirán, pero la mentira es más bella.

Mi padre ya había perdido su dinero, que era poco, cuando nací. Jamás fui objeto de sus regalos o atenciones, sus visitas o improbables cariños. Tuve juguetes y ropas en la medida en que mis hermanos los iban desechando, con excepción de los muñecos adquiridos para mí en navidades y cumpleaños –contra lo que pudiera pensarse, no eran mis favoritos: los

juguetes de mis hermanos, incluso incompletos y despintados, resultaban más divertidos o quizás sólo menos tristes y los prefería.

En mi escuela de la infancia, pública y convenientemente numerada, solía explicar a mis compañeros la falta de alguna pieza del uniforme –mis antirreglamentarios zapatos de cordones o el suéter sin el escudo oficial cosido en el pecho– con patrañas tan elaboradas que se confundían en sus meandros antes de que llegara siquiera a concluir su formulación.

Mi madre nunca consintió que faltara comida en casa, pero su mal empleo y lo numeroso de su prole –tres varones y una niña enferma desde la cuna y condenada a medicación y cuidados; yo, el menor de todos– provocaron que no pudiera darme nada de aquello que suele hacer felices a los niños.

Un niño no debería ser condenado a la estrechez, porque la odiará. También hay que procurar que no lea manuales guerrilleros: sería más conveniente para el automóvil de su jefe.

Las escuelas numeradas quizás no logren para sus alumnos las acogedoras redes de relaciones de las que presumen los colegios de curas, pero enseñan, lo digo siempre, humildad y resignación.

Habitadas por profesores incluso más desesperados que sus alumnos, abarrotadas de estudiantes para quienes reprobar matemáticas no tiene importancia junto a sus desgracias domésticas, ofrecen la posibilidad de ocultarse y menguar en silencio, sin ser advertido.

En mi escuela pocas listas de asistencia eran respetadas, pocos controles disciplinarios resistían las semanas iniciales del curso y yo me evadía desde la primera clase para no volver en toda la jornada.

Mi hermana, afectada de parálisis en las piernas y un brazo, no era sin embargo una criatura tan estúpida como para que la lectura no se hubiera convertido en su placer principal y en su agonía leía, sosteniendo el volumen en turno con el brazo sano, toda una biblioteca de donaciones de la familia y los amigos de la familia.

Debió reunir al menos doscientos volúmenes –la única norma común a

todos es que resultaban baratos y habían podido, por tanto, adquirirse en las rebajas del supermercado— antes de que su enfermedad le impidiera leer. Yo me ocupé de sus libros entonces, de abrirlos y olfatearlos y leerlos en parques y camellones arbolados en lugar de asistir a la escuela.

Leía durante horas, con calor, con una sed imposible —nunca llevaba dinero conmigo; sólo en pocas ocasiones mi madre aceptaba darme algunas monedas para comprar hipotéticos materiales escolares—, una sed que no saciaba en otro lugar que no fueran las llaves de agua de los parques, a las que me acercaba para sorber furtivamente de la boca de una manguera con sabor a tierra o insecticida.

Lo mismo que mi madre gastaba su precario sueldo de secretaria en alquilar un departamento en una colonia *decente*, corroída por el miedo de que sus hijos se convirtieran en malhechores, yo elegía para mis evasiones paseos deliciosos y parques rodeados de casas amuralladas. Pavoneaba mi uniforme público ante chicas que asistían a colegios más refinados.

Una zona, la que rodeaba la avenida Del Prado, consiguió la fidelidad de mis visitas. La poblaban casas ruinosas y decadentes oficinas, cafés y edificios de departamentos, rebosantes todos de jóvenes con tal ímpetu social que lucían como promesas del cine o el arte, aunque no serían más que vendedores de lotes funerarios o programadores de computadoras.

La posibilidad de que yo llegara a habitar una mansión amurallada era infinitesimal. Pero para vivir como esos veinteañeros que tomaban café y hojeaban los diarios a unos metros de donde yo me sentaba —debajo de un árbol: jamás tuve dinero para apoltronarme a su lado—, apenas me haría falta un trabajo y quizás un poco de inteligencia.

Tenía quince años entonces y la urgencia por sentarme en cafés, vivir en edificios grises y acostarme con chicas tatuadas y adustas, como las que veía taconear en las banquetas, desató mi ambición.

Regresé a la escuela, superé el vano ritual de la adolescencia en una preparatoria aún más lánguida que mi vieja secundaria —a la que tampoco asistí mayormente— y acabé por inscribirme en los cursos de comercio de la universidad pública.

Tuve amigos, conocí a las mujeres e incluso es probable que alguno de mis profesores lograra enseñarme algo que no hubiera sabido ya por los libros de mi hermana o los que fui leyendo después, a lo largo de los años, mientras mi hermana moría, mis hermanos se graduaban y casaban, mi madre se mudaba del apartamento alquilado a una casa oscura de las afueras y mi padre se limitaba a flotar en el horizonte, como una tormenta que jamás terminaba de estallar.

Mis estudios de comercio no rindieron más fruto que conseguirme empleo en una gigantesca empresa de diseño e impresión, clasista y soporífera pero que pagaba a tiempo. Su edificio parecía por fuera un mausoleo o despojo imperial, y por dentro, una sucursal bancaria aromatizada, pero ni siquiera la estupidez de mis superiores o la humillación de haberme convertido en supervisor de impresiones cuando mis aptitudes apuntaban hacia la gerencia –no hay un pobre que no ansíe una gerencia–, disminuían el brillo del dinero que recibía quincenalmente.

Lo primero que procuré al obtener el empleo fue adquirir ropa que no me avergonzara –el protocolo de la empresa exigía vestir saco y corbata de lunes a viernes–, y mudarme a un departamento céntrico, apenas a unas cuabras de la tierra prometida de la avenida Del Prado y lo suficientemente barato como para permitirme beber o invitar a hacerlo a alguna de las jóvenes y maleducadas oficinistas con quienes convivía.

Joven y maleducada, precisamente, era Fernanda, a quien descubrí acomodándose el sostén en el elevador la mañana de su debut en el puesto de auxiliar de Recursos Humanos. Me sonrió con tal descaro, mientras manipulaba su escote, que supe que resultaría una opción de cama rápida y triunfal.

Olía a yogurt. Sudaba.

–Me llamo Lizbeth –declaró.

Era, decididamente, un nombre espantoso. Extendí la mano hacia la identificación que pendía de la solapa de su traje sastre. *Lizbeth Fernanda Ramírez Flores*.

–Te llamaré Fernanda.

Ella mostró los dientes, quizás con ironía. Arrebató mi propia identificación con manos alargadas.

–¿*Gábriel* Lynch? ¿Francés o algo así? ¿Cantas?

–No es *Gábriel*: es Gabriel. Superviso las impresiones.

Aquello no sonaba, paradójicamente, muy impresionante.

–¿Dónde comes por aquí? –salivó mientras se ajustaba el saco, divulgando su hedor lácteo por los aires.

–A la vuelta hay unos comederos. Te llevo.

Salimos del elevador conversando sobre el clima y en la comida ya planeábamos ir juntos al cine. No habló nunca de un novio o esposo, como marca el protocolo de la lascivia. O de lo que yo pensaba lascivia y era en realidad algo cercano a una vocación: Fernanda seducía por principio, prodigaba sonrisas e inclinaciones de cadera, se prometía toda con el cuerpo y los labios.

–Me lavo cada tres días, solamente, porque la piel y el cabello se ponen horribles.

Su mal olor era, pues, producto de la vanidad. Se quejó de la ropa que el reglamento del despacho la obligaba a usar y dejó entrever que en su casa andaba desnuda o cubierta apenas por algún trapo.

Nuestra intimidad, tan prometedora, duró poco aquella ocasión. Nos disponíamos a hablar de nuestros respectivos pasados venéreos cuando el comedero se llenó de oficinistas y debimos compartir la mesa con otro supervisor del dominio de Constantino, a quien acompañaba una empleada de Administración fofa y teñida.

Tras breves cortesías, hombre y mujer ocuparon las sillas sobrantes y llamaron la atención del mesero. Pedí un vino tan lleno de químicos como un anticongelante para motores, pero del que sería capaz de pagar dos o tres botellas sin comprometer mi comida del día siguiente, mientras el supervisor requería cervezas para él y su amiga.

Las dos mujeres se observaron con simpatía; era viernes y el inminente descanso semanal las serenaba. Se levantaron juntas para ir a los baños y comenzaron a conversar, quizás intercambiando malicias al respecto de

nosotros. El tipo se presentó formalmente como Miguel Paruro y extendió la mano: la estreché con franqueza de alumno de escuela pública.

–Gabriel Lynch. Trabajo con Constantino. Y también le corto las etiquetas a las camisas baratas –le dije, señalando la suya.

Intercambiamos muecas. Paruro usaba unos zapatos brillantes y despreciables como los míos y lucía además una camisa opaca, a la que seguramente le habría cortado la etiqueta de un tijeretazo para ocultar su algodón de origen plebeyo. Eso mismo hacía yo.

–Este comedero es el único lugar de por aquí donde uno puede pasar por elegante ante una secretaria. Y las secretarias de la empresa son las únicas capaces de imaginar que esto es elegante –explicó él mientras su amiga y la mía se abrían paso, de regreso, por entre la multitud.

–Cómo se llama la tuya.

–Myrna.

–La mía, Lizbeth. Pero le digo Fernanda, mejor.

–Habría que cortarles las etiquetas, también –alcanzó a decir antes de que las mujeres ocuparan sus asientos.

Me simpatizó, Paruro. Habíamos coincidido alguna vez en la parada del autobús cercana al despacho, de donde la mayoría de los amos se retiraban en automóviles pequeños y brillantes –el Pontiac de Constantino, ese garañón de la mecánica, el ejemplar más brillante–, pero nunca condescendimos a dirigirnos la palabra.

Ocasionalmente lo veía en el bar La Atalaya, adonde solía conducir a las chicas con las que pretendía acostarme antes de ser rechazado o, incluso, de tener éxito y transportarlas a mi departamento –de donde horas después tendrían que marcharse por sus propios medios, como marca la cortesía de la miseria.

A La Atalaya, precisamente, fuimos Fernanda y yo esa noche, cuando salimos de un cine donde nos habíamos manipulado sin interrupciones durante el tiempo que transcurrió entre que las luces se apagaron y volvieron a encenderse.

La Atalaya era un local cuadrado, repleto de mesas cuadradas y rodeado

por monitores cuadrados que emitían escenas olvidables y canciones mil veces escuchadas. Ningún semidiós de la oficina se rebajó jamás a visitarlo, pero las larvas que nutríamos el subsuelo de la empresa lo frecuentábamos por su cercanía con el trabajo y el bajo costo de sus licores.

Paruro estaba allí. Tomaba de la mano a la misma chica fofa y ávida que, noté entonces, usaba una argolla de matrimonio en el dedo. Quizás era una empleada de Administración que había conseguido mantener la figura más o menos en orden y que, tras largas semanas de asedio, aceptaba engañar al marido –hombre, seguramente, incapaz de comprar incluso nuestros malos zapatos lustrosos.

–El esposo de Myrna es uno de los empleados de ventas de la oficina. ¿Te das cuenta? ¡Lo están engañando con un supervisor!

La conversación de Fernanda lindaba con el autismo, pero sus muslos eran notables. No nos conveníamos: ella frecuentaba los gimnasios; yo no hacía más ejercicio que caminar interminablemente los fines de semana en busca de nada, ni más régimen alimenticio que no comer un par de veces al mes, justo antes de que llegaran los pagos quincenales.

Tampoco nos interesábamos demasiado, en el fondo. Pero, una vez ebria, la chica comenzaba a mostrar unas dotes para la suciedad, de palabra y obra, bastante apreciables –por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Volví a toparme con Paruro en el autobús al día siguiente y al otro y comencé a intercambiar leves inclinaciones de cabeza con él, a modo de saludo, aunque transcurrieron semanas antes de que volviéramos a cruzar palabra.

Otro viernes, pero no en La Atalaya sino en un restaurante marino que gastaba el mote de El Guachinango y exhibía una fachada que se figuraba arrecife, descubrí a Paruro y su Myrna en una mesa decorada con velas. Fernanda, por fortuna, estaba frecuentando al dietista y el platillo que pidió, todo brócolis y habas, era prácticamente gratuito. Gracias a ello, el vino que solicité resultó un tanto menos intragable que de costumbre.

Tras recibir la confirmación de que al salir de El Guachinango iríamos a mi departamento, me dirigí a los lavabos para hacer corte de caja del dinero

que me restaba y para solicitar un taxi desde el radio que la empresa me concedía. Encontré a Paruro lavándose las manos con ademanes de gigante ebrio. Me saludó, solidario.

–*Filetes que no intoxican*: ese debería ser el lema de este lugar. Estás invirtiendo en tu chica, veo.

–Uno trata de deslumbrarlas mientras se acostumbran. La próxima vez iremos sólo a las ensaladas. Pero tú vas mejorando. Ya la llevas a cenar.

–Myrna es más interesante de lo que parece. Leyó tantas novelas rosas que está dispuesta a defenderme de su marido con un cuchillo...

Tuve la sensación de haber malinterpretado la hipotética complicidad de Paruro y provocado aquella defensa de su chica por irritación o ira, pero me equivocaba. Adoptó un gesto paternal y bajó la voz.

–Hay personas a las que se puede volver *interesantes* a fuerza de darles libros, aunque la materia prima sea *secretarial*, como Myrna. Cuando se aburra de mí, se irá a buscar a su siguiente amante a una *sex shop*, seguro.

Reí desasosegadamente y le di una palmada en la espalda, pero cuando la noche avanzó y Fernanda y yo nos miramos a la cara, sudorosos e insatisfechos el uno del otro, decidí que las palabras de Paruro resultaban más considerables de lo que me habían parecido.

Un calambre de solemnidades morales me retorció. Yo era un oficinista con ingresos mediocres, apenas capaz de comprar ropa mala e invitar a las chicas a salir, pero no era *interesante* ni trataba con nadie que mereciera tal calificativo.

No tenía claro lo que pensaba al respecto de nada –apenas me alcanzaban las energías para lamentarme de mi necia miseria– y no había un solo asunto en la vida que me importara demasiado, en buena medida porque nada me interesaba aparte del brillo del dinero y el de los muslos de las chicas –para quienes yo no sería nunca un donjuán, sino algo parecido a una infección vaginal pasajera.

Cuando Fernanda se durmió, razoné que yo era un miserable y que necesitaba encontrar la cura para la miseria o, al menos, extender la miseria, hacerla patente, no cortarle las etiquetas en un intento inútil de pretenderla hacer pasar por algo menos indigno.

Temo que me quedé dormido antes de llegar a cualquier solución.

Hay –son varios, en realidad– un problema esencial con la propiedad, que es por supuesto carecer de ella. Uno debe poseer algo, lo que sea, para ser capaz de mostrar benevolencia hacia la vida.

Pero hay algo incluso peor que no tener nada, que ser una bestia sin más posesión que sus extremidades: tener poco o haber perdido mucho. Concedan una mirada a guerras y homicidios y se toparán, radiantemente, con ello. Propiedad, posesión, tenencia. En la escala de mi caso, podría decirse que un desheredado como yo resulta tan peligroso como el más carnicero líder revolucionario.

El sentimiento de posesión es tan arraigado que, a lo largo de los años, terminamos por exigir derechos sobre espacios que nos resultan imposibles de controlar. Hablamos de nuestra ruta a cierto lugar, de nuestro parque, de nuestra vista desde una ventana y entonces bloquean la ruta que nadie supo de nosotros, demuelen el parque ajeno o levantan un edificio frente a la ventana que nos asomaba al cielo sin gracia de la tarde.

Fernanda y yo jamás llegamos a hablarnos como enamorados. Nunca transamos en decirnos mi amor, mi vida, mi sarna. Incluso puede decirse que hablábamos poco. Nos veíamos en la oficina cada mañana, nos hacíamos compañía en la comida, conversábamos sobre cualquier rumor que circulara en los pasillos –embarazos, malas miradas, rompimientos–. Y algunas noches, unas semanas más y otras no, nos entregábamos a manoseos y lameteos o íbamos directamente a la cama.

Imposible decir si era ella quien me arrastraba hacia ese pantano o si quien la llevaba a rastras era yo. Pensaba en ello al retirar de noche mis ropas con las etiquetas cortadas y mirarme en el cuerpo las marcas de sus garras y muelas.

–Imagina cómo le pone las manos encima, qué cosa. –Ese era el tipo de diálogos que Fernanda expelía, señalando con el dedo a Paruro y Myrna, por ejemplo.

No, no admiraba su conversación. Y la mía tampoco debió fascinarle. Yo me quejaba, gruñía, recurría, como todos, al monosílabo y la negación.

–No, no. –Ese era mi tipo de diálogo.

Decidí que nuestros lameteos tendrían que soportar el peso de la

relación y ella debió decidirlo igual mientras lo sostuvo. El peso. El mío, encima. O yo el suyo. Luego decidió otra cosa. O, más bien, Constantino ya la había decidido.

Quizás ignoraba mi cercanía con Fernanda. Nada querría decir, desde luego, que comiéramos juntos todos los días, que detuviera taxis compulsivamente para llevarla a donde fuera. Cómo podría saber el señor príncipe que la chica que le interesaba, la flaca que olía a leche cuajada y caminaba todo el tiempo al lado del inocuo Lynch, tenía con el mequetrefe una relación, basada en la lascivia o en lo que fuera, que funcionaba mal pero se sostenía –como tantas otras en el planeta.

Cómo podría.

Constantino lo había decidido ya y eso bastaba para hacerlo realidad. Comenzó por aparecérsele en la copiadora y decirle buenos días, comenzó por pedirle una asesoría ficticia en un trámite innecesario y apoltronarse en la silla frente a su escritorio cada vez que podía. Comenzó por mirarle las piernas y calcularles la textura, la longitud, el olor era más que evidente.

Intenté hablarle de ello a Fernanda, como recomiendan los psicólogos. Pero eran diálogos, los necesarios para esa conversación, que chirriarían en mi lengua, tan distintos a los que siempre se escurrían de ella, tan vulnerables y lastimosos. Por qué se te acerca, por qué te busca, por qué le temo si no me interesa cómo hablas y hueles mal.

Fracasé. Cada vez que la situación parecía propicia, cuando ella se arrodillaba frente a mí, por ejemplo, me limitaba a rumiarle cualquier cosa y a esperar sin esperanza una burla o confesión sobre los avances de Constantino.

Ni burlas ni confesiones logré arrancarle. Debí sobrellevar el ansia con las colillas de dignidad que uno consigue reunir en tales situaciones.

Esperé. Espié y deduje sus pláticas, los seguí por el pasillo, me dediqué a sacar fotocopias innecesarias, para estorbarles, porque a Constantino le complacía abordarla en la máquina.

Cómo podría el príncipe darse cuenta de que mi escritorio estaba plantado justo allí, al alcance de los dedos de Fernanda, que ella me

sostenía la mano cada vez que Constantino no lo impedía con su triunfal aparición.

La primera invitación no fue al jazz, sino a una simple comida. Me quitaría, primero, la compañía de la mesa. Eso decidió.

No la invitó al comedero, sino a un restaurante ostentoso y lejano, al que sólo un automóvil veloz como su Pontiac podría llevarlos y traerlos a tiempo. Fernanda ni siquiera titubeó en aceptar, mientras yo hervía al otro lado de la mampara de la fotocopidora, invisible.

Esa noche la mordí, quizás por primera vez. Ella solía hacerlo, pero yo sólo la besaba hasta entonces. Aunque le produjo dolor, con seguridad lo hice, no hubo una queja. Quizás lo sabía un castigo necesario, una penitencia menor. El gusto a sangre me complació, corrí al baño a limpiarme como si fuera el herido y miré en el espejo la roja sonrisa de un perro. Esa noche no hablamos más.

De madrugada, me deslicé a su bolso. Lento como una infección, le abrí el cierre de la cartera. Revisé sus identificaciones. *Lizabeth Fernanda Ramírez Flores*. Qué mierda de nombre. Todo un augurio de putería. Antes de que mis risas me delataran le saqué el dinero. Ella se removió en la cama, como si soñara que le robaban, como si lo notara y no se atreviera a intervenir.

No tuve un aviso formal, mucho menos una petición de permiso. Simplemente ya no caminó a mi escritorio a las dos de la tarde, no se recargó en el medio muro y miró cómo apagaba mi máquina y cómo me ponía el saco ni sintió cómo la tomaba del antebrazo para dirigirnos al elevador.

Por la ventana, quince minutos antes de la hora habitual, la vi salir al estacionamiento y subir al Pontiac, la vi estirar las piernas en el asiento del copiloto y escuchar, seguro que sí, algunas especificaciones sobre lo que el automóvil hacía. Y la vi descifrar, risueña, las señales de guía de turistas de las manos de Constantino, que lo mismo se deslizaban sobre las palancas que se aventuraban a sus medias.

A las cinco me inquieté. La oficina de Constantino seguía apagada, la

silla de Fernanda vacía, mis dientes confundidos entre sí. Repasé las opciones. Un embotellamiento, un servicio parsimonioso y torpe en el restaurante fino, quizás un ligero choque sobre la puerta del conductor. Por tanto: Constantino con el brazo enyesado y sangre en la camisa, Fernanda histérica, dispuesta a un largo consuelo nocturno. Burlas y confesiones.

A las siete, las opciones eran ya sólo la muerte o la cama, un motel luminoso y quizás exquisito con jaboncitos de olor en la ducha, el Pontiac oscuro riéndose en el estacionamiento y Fernanda desarrollando su talento bajo, sobre, tras Constantino.

Dieron las nueve. Harto de fingir que el trabajo me retenía, me largué a casa. Caminé, pese a que la ruta era larga y el paisaje penoso. Quise reconocer, en las caras repentinamente descubiertas en las sombras, alguna mirada conocida, amistosa. No encontré ninguna hasta que me vi ante la indistinta de mi propia puerta.

Antes tiroteaban a los príncipes para salvar a la amada.

Antes era antes.

Esta es, lo saben, la historia de mi odio.

Había una blusa de Fernanda en casa, una blusa olvidada en un armario desde su primera visita, negra y simple y que olía como el queso maduro. La arrastré a la cocina, a la atarjea de metal, la impregné, a jalones, con el alcohol de una botella de ginebra a medio beber. Como en un linchamiento –me llamo Lynch, Gabriel Lynch, algún pariente mío inventó estas cosas y el talento para realizarlas me fluye en las arterias–, la sacudí y le prendí fuego. Resoplando, la miré arder.

Fuego, quería prenderles fuego a los dos. Tosí hasta que la médula amenazó con salirse por la boca. Estéticamente hablando, debí haber llorado. Así me habría ahorrado el vómito con que apagué los rescoldos de la hoguera.

Cuando a un hombre le es cercenado un miembro, aseguran las revistas médicas que suele tener mi padre en su consultorio, las sensaciones tardan un tiempo en ajustarse a la ausencia. El miembro perdido duele, escuece, su carencia hace despertar en mitad de la noche.

Fernanda escocía.

Ni siquiera el incendio del automóvil, la bestia consentida del amo, logró que la presa volviera a mis dominios.

No: mientras languidecía, real o ficticiamente, por su pérdida, Constantino la retuvo.

Maldita lástima que nos guardan las mujeres, maldita la que no me tienen a mí.

Claro: yo no he perdido un hermoso Pontiac clásico.

La herencia de mi padre fue sólo un hábito absurdo de miseria.

He tenido una mala racha con las mujeres desde que Fernanda me dejó. Alertadas por ella –o quizás sólo por la certidumbre de sus instintos– de mis ineptitudes como amante y mis tacañerías como cortejador, al menos cinco chicas de la oficina me han despachado sin aceptar siquiera un vaso de mal vino en La Atalaya.

Un trabajador mejor pagado habría comenzado a frecuentar prostitutas, pero a mí apenas me alcanzaría el dinero para visitarlas una vez por mes. Sólo puedo ponerme de mal humor y exhibir mi pobre melancolía ante las mujeres de la oficina –confío en que se conmuevan y la actuación resulte útil a la larga, pero no tengo esperanzas de éxito inmediato.

Adquirir los rasgos necesarios para atraer a las fernandas del mundo es un proceso, a fin de cuentas, posible, pero me horroriza. Analizo con detenimiento a Constantino, mi enemigo, en busca de respuestas.

Mario C. Castañeda es un sujeto bien plantado y jovial a quien nunca falta fortuna en el trabajo o compañía en la cama. Su estilo es arriesgado: suele acercárseles a las chicas con la narración de sus desazones estomacales. Las anécdotas sobre el gerente sufriendo las consecuencias de un platillo demasiado condimentado ocupan el espacio auditivo de cualquiera que pase cinco minutos con la cabeza metida en nuestra zona de la oficina. Aquello resulta asqueroso y sin embargo las chicas se ruborizan cuando Constantino menciona sus tripas retorcidas y sacan una lengua cómplice cuando invoca sus desahogos.

¿Qué puedo hacer yo: referir anécdotas sobre vómitos estudiantiles?

Resignado, espero que el tiempo, la ineptitud, las ofertas externas e internas, traigan nuevas y mejores chicas a la oficina.

Los carroñeros entramos en escena cuando el león sale.

Un viernes, cerca de la hora de salida, me siento junto al ventanal para mirar el cielo plateado que amaga lluvia y las mujeres que salen del estacionamiento en los automóviles de compañeros menos sórdidos o intrascendentes que yo, camino de cenar, bailar o acostarse con ellos.

Me aflojo la corbata y subo los pies a la silla abandonada frente a la mía. Me gusta hacer esto, pero mataría a quien osara intentarlo en mi mesa. Suena el teléfono. La única persona que llama a mi extensión es Constantino –y allí ladra sus órdenes– y Constantino salió hace una hora. Tomo la llamada con perplejidad.

–¿Lynch?

–Sí.

–Soy Paruro. ¿Piensas ir a La Atalaya?

Me detengo a considerar mi respuesta. Por una parte, aceptar que no iré podría ser tomado por confesión última de mi fracaso con las mujeres. Por otra, no tengo motivos para aparentar nada frente a un conocido azaroso como Paruro.

–No tengo dinero.

–Mejor. Pero si consigues dinero o compañía no vayas. Y no vayas por curiosidad de lo que te digo. Si eres inteligente, no vayas.

Corta.

Tengo dinero, pero no pienso gastarlo en La Atalaya sino en un mero burdel, con una chica que no reproche mis incapacidades, que incluso finja interés mientras mi dinero resista.

Me extraña la llamada de Paruro, pero no lo suficiente como para buscarlo y pedirle que se explique. Lo veo cuando salgo del edificio, al otro extremo del vestíbulo principal. Conversa con una chica morena, de ojos grandes y nariz redonda que en poco recuerda a su secretarial Myrna. Salen de la redacción sin tocarse. Envidio a Paruro, su compañía y su información privilegiada sobre adónde hay o no que ir.

Recuento mi dinero. Soy un perro de Pavlov de la pobreza.

El burdel al que dirijo mis pasos es un recuerdo de preparatoria, la memoria de una mujer flácida y cobriza que se hacía llamar Carla. Carla era la menos agraciada de toda la plantilla de putas, pero había permitido que hiciera con ella lo que se me antojó durante los veinte minutos que duró mi dinero, concediéndome además quince extra porque –según declaró– le recordaba a su sobrino.

Cuando tu mejor experiencia erótica sucede con una puta incestuosa, tu vida no ha sido la que esperabas.

En la oscuridad del taxi, ante el silencio hostil de un chofer religioso hasta la médula, ofendido por mi orden de dirigirse al burdel pero incapaz de perder el dinero necesario para alimentar a sus veintitrés hijos, rememoro mis añejas y nuevas relaciones, mis novias de adolescencia y juventud, las compañeras del despacho y las ocasionales conquistas y concluyo que no he amado con devoción, pese a mis encendidas palabras y cartas. Y que eso significa un riesgo de enamorarme de manera catastrófica –no hay un loco por amor que no fuera cínico dos minutos antes, me digo con esperanza.

Lo primero que veo al entrar al burdel, pese a los velos y tules que se extienden hasta el horizonte y la terca media luz del panorama, es a Constantino.

Putra madre, me digo. Aquí está el imbécil.

Constantino: piel lechosa, cabello esmeradamente recortado y ropa estupenda. Confío en que mi aspecto nulo y adocenado logre hacerle pasar por alto mi presencia, pero el joven amo está borracho y alerta y se acerca a zancadas, los brazos abiertos como un Cristo. Me estrecha.

–Gabrielito, qué gusto: veo que no soy el único capaz de gustar de placeres refinados en ese cuchitril de monjes.

Las mujeres que Constantino ha requerido están ocupadas, ¿así que por qué no lo acompaño a tomar una copa, entretanto? Procurarme su amistad será una de las pocas formas de ascender por la escala de Jacob de la empresa, por lo que, lleno de servil aborrecimiento, acepto. Constantino

festeja mi decisión y ofrece pagar de su bolsa lo que desee trasegar. Pedimos whisky y nos traen un aguardiente venenoso, pero al sujeto le da lo mismo, aguarda el llamado de las meretrices y se pasea la lengua por los labios con premoniciones sensuales, hirviente y empapado.

–Mi buen Gabrielito: no me digas que no acostumbras escaparte por acá. ¿No? Haces mal. No hay mejor oportunidad de ser caballero que un burdel. Las putas son mujeres, hermano, pero sin los desplantes del resto.

Se queja vagamente de Fernanda. Debo confesarlo: he escuchado discursos similares antes, siempre en labios de hombres a los que no les queda más remedio que limitar su vida sexual a lo que pueda sufragarles la cartera.

No soy machista ni feminista, aclaro. Hombres y mujeres me parecen parte de la misma piara espantosa. Pero Carla, que era una puta, había sido capaz de ceder quince minutos de su tiempo porque yo le recordaba a su sobrino. Y con mi tía ningún imbécil va a ser condescendiente.

–Aquí trabaja mi tía y vengo a saludarla.

Constantino, que a fin de cuentas ha sido educado por jesuitas y es capaz de toda compasión concebible, levanta las cejas y arrastra su mano al mentón, como para condenar la perversidad de una sociedad que permite crueldades como esta. Sacude la cabeza y se lleva una mano a la frente.

–¿Pero tu tía es puta, Gabrielito? Qué cosa. Si no estuviera borracho, hablaría contigo. Qué calamidad. No sé qué decir. Se me tuercen las tripas.

Me encojo de hombros, vacío mi vaso de whisky falsificado y me retiro.

En el pasillo topo con un mesero. Le pido que me lleve con Carla. El hombre, dócil y arrugado como una camisa vieja, me conduce a una oficina bien iluminada, aderezada espartanamente con una mesa y dos sillas. Me señala la menos cómoda de las dos y se marcha.

Observo la fotografía enmarcada de una mujer que sin duda es Carla, cuando escucho el batir de tacones femeninos. Tendrá ya cincuenta años y ha engordado desde nuestro primer encuentro. Es prieta, apagada, usa los pelos rubios y un vestido largo, más parecida a un ama de casa que a una prostituta.

–Carla.

–No. Carla era el nombre que usaba. Pero tú no puedes acordarte.

–Me acuerdo. Vine en mi graduación de preparatoria.

Me mira con la expresión con que otra persona miraría una gotera o una astilla en el marco de la puerta. Quien sostenga que las putas son románticas no entiende nada de las putas ni del romanticismo. O entiende más de lo que lo hago yo.

–Ahora eres la dueña –deduzco.

–Sólo administro. No trabajo afuera.

–Dijiste que te recordaba a tu sobrino.

–No tengo sobrinos.

–No te recuerdo a nadie.

–A todo el mundo. Busca una muchacha afuera o vete a dormir.

Regreso andando por el pasillo extrañamente eufórico, como si Carla me hubiera dicho una frase iluminadora en lugar de una sarta de banalidades.

Constantino sigue en la mesa, menos animado que cuando lo dejé pero no menos ebrio, haciendo cortes trasversales en una servilleta de papel – cortes que se parecen a los de las hojas que yo mando a la guillotina y él finge revisar– y enjuagándose la boca con el presunto whisky del burdel.

Me despido con una reverencia y salgo a una calle donde las huellas de lluvia son patentes. Meto mis zapatos baratos y brillantes en el lodo, me arrebujó en el delgado saco de fibra sintética y emprendo la marcha a una casa que no puedo llamar casa.

O sí: no tengo nada mejor.

O no: sigue siendo horrible.

Como es sábado y descanso, sólo veo las noticias por la tarde, luego de dormir desesperanzadamente y levantarme de mal humor, darme un regaderazo y comer una lata de sopa instantánea. Alcanzo la página del diario dedicada a la seguridad pública cerca de la media tarde y leo: La Atalaya había sido escenario de un incidente de sangre que terminó con un hombre medio muerto a palos y un policía herido en la pierna.

La historia es a la vez simple y hermética. Juan Arregui, uno de los encargados de compras de mi propia y amada empresa, se encontraba tomando una copa con su esposa, Myrna Márquez, cuando dos encapuchados entraron al local, armados con garrotes. Sin decir palabra, alcanzaron la mesa de Arregui y comenzaron a golpearlo, ora uno y ora el otro, mientras la mujer escapaba hacia los baños y pedía ayuda a gritos.

Aunque el bar se encontraba repleto, nadie acudió en socorro de Arregui hasta que un policía vestido de civil, que departía con su propia mujer en una mesa vecina, enfrentó a los asaltantes. Uno de los encapuchados extrajo un arma de su pantalón y lo abatió con facilidad. Tras comprobar que Arregui respiraba, los atacantes salieron del lugar, con paso apresurado pero sin echarse a correr.

Recuerdo la advertencia de Paruro y releo la nota. Parece claro que Myrna Márquez, la esposa del agredido, es *su* Myrna, la fofa con quien comparte cama y cenas, su homenaje oficinista a Pigmalión.

El enigma merece más tiempo del que le dedico, pero carezco de las señas personales de Paruro, no tengo ánimos de llamarlo a la oficina para comprobar si trabaja o no y elijo interrogarlo cuando las circunstancias lo propicien.

Decido, mejor, afanarme en la lucha por los favores de Carla, única oportunidad erótica que me ofrece atractivo en este glorioso momento de derrota.

Vuelvo al burdel caída ya la tarde. Y vuelvo a encontrar a Constantino, más sobrio que anoche y más reservado, aunque todavía dispuesto a pagarme las copas mientras aguarda a sus chicas preferidas –que deben ser solicitadas y talentosas, a juzgar por el tiempo que dedica a esperarlas.

–Salud, Gabrielito. No habrás contado a todo el mundo en el trabajo que nos topamos acá, ¿verdad?

–Hoy descanso.

–Ya. Pero no lo contarás luego, espero. Ya sabes cómo son nuestros jefes, como esposas preocupadas...

A mí me interesa que Constantino dé por descontada mi benevolencia

hacia él y, consecuentemente, extiende la suya hacia mí.

–No tengo por qué contar nada. En todo caso saldría peor yo, con una tía puta.

Sonríe más tranquilo y pide vino para ambos, quizás recordando que el whisky de la velada anterior era apenas digno de usarse como diluyente de pintura.

–Y dime, Gabrielito, cómo te trata la vida, ¿eh? A mí me va de la mierda. Tengo el estómago hinchado por el whisky y no pude dormir con el ruido de las tripas...

Debería quejarme de mi trabajo o manifestar repugnancia por su ventoso lenguaje, pero un esclavo no debe ser agresivo si pretende la confianza del amo. Salgo del paso con anécdotas imaginarias sobre confusiones resueltas por mi inquebrantable tesón y procuro dejarle en claro que, pese a que mi estima por la superioridad no conoce límites, anhelo más responsabilidades.

Constantino no me escucha; apenas asiente cuando un mesero le anuncia que Desirée ha quedado libre y requiere su presencia. Deja liquidado el vino y promete hablar de mi caso con los mandos supremos, allá en lo alto de la escala, donde el aire es puro y el sol risueño. Agradezco con una reverencia y apuro el vaso antes de dirigirme a la oficina de Carla.

La encuentro haciendo sumas y hablando por teléfono. Usa lentes, los mismos pelos rubios de patente falsedad y un traje sastre con la falda demasiado corta. Sonríe al verme aparecer y me indica por señas que me siente. Habla durante cerca de quince minutos, con voz nasal y lenguaje paupérrimo, sobre proveedores de cocacolas y sobornos a inspectores municipales antes de colgar el aparato.

–No entendiste que no.

–No quiero. No me parezco a tu sobrino pero tú te pareces a mi tía.

Cruza los brazos y me contempla.

–No tienes una tía parecida a mí. Eres fino.

Debería decirle que no soy fino, que soy todo menos fino, que corto las etiquetas de mi ropa para que los compañeros del trabajo no puedan constatar lo baratas que son. Pero no se seduce a una mujer con una lista de insuficiencias.

–Carla...

–No me llamo Carla.

Enciende un cigarro pero, como si recordara alguna prohibición, lo apaga de inmediato contra el cenicero. Bebe agua de una botella y me ofrece con un gesto que no admite aceptaciones. Declino.

–Por qué no sales con las muchachas. Les gustan jovencitos, luego de tanto viejo.

Improviso un aforismo desprovisto de sentido común.

–Uno no se acuesta con quien debería, sino con quien desea.

Carla no me cree.

–El trabajo de las putas es acostarse con quien no quieren.

–Todos los trabajos son iguales.

–Mentira.

No consigo nada esa noche ni las siguientes, pero me acostumbro a visitarla y ella no parece ansiosa por evitarlo. Alguna vez me escucha decir idioteces por más de dos horas e intercambiamos sonrisas. No llega a ofrecerme un trago ni yo a insistir, luego de las primeras ocasiones, en acostarme con ella.

Es una rutina agradable: aliento mi cercanía con Constantino aceptándole tragos, consejos y conversaciones tediosas sobre tintas y refacciones y conservo la ilusión de que puedo seducir a una mujer a prueba de seducciones, una mujer incluso menos deseable que mis verdaderas tías.

Lentamente salgo de la tribulación por la pérdida de Fernanda y me encuentro bromeando en los pasillos del despacho como otro esclavo feliz, con esa paz que sólo los ex alcohólicos o los sobrevivientes de huracanes son capaces de mostrar.

Aunque tardo algunas semanas en volver a conversar con Paruro, sigo saludándolo y mirándolo pasearse con aquella chica morena y seria de su oficina. Me pregunto quién será, me pregunto si aceptará tomarse una copa conmigo en La Atalaya cuando llegue a plantearse.

Paruro golpea primero. Otro viernes, cuando Constantino ya se ha marchado con sus chistes gástricos y yo aguardo a que sea hora propicia

para irme al burdel, marca mi teléfono y me pregunta si pienso ir esa noche a La Atalaya.

–A quién vas a apalear.

Escucho su respiración en la bocina y luego un sonido ahogado que quizás sea una risa.

–Sólo voy a invitarte una cerveza. Hay algo que quiero confirmar.

Supongo que habrán llegado a sus oídos mis torpezas con la mitad de las mujeres de la oficina y me dirijo de mala gana al bar. Lamento interrumpir mis noches de acoso a Carla pero quizás estoy satisfecho, en el fondo, de tener una excusa para hablar con alguien distinto a una puta monosilábica.

Paruro espera en una mesa del fondo y llama mi atención con la mano. Lo acompaña la chica morena, más grave que otras veces pese al cabello despeinado –un mechón negro en los ojos–. Mi colega se pone en pie y me recibe con una palmada. Procede a las presentaciones.

–Verónica, de Contabilidad. Gabriel, de Impresiones. Verónica y yo fuimos compañeros en la universidad. Gabriel es el de la teoría de las etiquetas cortadas.

Verónica es, o parece, silenciosa y cortés. Bebo demasiado y hablo más de lo usual, tropezándome entre un comentario y otro, rescatado por Paruro cada pocas frases.

Me piden que explique el asunto de las etiquetas y acabo esbozando una confusa teoría del resentimiento de clase, aderezada por ejemplos históricos que no ignoran la Revolución Francesa ni sus cabezas rodantes, mientras me quejo de la vida, confieso mis encuentros burdeleros con Constantino y justifico el fracaso de mis relaciones con Fernanda.

–Todo eso sucede por tratar con gente espantosa, con nombres espantosos –dice Verónica, quizás divertida.

–El mundo está lleno de gente espantosa.

–No todo el mundo.

Cuando Verónica tiene que irse, nos marchamos a beber a un lugar más barato: el inmundo bar Plascencia, pletórico de madera apolillada y música

sentimental. Paruro narra episodios sucedidos entre él y Myrna luego de la paliza, explica su antipatía por Arregui, el marido –quien, como he dicho, es uno de los compradores de materiales de la empresa– y termina lamentando que su amorío con la secretaria esté a las puertas del rompimiento.

–Sospecha, está intranquila. El tipo la golpeó y más de una vez, pero ella sigue pensando que su única falta es ser impotente. La asustó la paliza que le dieron. Ahora tiene miedo y ya no es agradable.

Suficientemente ebrio como para perder la timidez, respondo a su confesión con una pregunta triple. Por qué diablos me advirtió que no fuera a La Atalaya, por qué carajo me había presentado a Verónica, qué historia querría nadie confirmar con un derrotado como yo. Paruro se afloja el nudo de ahorcado de la corbata y talla sus ojos con gesto infantil de cansancio.

–En La Atalaya iba a haber problemas. Quédate con eso. Verónica es mi amiga, fuimos compañeros en la universidad, pública, sí, ¿pasa algo?, y llegamos juntos a este trabajo. Está casada, tiene una hija y al marido no le gusta que trabaje. Aparentemente, y digo eso sólo porque lo imagino, le interesas. Y haríamos lo que fuera para que moleste a su marido. Pero hay un problema. La historia que quiero que confirmes es simple: Lizbeth le dijo a todo ser vivo en la oficina que robaste dinero de su bolso en su última visita a tu departamento.

Sonrío. Paruro pide más cerveza.

–Entonces es cierto. Qué hijo de puta.

Iniciarse en las artes del robo requiere dosis extremas de autocontrol o indiferencia. Yo comencé tan pequeño mis operaciones que los escrúpulos todavía no habían arraigado en mi cerebro y pudieron ser fácilmente removidos.

Primero fue el bolso de mi abuela, la extracción de un billete durante una visita dominical, cuando mi madre y los demás pensaban que yo seguía mirando el televisor en silencio –siempre ambicioné billetes: las monedas suenan, ruedan, pesan; un billete es sólo papel sobrevaluado.

Luego fue el bolso completo de una tía, que arrojé a la alcantarilla tras

extraerle el dinero. Unos días más tarde, mientras mi tía hacía cábalas sobre dónde podría haber olvidado el bolso y perdía mañanas enteras en tramitar los reemplazos de cada una de sus identificaciones, experimenté algo similar a la culpa, salí a la calle y asomé la cabeza a la alcantarilla donde sus papeles habían desaparecido. Sólo pude ver la irreparable oscuridad.

Mi madre fue víctima habitual de mis hurtos, que toleró siempre en silencio, como dándose por enterada de que sus escasas atenciones económicas hacia mí se equilibraban de algún modo si permitía ser asaltada de cuando en cuando.

Pero el principal blanco de mis operaciones ilegales fue, desde luego, mi padre; tomé la costumbre de visitar su casa los fines de semana y aprendí con activa morosidad a distinguir los objetos valiosos y vulnerables, el cajón del dinero y el lugar donde abandonaba cheques o documentos que cobraría más tarde, en la semana, tomándome el tiempo necesario para no hacerme sospechoso.

El doctor Lynch atendía los bronquios de una clientela constituida por verduleras y oficinistas lo mismo que por policías y amas de casa. No tenía secretaria o enfermera y con ello facilitaba mis golpes. Aguardaba a que mi padre y su paciente en turno se encerraran en el área de auscultaciones para deslizar mi mano por cajones y armarios.

Las religiones nos enseñan resignación y las filosofías templanza. Unas y otras caracterizan la ambición como un mal y pasan por alto que los miserables somos orillados a la ambición como único modo de supervivencia, como intento final de no ser arrasados, de no servir solamente como decoración móvil a una ciudad pensada para que los niños de los ricos vivan largos y fructíferos años, filosofen y oren y metan las manos debajo de las faldas que desean mientras nosotros caminamos en busca de empleo o, al menos, en busca de comprar algo que cueste menos de lo que traemos en los bolsillos.

Yo no nací miserable, pero he sido miserable toda mi vida y comprendo a cada delincuente hambriento, comprendo que decida que un nuevo reparto de bienes es necesario. El utopista quiere que todo se divida entre todos e

impere la justicia igualitaria; el delincuente sólo quiere que la injusticia opere en su favor, sólo quiere ver un momento el panorama desde lo alto de la escala de Jacob y, aunque difícilmente subirá, logrará al fin respirar un aire menos sofocante mientras lo identifican, prenden y matan.

Mis robos infantiles nunca pasaron de ser asuntos menores. En otra época me dediqué a robar libros, ayudado por la mala vigilancia que se destina a los objetos poco codiciados. Nutrí mis estantes –estaban hechos de pino y aglomerado de viruta y pegamento de mala calidad, pero no los afligían demasiados malos títulos– con decenas de ejemplares distraídos del olvido de una mesa de rebajas o novedades, ante las miradas llenas de imbecilidad de los dependientes.

Y en la universidad fui capaz todavía de meter la mano en el bolso de alguna compañera, pero nunca me vi favorecido por la fortuna: mis compañeras tenían tan poco dinero como yo. Apenas podía robárseles algún bolígrafo poco llamativo y morderlo enseguida, para confundir su identidad.

Nunca he sido un sujeto extrovertido, nunca he mostrado debilidad por las confesiones. Soy, sorpresivamente, sincero. Paruro escucha el relato de mis delitos sin expresión de condena o apoyo.

–Si intentas robarme o robar a Verónica, te parto la cabeza.

–¿Para qué los robaría? Ganarán tan mal como yo.

–Precisamente. Hay que robarle a otros y distinguir a los que son de la familia. La borrachera hace florido su lenguaje.

–Quizás.

–Por qué le robaste a Lizbeth.

–Se fue con Constantino.

–¿Constantino?

–Mario Ce. La Ce es de Constantino. Y a ella le digo Fernanda. Es menos espantoso.

Salimos del bar, ebrios como marinos, cerca del amanecer. Paruro detiene un taxi y yo otro. Nos despedimos con una inclinación de cabeza, en silencio, quizás avergonzados de nuestra nueva intimidad.

Le solicito al conductor que me lleve al burdel, Carla debe encontrarse

aún haciendo las cuentas del día en su despacho y podría llegar a apiadarse de mi embriaguez y mi estúpida miseria.

A quien encuentro es a Constantino, de pie en la esquina del local, con una gabardina negra y las solapas arriba. Aterido de frío, aguarda un taxi y le hace señas a mi propio vehículo. Al distinguirme, saluda, salivoso.

–Es tarde, Gabrielito, pero todavía estará tu tía, ¿verdad? Odio los taxis, pero todavía no decido qué automóvil comprar... Casi tengo miedo de conducir otra vez.

Encajo, impertérrito, sus bondadosos escupitajos, respaldado por la enormidad de mi borrachera, y le mantengo abierta la portezuela del automóvil mientras sube y se acomoda. Mi abyección goza de buena salud.

Carla parece cansada cuando me mira tras sus gafas de aumento. Hace las cuentas, justo como supuse. Me siento frente a ella. No vuelve la cabeza. El mozo trae café y pide permiso para marcharse. El amanecer se arrastra hacia las ventanas cojeando como una vieja. Una luz gris lame los suelos. Ella termina de contar, se estira, bebe su café y, como si me viera por primera vez, se aclara la garganta.

–Ya puedes irte. Tengo que cerrar.

No me permite acompañarla a la calle.

Juan Arregui, el esposo de Myrna, tarda más de un mes en regresar a la oficina, y cuando lo hace, lleva encima tal cantidad de vendajes y yeso que se hace evidente que debe largarse otro mes más. No lo hace y prefiere hacernos notar su convalecencia paseando por los despachos sus llagas, dislocamientos y moretones.

Myrna abandona a Paruro tres días después de que su marido regrese y el viernes, en La Atalaya, mi amigo se muestra inusualmente desalentado, mientras Verónica discute por teléfono y yo observo sus rasgos de niña seria, su nariz redonda y la sonrisa que esgrime cuando comienza a enfurecerse.

La mayoría de los hombres casados dirán en voz alta que no les molesta que su esposa salga con amigos varones, pero mentirán. Les irritará, lo considerarán intolerable y se afanarán por disimular su disgusto a la vez que

permitirán que les brote en cada palabra o silencio. Verónica tiene que hablar diez minutos con su marido, quien le pone a la niña en el teléfono como parte de su estrategia para arruinarle la noche, antes siquiera de pedir un trago.

–Tengo dos horas –dice en voz baja.

–No hay nada peor que un marido –arguye Paruro, haciendo regresar la conversación a su propia desgracia.

–Quizás una esposa –deslizo.

–¿Robarías a tu propia esposa? –repite Verónica, aparentemente enterada por nuestro amigo o por las conversaciones de los pasillos de mis incursiones en bolsos ajenos.

–Seguro. Esperaría a que durmiera y me arrastraría como una serpiente a sus joyas.

Un hombre en muletas, apoyado en el hombro de una mujer que lo observa con piedad, ocupa una mesa junto a la nuestra. Es un tipo bajo, fornido, con gestos incontestables de dolor. Espero a que Verónica reciba la segunda llamada de la noche para confirmar mis sospechas con Paruro, mientras ella se aleja de la mesa y manotea en el aire.

–Es el policía al que le disparaste.

–Yo no le disparé.

–Es él.

–Sí.

–Verónica sabe.

–Sabe.

El hombre sufre. Su muleta se escurre continuamente del respaldo donde intenta apoyarla, su pierna estirada obstruye el paso y un rictus de incomodidad le deforma el rostro simiesco. Hay que ser imbécil para regresar al bar donde lo tirotearon sólo para demostrarse que unos encapuchados no podrán echarlo de allí, que su peroné podrá estar astillado pero su voluntad permanece incólume.

Lo miramos con pena. Paruro le sonrío a la esposa del herido, una tipa fea, de tez amarillenta y grandes senos.

–Debe ser una fiera. Mira el tamaño de esas manos –susurra mi amigo,

aflojándose la corbata. El herido se encuentra de espaldas y la mujer responde los gestos con desparpajo.

–Cada vez que él baja la cabeza, ella me mira.

Verónica regresa a la mesa y la mujer enarca una ceja, dubitativa. Paruro le indica que el acompañante de nuestra amiga soy yo.

–Qué significan esos gestos.

–La esposa del policía. La estoy ligando.

Cuando el hombre de la muleta es acarreado a los lavabos por dos meseros, Paruro se acerca descaradamente y ocupa la silla junto a la mujer.

–No entiendo su gusto. Parece una criada.

Verónica esboza un gesto desentendido y observa su teléfono, como si su marido la contemplara a través de él, alistándose para llamarla de nuevo.

–Tiene gustos peculiares, sí. Sabes lo de Myrna, supongo.

–Lo sé.

Suavemente, tomo el teléfono de sus manos. Lo apago y lo entrego a su bolso. Ella da un diminuto respingo.

–Sacá tu mano de mi bolso.

Extraigo su cajetilla de cigarros y tomo dos. Le entrego uno. Verónica levanta la mirada. Sus ojos son redondos y brillantes. Algunos, quizás la mayoría, pensarán que no es hermosa, pero yo no comprendo a la mayoría de la gente, de cualquier modo.

Paruro retorna con media sonrisa en la cara.

–Es perfecta. No sólo está casada con un policía: se llama Jeannette.

La primera vez que Verónica llama a mi extensión no es un viernes, sino un miércoles. Constantino teclea en su máquina, las diseñadoras conversan en voz baja –el odio genérico por mí ha logrado acercarlas de un intenso modo a Fernanda y las hace murmurar y tramar conjuras y venganzas–. La tarde apenas comienza, pero ya muestra la sórdida parsimonia de las peores tardes.

Verónica no tiene una voz hermosa. Su timbre es ligeramente afectado y en ocasiones utiliza giros de torpeza asombrosa, dignos de una vieja. Se lo digo en un arranque de sincera imbecilidad.

–Acabas de decir: «Ay, Gabriel», como una ancianita en misa.

En lugar de responder me dice que nos veamos en el pasillo que conecta nuestras zonas. Cuando logro salir de mi escritorio, eludiendo las miradas de desprecio de las mujeres y la interrogación que me lanza Constantino desde su sillón gerencial, ella está allí. Al verme, se da la vuelta y camina rumbo al elevador. La sigo a la distancia, incluso obtengo el radio de la empresa de la bolsa del pantalón e improviso una llamada ficticia. Mis habilidades para mentir, hermanas menores de mis aptitudes para el hurto, siempre han respondido a las necesidades del instante.

Entro al ascensor. Ella lo programa para que se dirija al tercer piso, hacia lo alto de la escala de Jacob, adonde los simples no podemos acudir sin una orden expresa y donde seremos mal vistos si osáramos plantar el pie.

–Quiero que me prestes un libro –dice.

Las puertas se abren. Las oficinas superiores, adonde nunca he subido antes, destellan luz y sabiduría, envueltas en una celestial música de ambiente: las secretarias recorren los pasillos como espigados ángeles y tras los refulgentes cristales nuestros directivos tratan temas de una profundidad que escapa al entendimiento de los simples.

Las puertas se cierran y la música y la luz se extinguen.

–Hace cuánto que estás casada.

En el segundo piso, un contingente de recaderos y visitantes invade el ascensor; yo vuelvo a fingir una llamada y Verónica se abstrae en la contemplación de los números del marcador brillante junto a la puerta. Tras dos paradas, el ascensor llega al vestíbulo y vuelve a ser nuestro.

–Tengo una hija de tres años. Quiero que me prestes un libro.

Volvemos a nuestro piso y Verónica sale. Yo espero una vuelta más antes de seguirla. Quiero dar otra mirada a lo alto de la escala.

Lo hago.

Cuánta belleza.

Le prestaré a Verónica el manual guerrillero.

Me topo con Fernanda en la fotocopidora cuando regreso a mi

escritorio. Ella parece decidida a que pierda cualquier buen recuerdo de este lugar. Primero no me saluda. Luego le habla a gritos a una secretaria sentada a diez metros y se queja de *los hombres*, en genérico. Rápidamente acota que no todos son viles o idiotas. Que, por ejemplo, *Mario* ha encajado con gran nobleza la pérdida de su Pontiac. En lugar de precipitarse a la compra de un automóvil mayor, se limitará a pedirle prestada a su hermano una camioneta mientras decide qué tipo de vehículo le conviene más.

–Ya le dije que quiero que sea rojo, el automóvil nuevo. Que elija el que quiera pero que sea rojo.

Yo, que no espero la llegada del día en que pueda encontrarme en semejante trance, me limito a llenar órdenes de cortes de papel y a revisar el presupuesto –aparentemente excesivo– de un tiraje de carteles.

Las oficinas procuran la desgracia sentimental de sus empleados porque saben que un esclavo feliz, con intereses eróticos fuera del lugar, tratará de largarse lo más pronto posible. En cambio, la tragedia romántica hace que un trabajador se aplaste en su silla, se concentre en sus labores y extienda su jornada en busca de olvido.

Debe ser día de baño, porque Fernanda no huele peor. Usa unos zapatos costosos que Constantino debe haberle regalado. La relación, lo noto, tampoco ha avanzado hasta el punto de permitirle elegir guardarropa, porque el dobladillo de la falda de la chica sigue descosido.

Ella piensa que le estoy mirando las piernas y bufa, con fastidio, como si mis pupilas le rasgaran la carne. Da la vuelta sin concederme una mirada. Se despide a gritos de la lejana secretaria. Se contonea. Temo que esté trabajando ya para predisponer al amo en mi contra. Constantino, como respondiendo a mis angustias, llama cinco minutos después y me pide que vaya a su oficina. Suena irritado.

Me hace sentar frente a él, en una silla sin brazos, y plantea toda una serie de reclamos idiotas sobre asuntos que corresponden a otros supervisores o a su propia gerencia. Cuando se lo hago notar, me acusa de tener «espíritu burocrático». Pero recula. No está acostumbrado a que sus inferiores discutan y sabe que no tiene razón.

–Más bien necesito tu consejo sobre un contrato de impresiones que

lleva un mes indigestándome. Ya huele a mierda. Necesito que me digas si podemos con esta producción o lo desechamos.

Quizás considera que hablar de mierda todo el tiempo es signo irrefutable de virilidad. En la ventana, Fernanda no disimula que nos observa. Debe estar preocupada porque Constantino ha dejado de manotear y ha terminado por adoptar una postura mansa, las manos entrelazadas y la cabeza gacha mientras reviso el documento y le recito la lista interminable de opciones que tiene la empresa para solventar el pedido.

—¿Puedes encargarte? Gracias. Y disculpa el tono. Lo que sucede es que me retrasaron, otra vez, la autorización para nombrar un vicegerente y tengo demasiado trabajo. Y, claro, sigo jodido con lo del Pontiac...

—Cómprate otro —digo con virulencia.

Constantino sube los pies al escritorio y suspira sin esperanzas.

—Lizbeth quiere que compre un auto rojo. Y un Pontiac rojo es inconcebible. Debe ser blanco. No es un deportivo, sino un *town & country*. Pero lo peor es que me da miedo. No sé qué pasa, pero tengo miedo.

Me largo antes de darle tiempo de que vuelva a referirse a sus tripas.

Paruro me invita a comer en la cafetería del despacho y aclara que Verónica no irá esta vez: debe comer en su casa, atender a su hija y no despertar la cólera o sospechas del marido con una ausencia no programada. En lugar de responder las decenas de preguntas que tengo sobre ella, sus antecedentes y costumbres, Paruro procede a narrarme su primer encuentro con Jeannette, la mujer del policía herido.

La noche en que se vieron en La Atalaya y comenzaron a conversar mientras el esposo vaciaba la vejiga, ella le había dicho que encontrarse no sería fácil, pero que acostumbraba salir a correr a un parque cada mañana y allí podrían conversar.

Originalmente corría junto con su marido, pero ahora iba sola, incluso antes de que él recibiera el disparo. El policía se había vuelto flojo; ella no se explicaba de otro modo la manera tan simple en que los encapuchados habían dado cuenta de él.

Paruro asistió al parque indicado y corrigió sus impresiones iniciales

sobre la mujer, que en la oscuridad y confusión de La Atalaya le había parecido flaca. Le sobrarían quizás ocho kilos y le faltarían unos cinco centímetros para ser muy alta. Llevaba el cabello estirado hacia atrás y ropa de ejercicio color crema.

–¿También haces bicicleta? –preguntó estúpidamente él.

La mujer no le respondió de inmediato. Miraba el cielo.

–No me digas Jeannette. En mi casa me dicen la Nena.

La Nena tenía cuarenta años cumplidos.

Más tarde, cuando aceptó la invitación para desayunar y señaló un sitio cercano adonde dirigirse, le confesaría a Paruro que aún no se había tomado la molestia de reflexionar si su acercamiento podía ser considerado o no alguna clase de seducción. Simplemente pensó, dijo, que el muchacho moreno y amable del bar quería distraer su tedio conversando. A la Nena le gustaban los hombres maduros, no los mocosos, etcétera. Toda esa palabrería, pensó Paruro, pretendía ser una justificación íntima de su debut en el adulterio.

La Nena tenía unas nalgas prominentes que recorrían libremente el flojo pantalón de ejercicio. Antes de que llegaran a la fuente de sodas, Paruro le informó que sus intenciones eran claras y del todo nobles: acostarse con ella.

–Tengo que llegar a mi casa antes de las diez de la mañana. Mi marido se preocupa.

Paruro aseguró que a la hora indicada ella estaría en la puerta del hogar, con una fresca sonrisa para su marido y renovadas energías para prepararle el desayuno y hacerle la curación diaria.

–¿Me voy a poner de mejor humor?

–Te lo juro.

–Entonces me quedo hasta las doce.

La lógica de La Nena era implacable.

Paruro, ensimismado, no presta atención al discurso de Constantino, quien explica triunfante los objetivos de la gerencia para el periodo anual que acaba de inaugurar. Estamos reunidos, los diez supervisores, en una

sala de juntas estrecha y demasiado brillante. Dos secretarias nos sirven café pero no ofrecen galletas: hay que ascender por la escala mucho más de lo que hemos hecho, hay que encaramarse a una gerencia al menos para mascar repostería a costa de la empresa.

Las secretarias, por cierto, son amigas de Fernanda y hacen lo posible por volcarme el café en los pantalones. Una de ellas posee unos senos redondos que le asoman del escote cuando se agacha. Logro mantenerla a raya mirándoselos hasta que la hago enrojecer. La otra es más hábil o quizás sólo es que tiene menos que mirarle.

Constantino hace toda clase de ademanes enfáticos, una suerte de ballet hombruno con que procura dejar en claro su señorío sobre nuestros destinos.

Pregunto a Paruro por lo bajo si le sucede algo. Mi amigo se limita a encogerse entre sus brazos, con estremecimiento, y calla.

–Hay necesidades de producción que están por excedernos. Necesito su apoyo. Ya tengo el permiso de la coordinación para designar un auxiliar, un vicegerente... –Constantino perora, ajeno incluso a la rotación de la tierra.

Paruro se descompone. Suda. Busco su mirada para interrogarlo, pero sus pupilas se empeñan en el suelo. Me es tan desusado preocuparme por nadie que no sé qué haría incluso si mi amigo comenzara a sufrir convulsiones. No me imagino encabezando el cortejo que lo llevaría en hombros hasta una hipotética ambulancia.

–Estoy seguro de que con este nombramiento la intervención de la gerencia en asuntos complicados será más veloz y acertada, ya que podré delegar funciones que hasta ahora me recargan...

Finalmente, mi amigo se yergue en su asiento, aunque persiste en no voltear. Se cruza de brazos. Su gesto es inexplicable.

–Y, bueno, me gustaría que pasara ahora al frente Miguel Paruro, supervisor de empaquetados, quien desde hoy ocupará la vicegerencia. Un aplauso, por favor. A las siete haremos una fiesta en la terraza de El Guachinango. Están todos invitados.

Constantino imita con garbo a un presentador televisivo. Imposible dictaminar quién comienza a aplaudir más velozmente o quién lo hace con más intensidad. Ocho supervisores despreciados conceden su venia a la

nueva humillación con palmadas y silbidos. Yo no. Yo me limito a contener la lengua entre mandíbulas de hierro.

Qué imagen: dos genios estrechándose la mano, dos generales victoriosos ante el deliro de la tropa. Cuando la reunión es disuelta, camino hasta Constantino y le doy una palmada en la espalda.

–Muy bien. Mucha suerte –le digo.

Reacciona como autómatas frente a mi sumisión. Repone que no fue nada y que hay que esforzarse más, siempre más, que la producción debe alcanzar las estrellas y el infinito.

Coincido. He descuidado mis obligaciones con el odio. Les prenderé fuego a los dos.

Es morena, tiene un automóvil y, aparentemente, le gustan los cerdos. Hay tres colgados de su retrovisor.

–¿Vas a la fiesta de Paruro? –me pregunta en el estacionamiento, cuando me ve salir del edificio rumbo a la parada del autobús. Ya quisiera hablarle de Paruro, de su maldito silencio y mi humillación, pero qué caso tendría. No sabría corresponder tanta amistad.

–Voy.

–Vamos.

Subo antes de darme cuenta de que Verónica –la chica por la que recorro cada tarde los veinte metros que me separan del pasillo y eludo la mirada interrogadora de Constantino al verme salir de su área sin autorización– hoy no va a eludirme.

Desde el corredor que trascurre al lado de la oficina del gerente logro distinguir el perfil de Verónica en el horizonte. Me agradan su cara redonda, sus manos, su piel atezada y los dientes blanquísimos. Me agrada que nunca voltee.

Constantino, con quien rara vez cruzo palabra en otro lugar que no sea el burdel de Carla, se detiene a mirarme fumar, se piensa que sigo suspirándole a Fernanda y disfruta su extrema superioridad. No sólo es rubio, bondadoso y gerencial: está, literalmente, enamorado de sí mismo.

Enamorarse es una inconveniencia.

En el tablero del automóvil de Verónica hay un cuarto cerdo de felpa rosado, rechoncho como el *mons venus* de una matrona.

–Se llama Hugo. Debes pensar que soy idiota por bautizarlos.

A mis pies, un bolso rosa, de felpa, muestra el rostro mofletudo y pensativo de otro cerdo.

–Te gustan los cerdos.

–Mucho –confiesa, y me mira con ternura, como si mirara a un cerdo.

¿Qué tanto me parezco a un cerdo? Tras los dolores de pecho del invierno, el médico me recomendó que hiciera ejercicio y dejara de beber. De mala gana y engañándome cada tanto, comencé a administrarme el alcohol y los dolores desaparecieron. Pensé, entonces, que mi suerte con las mujeres mejoraría. Maldije aquel pensamiento: ahora quisiera ser un cerdo ebrio, rosado, inabarcable como un planeta, para revolcarme con Verónica en el lodo.

–Verónica, me gustas.

–Voy a chocar.

–No quiero ir a la fiesta de Paruro.

–Lo sé. Adónde vamos.

A la cama, claro. Era demasiado pobre para llevarla a otro sitio.

Mi expediente erótico es casi tan pobre como el financiero.

Soy bajito, tengo poco pescuezo y un rostro macizo, en el que dos ojos pequeños luchan por prenderse de las miradas de las mujeres con más autoritarismo que habilidad. Adolezco, además, de una nariz ganchuda y un labio inferior ligera pero decididamente más saltado que el superior, con el consiguiente y poco atractivo parecido con el poeta Alighieri –quien, recordemos, tuvo que inventarse el aparato de la *Comedia* para acercarse a la esquiva Beatriz, seguro que en la realidad no obtuvo de ella ni un mohín de asco.

Soy un tipo considerado y de buenos modales, pero tengo la mala costumbre de perder los estribos cuando bebo y de beber con una frecuencia suficiente para ser considerado un enfermo. Mi cuerpo tampoco resulta estatuario. Mantengo, hasta hoy, la oculta vergüenza de haber sido incapaz

de tomar la cinta métrica y develar el misterio de mi extensión sexual. Temo, acaso como todos, que el resultado de la medición inaugure un periodo de hundimiento psicológico que no me siento listo para afrontar.

Digamos, si he de recurrir a una semejanza que fije mi estilo ante la mirada ajena, que si utilizara gomina y chaleco encima de la camisa, sería un cajero de banco estupendo, con el defecto agregado de tener lo que se suele llamar *mirada pesada*, rasgo común a los hombres de poca estatura que nos da apariencia de enanos mesmeristas.

Sirvan estas reflexiones para explicar las características que han dado forma a mi relación con las mujeres. Tengo la avidez de su carne, pero incluso los predadores deben recurrir a la astucia antes que a la fuerza para cobrar las presas –aunque no puedo dejar de pensar que soy un predador tan efectivo como un oso hormiguero.

Por si fuera poco, tengo un nombre que no invita precisamente a la sensualidad: me llamo Gabriel Lynch.

Lynch como aquel coronel que se pasó la vida inventando nuevas formas para que los amos prendieran y ajusticiaran a sus esclavos.

Pero yo soy un esclavo.

Tragedia onomástica, además.

Alguien será capaz de preguntarse en dónde queda en mis reflexiones el amor, el tipo de sentimiento al que aspira la mayor parte de las personas: compenetración sensorial, admiración mutua, trascendencia emotiva, según las definiciones que dan los libros de psicología de supermercado que heredé de mi hermana.

Yo digo: incluso los románticos entendieron que para que su cacharrería conceptual funcionara en una pareja, los requisitos eran dos amantes guapos, que la chica fuera prostituta y no se arredrara ante, digamos, un apetito repentino por la sodomización –este comentario suena como una ordinariez y sin embargo es de Byron–. Y, sobre todo, que los amantes estuvieran resignados a morir, al menos uno de ellos, o a que el destino los separara en poco menos de tres meses.

Entorilar esa atracción y convertirla en un matrimonio con hijos e

hipotecas es sin duda un reto interesante, pero, como sabemos por la experiencia de los pasados eones, francamente arduo. El tipo de amor que se da en un matrimonio –contra lo que podría pensarse, nunca me he considerado un escéptico del matrimonio– no es equiparable de ningún modo al desbordamiento que la gente entiende por amor.

El amor existe, cómo negarlo. Sólo que, al menos en su variante más aguda y fervorosa, es como una bestia hambrienta de carne a la que no es posible mantener saciada todo el tiempo. Y que no apetece nunca la misma carne.

Esto lo pensaré cuando pueda, porque ahora que estoy con ella no me permitiría hacer lo que debe hacerse. Sólo pienso que somos ridículos.

Con el dinero que reunimos entre los dos apenas se puede alquilar una habitación decorosa. No cruzamos palabra mientras subimos la escalera del hotel. Yo olfateo su cabello y mi sombra trota como un cerdo codicioso a sus espaldas. Imposible suponer qué pensará Verónica. Nada santo, puede suponerse. O quizás nada.

Cerramos la cortina. Nos desnudamos, caemos al lecho y comenzamos a manipularnos. Alguna vez escuché una definición acertada del amor físico: el mutuo saqueo de unos cuerpos.

El papel tapiz se desprende perezosamente de un muro demasiado ajado como para retenerlo. Eso lo noto al dar un giro, pero tampoco me preocupa demasiado. Los colores del cortinaje, las sábanas, la alfombra ya desafían toda estética, ¿para qué sumarles otra inconveniencia? La ropa de Verónica es vieja pero costosa. La mía es demasiado opaca y barata como para resultar otra cosa que innecesaria. Sin ropa es fácil sentirse cómodo.

Todo esto, claro, lo pensaré después. Ahora estoy ocupado mordiéndola. Marcándola, como si mis dientes pudieran avisarle al marido lo que está sucediendo. *Tienes más dinero que yo, muchacho, y te lo agradezco, porque tu mujer pagó el hotel.*

Me convenzo de que la sombra que oscila por las paredes es la de un cerdo inmenso y hostil, que aterra y complace a la desquiciada chica de

contabilidad que estamos descubriendo que es, debajo de su apariencia serena de administradora, Verónica.

Son absurdas nuestras interjecciones, grotesco nuestro entrelazamiento, miserable quizás que ella se finja en la fiesta de la oficina y en realidad engañe al marido con un supervisor, como cualquier secretaria.

Es, no obstante, una larga tarde. Una linda tarde.

Poco importa si nadie en la oficina ve hermosa a Verónica o si Fernanda resulta mejor partido para el idiota de Constantino.

Los cerdos, se sabe, comemos de todo.

Intento no hablar de amor cuando hablo de amoríos o relaciones. Lo que generalmente podemos llamar amor es el estable afecto de quien comparte hijos, anécdotas y detalles que no quiere ver divulgados en el caso de divorcio. No creo que la atracción romántica, que es, finalmente, sexual, deba ser descrita como amor. Y *pasión* es una palabra que linda con el ridículo.

No. Debería animarme en todo caso a describir la peor de mi pobre vida y los numerosos callejones sin salida a los que he sido arrastrado con palabras mullidas y convenientes, aunque hable de humillaciones, derrotas y errores inmensos como palacios, de mujeres de nariz ancha, trasero plano o piel salpicada de granosidades o manchada como un perro dalmata. Y tengo que contar, al menos mientras mantenga mi propósito inicial de ser honrado, cómo intenté subir por la escala de Jacob y me derrumbé, cómo quise seducirlas y fracasé, cómo terminé arrastrando como malas amistades de años a mujeres con las que debí pasar apenas una noche; cómo incluso llegué a fornicar con alguna que me reclamó después lo insatisfactorio de la experiencia.

Existe ahora un miedo enorme de ofender a las mujeres narrando aventuras galantes, como si fueran a transformarse repentinamente en floreros o cascanueces y perder su humanidad si uno las empleara para ese tipo de relatos. Por fortuna, no aspiro a un público educado y biempensante —porque no lo comprendo y le temo—, sino a interesar a prejuiciosos,

obscenos con sensaciones de culpa apenas controlables, que esperen a que nadie esté cerca para rebuscar suciedades en estas páginas.

Sepan, si es que alguien ha seguido mi monólogo hasta este punto sin saltarse a cuartillas más sexualmente promisorias –quizás nunca las encuentre–, que abandonaré algún día esta retórica de predicador y me entregaré a los placeres de la bestialidad y el coloquialismo. A partir de ahora, de esta línea o quizás la que sigue, ya que esta llega a su fin sin que mi profecía tenga visos de cumplirse, buscaré privilegiar la narración de mis pobres afanes por sobre mis pensamientos.

Y me disculpo de antemano, como es deber de cualquier cómico harapiento, si mis cabriolas no logran la complacencia general. Tengo poco dinero. No caben en mi escenario princesas de senos como ojivas, ni Amazonas de nalgas recias como cordilleras.

En esta carpa sólo hay cupo para personas más o menos comunes, con el maquillaje y las plumas sustituidas por ropas corrientes y lisas; tampoco ha habido posibilidades de poner en escena un Don Juan: conformémonos a nuestras insuficiencias y extraigamos de ellas el gozo de los actores y el privilegio de encarnar esta actuación.

–Quiero que hagas algo por mí.

La voz de Verónica suena enronquecida por el placer o lo que pasa por tal. Me gusta ese tono. Tendré que procurar que no se le vaya de la garganta: habrá que perpetuarla en la cama.

–Gabriel, me escuchas.

Apenas hace diez minutos obedecía la menor de mis órdenes y ahora ha recuperado el tono autoritario, el tono de niña que se sabe de memoria las efemérides escolares.

–Sí. Dime.

–Quiero que hables con Miguel. No deberían pelearse.

–Te envía él, supongo.

–Sí.

Me toma por sorpresa, la sinceridad. Esperaba que se llamara a la ofensa y no lo aceptara así, tan llanamente.

–Dile, ya que es tu manager, que te necesito mañana de nuevo. Como a las ocho estaría perfecto.

–Mañana no puedo salir. Es jueves. Ya lo sabes.

Nos reímos.

–No dijo nada de su ascenso –deslizo.

–Y tú soñabas con la vicegerencia, claro.

–No pensaba en otra cosa.

Pero ahora la pienso. Le tapo la boca con las manos cuando va a interceder, otra vez, por Paruro. Le informo puntillosamente que lo cercaré, le meteré un cuchillo en el vientre y le sacaré las tripas como quien enreda espagueti.

Reímos. Dejamos de hacerlo de vuelta en su automóvil, cuando anuncia que acabaremos por ir a la fiesta para dejarle en claro al vicegerente que no planeo su prendimiento y crucifixión.

Procuro ponerme desagradable.

–¿Le debo algo a Paruro, por ti?

A Verónica se le está terminando el humor. Se lame las puntas de los colmillos con la lengua.

–Me debes algo a mí. Habla con él.

Los cerdos de su automóvil lucen melancólicos a la luz de los faroles.

La terraza de El Guachinango está abarrotada de empleados de baja estofa: supervisores, obreros de a pie, secretarias y afanadores. Fernanda, con manos largas como el pecado, le acaricia el pecho a Constantino, quien me saluda con una vaga inclinación de cabeza. Seguro que la perra lo ha puesto en mi contra, seguro que de su rabiosa cabeza brotó la idea de exaltar a Paruro en mi lugar.

Me alejo de Verónica de inmediato, porque no quiero que el gerente la coloque en el radar de sus apetitos, la acose y luego la cobre. Ella camina lentamente hasta donde Paruro entretiene a un corifeo de secretarias –todas maquillaje y caderas– con la narración pormenorizada de su ascenso.

Paruro recibe las noticias como un susurro en el oído. No voltea a verme, sino que abandona el círculo de entusiastas y se dirige a la barra. Él

y Verónica beben e intercambian frases. Los observo en un rincón, a salvo. Constantino y Fernanda están de espaldas a la terraza, señalan luces en el cielo. Ángeles o estrellas.

Resuena la música repugnante con que amenizan todos los bailes de pobres. Lo veo con claridad: no hay más patrón aquí que Constantino, que levanta a bailar a Fernanda con toda la condescendencia de los amos para con la música de los esbirros. No hay dinero para traer un oso amaestrado, así que nos entretienen con la compañía de un ángel como atracción principal –el pobre Paruro apenas da para que se sonrojen las secretarias menos atractivas de entre la concurrencia.

Me siento a beber. Me bebo la mitad de la cantina.

Cualquier repaso a la infancia trampea la integridad de los recuerdos. Yo sé bien que fueron la muerte y la sangre las que provocaron mis primeros estremecimientos, no cuerpo alguno de hombre, mujer o ángel.

Vivía en una casa pequeña, que se me antojaba inmensa, y que consideré la suma de la creación hasta que comprobé la superioridad alarmante de los aparatos eléctricos de los vecinos. Mi padre, lo he dicho, era un médico de personalidad repelente. Mi madre era y es aún una mujer callada y rencorosa. Se divorciaron, por fortuna, antes de proporcionarme la espantosa posibilidad de relacionar el sexo con lo que ellos cometían de cuando en cuando en su recámara –cuyos resultados testimoniaban mi existencia y las de mis hermanos–. Mi madre es morena y ancha; mi padre rubio y corpulento. Juntos, parecen las hojas de una puerta doble.

Cuando mis padres se divorciaron, los hijos permanecemos con la madre, como suele suceder. La conseja popular asegura que las mujeres se mantienen junto a los hijos cuando les sobreviene el divorcio por falta de ambición e imaginación: el hecho es que mi madre no era demasiado imaginativa, pero sabía afrontar sus responsabilidades. Mi padre rara vez volvió a interesarse por nosotros. Era, cómo dudarlo, un hombre muy vil.

Ahora pienso en él, mientras el taxi me acarrea a casa. Mi padre, con necedad propia de médico, decía que toda enfermedad tiene cura si hay voluntad del paciente.

Quisiera ver que alguien me curara. Quisiera verlo.

Paruro limpia la salsa del plato con el último trozo de pan de la canasta. Imposible pensar que Constantino condescendiera en hacer algo así. El vicegerente quiere demostrar que todavía no es uno de ellos y puede permitirse modales hambrientos en la mesa.

¿Cuál es la razón por la que es mal visto limpiar el plato con pan? Porque, sencillamente, una persona educada no debería tener *tanta* hambre o no debería tenerla en lo absoluto: la vida ya se ha encargado de llenarle suficientes veces el estómago. El hambre es mal vista en los círculos celestiales.

–Ya sé que te sientes ahorcado. Debes calmarte. Ya llegará el día de que subas. Haremos algo.

El comedero luce más lleno de lo acostumbrado, pero el miedo ancestral de los obreros a los supervisores ha conseguido que nuestra mesa permanezca libre de visitantes, mientras las demás rebosan de platos, piernas, brazos, sillas.

–No pasa nada.

Debo tener una apariencia poco razonable, porque Paruro se empina la cerveza y se limpia la boca con el revés de la manga antes de encararme.

–Tienes que aguantar. Vamos a subir, sólo aguanta. Aguanta. Esto no se lo digo a nadie. Eres mi amigo. Aguanta.

Supongo que espera conmovirme. Y lo consigue. Pero cuando se levanta al baño me largo del comedero con los últimos bocados de comida envueltos en una servilleta. Que pague la cuenta, digo, si tanto me aprecia.

El taxi que me lleva al burdel es conducido por un hombre suave y silencioso, que me permite conformarme con mi propia compañía en lugar de imponerme, estentóreo, la suya. Suena el radio en mis pantalones. No es hora, claro, de que nadie me consulte un recorte de cartulina o inyección de tinta. Es Verónica, cuya joven voz de anciana adquiere tonos metálicos en el comunicador.

–Tengo a la niña enferma. No puedo moverme. Te busco luego.

Le digo que se cuide, que cuide a la nena. Me alivia oír la cortar. Me he

afanado en no pensar en Verónica desde la tarde de los cerdos y el motel. Y seguiré empeñado durante el tiempo que no la tenga.

El burdel estrena luces de colores y no pocas mesas están inaccesibles, rodeadas por lonetas y cubiertas con plásticos a los que la arenilla caída del techo da apariencia de pequeños terrarios.

Un mesero me informa que las reparaciones llevan ya una semana iniciadas y que la mayoría de las muchachas fueron licenciadas por algunos días o concesionadas a otros negocios de la cadena mientras se concluyen. Carla, agrega, está ocupada de momento.

Apenas dos o tres clientes distraen el tedio con botellas a medio vaciar y un dominó. En la barra no molesta ni siquiera Constantino y debo esperar a que el cantinero sacuda y lustre apropiadamente la madera antes de pedirle una cerveza. Cuando bebo tres o siete camino a la oficina de Carla, que encuentro vacía. Me siento, mareado, a esperar frente a su escritorio.

De pronto me asalta la certeza de que, ante la emergencia de clientes y la escasez de compañeras, Carla estará ocupada reverdeciendo laureos de puta con algún cliente. Me entusiasmo, como si tuviera al alcance de la mano un premio, un tesoro perdido.

El tiempo se extiende. Comienzo a cabecear cuando Carla, ruborizada y sudorosa, entra a la oficina. Lleva ropas cortas y brillantes, a medio acomodar. Fuma, como si el permiso de fungir como puta tuviera aparejado el de recobrar también el tabaco. Se detiene al notarme, sin voltear, como un animal en espera de ataque. Tras ella camina con suaves pasos de gato Constantino, sonriente, ebrio, los faldones de la camisa asomados de la cintura.

–Buenas noches, Gabrielito...

–Buenas noches –deletreo con voz destemplada, mientras en mi paladar y garganta afila sus cuchillas la ira.

Constantino emite una risa breve como una tos, se echa el saco al hombro y sale del cuarto con petulancia.

–Los dejo.

–Creo que no quiere su cambio –deduce Carla muy queda, quizás triste.

Me largo sin pedir explicaciones. No quiero pensar más que en el fuego.

La primera medida de Paruro como vicegerente es mudarse a un pequeño despacho junto al pasillo. Cuelga de la pared el retrato de un anciano, obeso y peludo, que se acoda con gracia en el rebuscado brazo de una silla. También deja visible una pequeña bandera nacional puesta del revés en su asta de madera. Son como fetiches que le recordaran, en mitad del mundo de los gerentes, su baja procedencia, su condición arribista.

Pidió y consiguió que mi escritorio fuera mudado a su área, lo que si bien me acerca aún más a la escrutadora mirada de Constantino, me aleja al menos de Fernanda y sus murmuraciones.

Todavía la veo, a veces, sentada en el filo del escritorio de alguna diseñadora o secretaria, repitiendo como un ministro de propaganda los chistes intestinales de su amado. Alguna noche he fantaseado con la idea de narrarle las hazañas de burdel del novio, pero me faltan energías. Enredado con Verónica, no tengo fuerzas para fastidiar a Fernanda. Lo de enredado no es una imagen: me estoy ahogando.

—Este presupuesto de tinta es una locura. Mario quiere una tabla de costos comparativos para regañar a Hernández, el tipo de las impresiones a color.

Paruro se ha comprado un traje sobrio, de una tela que parece descender de la lana. Es gris y lo usa religiosamente cada día, mientras logra reunir el dinero para adquirir uno distinto. También se ha vuelto nervioso. Apenas escucha a Myrna taconear por el pasillo, huye a ocultarse tras su persiana.

Resuelvo sus dilemas de costos y le permito invitarme la comida. Quisiera escucharle confidencias sobre Verónica. Me desespero del apego animal que Paruro, todavía tímido en el uso del poder, manifiesta por mí, siguiéndome incluso a la calle a la hora de tomar el autobús, aunque él tendría derecho a pedir reembolsos de taxi a la Administración.

Sus temores se ven justificados una mañana. Tengo a Verónica en la línea. Me cuenta que la gripa de su hija se le aferra como un calamar y que los medicamentos no parecen prestarle mayor socorro. De pronto entra a la oficina Juan Arregui, aquel vendedor casado con Myrna, la ex amante de mi amigo, apaleado por esa causa en La Atalaya. Carece esta vez de vendajes, Arregui, y ya no cojea. Usa ropa oscura y tiene una llave de tuercas en la mano. Avanza como una locomotora hacia la pequeña oficina.

Paruro logra cerrar su puerta y arrastra una silla para atrancarla. Las secretarias descubren lo que se anuncia como un episodio de sangre y enmudecen. Doce o mil teléfonos resuenan sin que nadie los conteste.

–Van a matar a Paruro –le digo a Verónica, y corto.

Constantino da un brinco en su silla cuando Arregui comienza a bramar y a romper los vidrios de la oficina de su vicegerente con la llave de tuercas.

–¡Es mi esposa! ¡Esa puta es mi esposa! ¡Me lo dijo todo!

Arregui blande el hierro y hace llover gotas de vidrio por todo el lugar como si su llave fuera un hisopo y él un obispo poseído por la gracia. La estructura de la oficina resiste. Paruro retrocede como un perro asustado mientras Fernanda murmura veloces explicaciones de la situación a las diseñadoras –*Paruro andaba con Myrna. Este es el marido, ¿lo ves?*

Me encuentro indeciso entre ayudar al lastimoso cornudo a destripar a mi amigo o contenerlo. No me decido a arrojarle a la cabeza el pisapapeles de acero con el logotipo de la empresa. Tampoco a llamar a seguridad, aunque el estruendo ha hecho su parte y ya se escucha el trote lejano de los vigilantes.

Constantino se lleva las manos a la cabeza, como si estuvieran regresando a su mente las imágenes de la quema de su automóvil. Escapa al elevador y asciende a los cielos. Mi teléfono suena. Debe ser Verónica.

No: aquí llega ella, sofocada y sin un zapato, extraviado quizás en las prisas del pasillo.

–Ya vienen los guardias –le digo como si el dato fuera a retenerla.

Verónica toma un jarrón, grande y florido, del escritorio de la secretaria más cercana. Acierta en la nuca de Arregui, que cae de rodillas. El agua y las flores adornan su cabeza y se escurren por su espalda como una cascada. Parece la víctima coronada de un sacrificio ritual.

Para no ser menos que la mujer, le coloco una patada en las costillas con la punta del zapato. Y luego dos más. Escucho claramente una costilla que se rompe. Debe ser una de las recién sanadas.

Qué desperdicio.

Los guardias llegan y terminan de molerlo.

Verónica, muy bebida, se me acerca cuando estoy por irme y me dice:

–Gabriel: eres lo peor que me ha pasado. Eres mi cruz, mi cruz. No te vayas.

Me gusta que hable como una cantante de bolero.

Paruro tiembla, recostado en un sillón. Lo hemos traído a su casa con el renuente consentimiento de Constantino, quien debió quedarse en la oficina, pálido e iracundo, para dar explicaciones a un coordinador de cabellos plateados que bajó junto a él de lo alto de la escala, con aire particularmente dulce, a solicitarlas.

–Dame más ron –bufa mi amigo.

Termino por darme cuenta de que lo que he creído miedo es en realidad la difícil contención de su rabia. Paruro tiembla. Su piel luce amoratada y húmeda. Juguetea con el nudo de la corbata o muerde abiertamente la seudolana de su saco nuevo.

El teléfono de Verónica resuena en su bolso. Ella suspira con irritación y huye a la cocina. No querrá que el esposo nos escuche.

–Arregui fue directo a matarte... –sugiero–. Creo que eso refuta lo que dijiste de Myrna aquella vez: que te defendería de su marido con un cuchillo.

Paruro fuma y rasca su cabeza con manos apresuradas.

–¿Eso dije? No lo sé. Puta madre. Puta Myrna. ¡Le dijo todo, la imbécil!

–Debe sentirse culpable.

–Que se siente culpable por dejarse pegar por el marido.

–Suenas a comercial del gobierno.

Por toda respuesta, se empina el licor. Promediamos ya la segunda botella de ron. Incluso la educada voz de Verónica comienza a enloquecer. Ella regresa, con un vaso de agua en la mano. El marido debió reprocharle el tono de borracha. Deja el agua en una mesilla y la olvida.

–No hagas nada –le dice a Paruro, y lo besa en la frente–. Yo veré qué hacer.

Me hace una seña con la cabeza para que la siga. Toma su bolso y se encamina a la puerta.

La casa de Paruro es una suerte de ruinoso potrero en mitad de una colonia indeterminada del sur, donde no parece existir ningún metal que

haya resistido con éxito al orín ni piedra alguna a salvo del moho. Verónica no habla. Cuando va a subirse al automóvil me besa largamente.

–Convéncelo de que no haga nada –persiste antes de perderse por las callejuelas.

Encuentro a mi amigo inclinado sobre la mesa de la sala, rebuscando febrilmente anotaciones en un cuaderno. Veo trazos irreconocibles y esquemas de flechas que no me interesa descifrar.

–Deberías irte a dormir.

–No necesito que digas los parlamentos de Verónica. No entiendes nada.

–No tiene caso que te pongas a planear cómo le vas a partir la cabeza a Myrna...

Paruro levanta la mirada, airado. No reflexiona, no capta ninguna ironía, hoy.

–En lugar de seguir como un perrito a Verónica, Lynch, pregúntale con quién está casada. Que te lo diga. Pregúntale con quién tuvo a la niña.

–Estás ebrio.

Pero la máquina de las reivindicaciones es incontenible. Algunas gotas de saliva brincan de sus oleajes de indignación. Sus manos buscan cuellos invisibles para retorcerlos.

–Tu santa está casada con Diego Castañeda, el hermano de nuestro gerente. Diego es el que vive regañándola. Siéntate a pensar en eso y déjame en paz.

Es un buen argumento. Decido que terminaré el ron y otros dos o tres más y entonces saldré a una mala calle a buscar un taxi o a dejar que algún vecino de Paruro, peor que los otros, me asalte, destripe y desvalije.

Lo que suceda primero.

Carla mira los chocolates que le extiendo con absoluta y justificada desconfianza. No son bombones suizos, de buena marca, rellenos de vino. Son un simple paquete de chocolates envueltos en plástico. Quizás sean en realidad manteca vegetal apelmazada por obreros tan miserables como los que trabajan conmigo. Los compré en una tienda, al pasar, mientras buscaba

cigarros. Los corazones que lucen en el empaque me parecieron ofensivos, adecuados.

Le sonrío a Carla. Prueba uno con resquemor, como si temiera envenenamiento. No soy fino, debí repetirle. Sólo un tipo fino se tomaría el trabajo de inyectar arsénico en unos dulces baratos y sentarse frente a una puta a mirárselos tragar.

Cuando termina de mascar, le entrego la tarjeta. Tiene, claro, muchos corazones más. Reza frases memorables en inglés. Cuenta incluso con el dibujo de un cachorrito de mejillas falseadas –los perros no se ruborizan–. Carla la sostiene con incredulidad. Es una puta monolingüe, así que le traduzco con mi mal inglés de alumno de escuela pública. Su incomodidad se hace más evidente. Y se dispara cuando le entrego la bisutería, collares de perlas falsas, aretes con imitaciones de diamante totalmente desprendibles, un anillo con una roca verde llena de burbujas y ángulos más bien obtusos en sus pocas caras.

Tuve que traer conmigo una mochila y darle un par de billetes –de baja denominación, mis ingresos no dan para más– al tipo de la puerta para que me dejara pasar con ella. Eran demasiados regalos. Y faltan todavía los discos llenos de canciones sentimentales, la playera con un paisaje marino estampado en la espalda, el portarretrato con ángeles que se fingen barrocos y parecen más bien indigentes...

Los objetos se agrupan en su escritorio, junto al teléfono y la libreta donde saca sus pobres cuentas. No sé si logrará darles algún uso o se limitará a barrerlos hacia el cesto apenas salga yo del lugar.

–Todo por doscientos pesos –le informo. Y extraigo la sorpresa final, el oso de felpa blanco que sostiene entre las zarpas otro frasco de imitación vidrio con más chocolates en forma de corazón.

Carla no levanta la vista cuando me pongo en pie. Aprieta en su mano el collar de perlas apócrifas y pierde la mirada en la pared. Espero que no piense ya que soy fino.

–No es importante.

Eso opina Verónica de su marido. O más bien de que yo sepa que su marido es hermano de mi Némesis. O incluso de que me preocupe por algo tan evidentemente vano.

–Debería ofenderme tu obsesión con Mario. Tu obsesión debería ser yo
–replica.

Pero esta no es la historia de mi amor, lo he dicho. Es la historia de mi odio y acabo de volcarla ante Verónica, quien la bebe con curiosidad, irritación, sobre todo paciencia. Tiene el gesto, incluso, de no responder la llamada de su marido que coincide con alguna furtiva declaratoria amorosa a su respecto. Responde, por cierto, las otras tres.

–Ya tendré que contarte algunas cosas. Pero ahora me preocupa lo que vaya a hacer Paruro. ¿Lo has visto *peor*?

Quizás se refiera a su irritación continua, a sus tardanzas en la llegada y apresuramientos en la salida y al hecho de que he debido ser yo quien haga avanzar su trabajo y lidie con las embestidas de Constantino. Paruro, desde luego, no merece tales lealtades. Pero a mí, en cierta medida, me consuela ser capaz de mostrarlas.

Lo miro a través de los cristales nuevos con que reemplazaron los que Arregui colapsó. Lleva una hora enfrascado en la lectura de un análisis de fórmulas de tinta, una cuartilla a la que ni siquiera alguien tan bruto como Fernanda dedicaría más de cinco minutos. A sus pies hay cinco o seis cubetas selladas con cinta. Son cubetas de tintura, de las que suelen verse por aquí, aunque no en tal cantidad ni desde luego selladas con algo que no sea el plástico rotulado de garantía. ¿Qué guarda Paruro allí?

Myrna, la causante de su desdicha, ha llegado un par de veces hasta la puerta de su oficina en los días recientes, quizás con intención de atreverse a pasar, de sentarse a ofrecer aclaraciones. No ha llegado a suceder ni sucede tampoco hoy. Quizás la intimida mi testimonio, pues no le aparto la mirada desde que la veo acercarse. Al menos algún beneficio parece haber extraído la mujer del conflicto entre amante y esposo: se ve menos fofa.

La tensión, será.

Es viernes. Casi todo lo importante en esta vida sucede en viernes o al menos así suelo recordarlo. Paruro niega con la cabeza cuando lo invito a comer. No insisto demasiado, pues eso representa la posibilidad de sentarme a solas con Verónica y evitarnos el silencio intimidante que ambos han adoptado en las comidas, un silencio hostil de pareja a punto del divorcio.

Fernanda, muy contenta, sale del brazo de un nervioso Constantino, quien casi se podría pensar que tira de ella para apresurarla. Los rumores hablan ya de que el gerente ha cedido y aceptará comprarse un automóvil rojo para sustituir su llorado Pontiac.

He alcanzado, por estos días, una paz similar a la de los árboles o las rocas. Veo las nubes, incluso las más negras, deslizarse inofensivas sobre mi cabeza. Odio a Constantino, detesto a Fernanda, pero la vehemencia parece estar abandonándome, como si su secreto depósito tornara a su fin. Quizás sea por Verónica, porque logra contagiarme esa cansina inmutabilidad suya.

Regresamos a la oficina, solitarios o en manadas, cuando pasa la hora de la comida. Verónica me toma de la mano en el elevador cuando nadie nos mira. El café del comedero fue menos malo de lo que recordaba. Paruro me da una palmada en el hombro cuando le entrego resuelto el enigma de las fórmulas de tinta que lo tuvo entretenido toda la mañana...

Cuando vuelvo a mi escritorio, escucho el primer estallido. No una explosión sino un siseo que recuerda el de una culebra. Más agudo, quizás, como el roce entre el metal y la carne. Metal y carne y vidrios que revientan.

Myrna corre por los pasillos como una ciega, estrellándose con quien se le cruce. Sangran sus piernas y brazos y las manos pálidas que tapan su rostro están manchadas de rojo. Hay puntas metálicas, diminutas, sobresaliendo de sus carnes. Como una mariposa sujeta con alfileres a un pizarrón, así luce.

Varias mujeres, secretarias y diseñadoras, la retienen. Le preguntan qué, cómo, cuándo. Myrna no separa las manos de su rostro y la sangre le ennegrece el pecho y alcanza el suelo.

Hay otro estallido, sordo, que se convierte en una atronadora caída de vidrios. Y entonces hay otro y otro más y una lluvia de clavos y vidrio nos alcanza a todos, como si Dios mismo planeara nuestro fin.

Hay polvo en el aire. Lo respiro y lo temo. Escapo del polvo y las luces, escapo de los que caen y de los clavos que los golpean, huyo de las manos

que los caídos levantan y, como en los sueños, pierdo color y forma. Tropiezo de maneras increíbles –la fortuna siempre me eludió– y escapo a tumbos por pasillos sin luz.

El recuerdo de la mujer dejada atrás es afilado, agudo como una espada y la traición de abandonarla regresa a mi boca como vuelve una ola a la playa. Mi nombre, cuando lo gritan, es horrible como un pájaro descompuesto bajo el sol. Mis compañeros dicen, desde el suelo: *Ayúdame, ayúdame*. Como si fuera a hacerlo, como si debiera.

Pero el estallido ha roto la puerta y lloran los caídos y el esclavo golpea al esclavo para escapar un segundo antes y, por las ventanas rotas, la amarilla nación en ruinas de los talleres me observa. Pero hay polvo en el aire, estallidos y relámpagos de luz suaves como el pecado. Y maldigo la prisa que impide ver qué hermoso es esto, los rostros cuajados de sangre y los gritos de mujer, los oficinistas que caen y los obreros que golpean para abrir paso, encontrándose todos como amantes, como una flecha y su blanco.

Pero se han roto las lámparas y ahora escapan incluso los que no lo hicieron antes, atacados desde cada ángulo por vidrios, clavos y astillas, mientras los relámpagos parten el cielo como cuando el mundo era joven.

La torre de marfil se estremece. Decenas de esclavos nos alcanzan y, en estampida, se alejan. Hay polvo en el aire y manos que apuntan al cielo. Los clavos brincan de todas partes y nos barren de prisa, como a una mala cosecha. Gritan las mujeres y los hombres gritan.

Resoplo y levanto al fin la cabeza contra los relámpagos y regreso, cobarde y odioso como un pirata, por caminos sin traza, porque las lámparas del segundo piso se han roto y los pies de los que huyen machacan a los caídos. Camino hacia Verónica. Estará presa en su oficina; en mi imaginación ha perdido color y forma, como en un sueño.

Respiro el polvo y escucho los gritos y los clavos que vuelan como piezas que saltaran de una máquina estrellada contra el suelo. Camino junto a rostros y cuerpos cubiertos de sangre, carne lista para la mandíbula, hermosa, cautiva.

Y entonces, con boca amarga como la traición, me lanzo a la puerta de

su oficina y la echo abajo. Los ángeles que deberían salvarla están lejos del polvo y el horror, escondidos en lo alto de la torre.

Verónica se pone de pie, incrédula. Se entrega a mi abrazo y la arrastro. En los pasillos, los esclavos se amontonan y huyen por la puerta caída, pisoteando a sus hermanos heridos. Los relámpagos parecen detenerse pero otro grito advierte que todo sigue mal.

Hay polvo en el aire y escapo sin soltarla, sin haber volteado para ver su rostro. Como si no supiera su nombre. Hay, afuera, oficinistas y obreros que nos ven salir como demonios vomitados por un infierno repentino.

Una y dos y tres y hasta cinco esquinas doblo antes de detenerme, resoplar como un ferrocarril y detenerme.

Todavía hay que correr más, hay que alcanzar la puerta de salida.

Mi reflejo en los cristales del primer piso.

Así que este soy ahora.

Eso pienso mientras salgo con Verónica en brazos y las luces de la recepción asoman y nos exhiben las heridas con sus torpes dedos.

LA CAÍDA DE CONSTANTINO

El rostro que veo, al despertar, es el de mi padre. Ni siquiera el afecto que hay de por medio evita que lo perciba escalofriante. Lo es: una cara vieja, amplia, bien rasurada, en la que ningún rasgo parece fuera de lugar, una piel limpia por la que se antoja perderse en *jeep*, como si fuera un desierto.

Debo estar delirando aún por los calmantes, me digo. Mi padre me estrecha entre sus brazos y se permite una sonrisa. Se aleja de mí y puedo ver entonces el resto de la habitación del hospital en el que estoy hospedado, la televisión inmensa que pende del techo, dos enfermeras serias y aburridas, mi madre que fatiga un rosario de perlas y mi hermano Diego, con su hija en brazos y ese gesto de amargura que no lo abandona.

Tengo las manos atravesadas, en el centro de las palmas, por obra y gracia de los clavos. Me dicen que también los pies, pero no puedo sentirlos de momento. La peor herida es la del costado. Debo tenderme sobre mi lado izquierdo para no tentar al dolor, pero noto de cualquier forma los vendajes, las gasas, la sangre a medio cuajar. Mi padre me limpia la frente con su pañuelo.

–Ya despertó, Mariana –dice tranquilamente a mi madre con el mismo tono que usaría para hablar del clima.

Todos los visitantes, enfermeras incluidas, se reúnen a mi alrededor como si asomaran a la orilla de un pozo.

–¿Cómo va eso? El doctor dice que fue sencillo retirarte los clavos. Por suerte ninguno tocó órganos vitales –dice mi padre, mientras mi pobre madre oculta su rosario en el bolso y se afana en acariciarme la cabeza. Pero qué órgano más vital que una mano, me pregunto. Las mías están yertas y vendadas.

–No me siento bien.

–Estuviste tres días sedado, Mario, dormido. Es normal.

El hijo de perra habla como si en lugar de abogado fuera médico, como

si la misma naturaleza debiera plegarse a sus órdenes y contraórdenes como hacen los tribunales de la ciudad.

Pido agua y soy atendido. Mi hermano abre las cortinas y la luz del sol me toma por asalto. No tengo fuerzas para exigir que la echen. Mi sobrina, cuya cabeza apenas logra asomarse a la cama, me observa con los mismos ojos redondos de su madre –a la que, por cierto, no se ve por aquí.

–Dónde está mamá –le digo a la criatura, quien por toda respuesta voltea hacia su hosco padre.

–Sólo hay permiso para que te acompañen dos personas. Pero ya sabes que no hay reglamento que se resista al abogado Castañeda –ironiza mi madre, con rancio orgullo en la voz.

Así ha sido siempre, en casa: nos preciamos de no respetar ley alguna, humana o divina. Y eso jamás me había irritado tanto como hoy. Necesito estar a solas con mi padre para decirle lo que diré.

Le diré, claro, que me largo del trabajo, que no soporto la idea de regresar al despacho para que se rían de mis manos atravesadas, que quisiera librarme de una buena vez de Lizbeth, antes de que me orille a comprar un automóvil que no deseo y conducirla a donde nunca quise.

El obsequioso Paruro o ese himno a la eficiencia que es Lynch podrían hacer mejor el trabajo. Quizás incluso debería plantearlo así a la presidencia de la empresa: dejemos que mi dimisión se vea como un humilde reconocimiento de inferioridad ante mis inferiores para que mi padre no tenga más opción que aceptar.

Ya consiguió que me mudara de su casa a esa pocilga rentada e insegura que no pudo resguardar mi Pontiac del fuego. Ya me vio durante meses con el traje y la corbata puestos cada día. Debería ser suficiente. Ya demostré que puedo bajar a tierra y entremezclarme con los mortales. Quizás las cicatrices de las manos no desaparezcan. Ahora sólo quiero paz.

Mejor será que me permitan volver a usar camisetas estampadas, salir de noche, quizás incluso permitirme una larga temporada en la casa de la playa.

–No voy a volver al trabajo.

La sonrisa de mi padre se nubla. Mi madre y hermano intercambian miradas. Presienten la cólera del *pater noster* y pocos querrán estar cerca en

el momento que estalle. Las enfermeras escapan con discreción. Mi sobrina es rápidamente conducida al pasillo. Tan sólo mi madre resiste en su puesto, porque sabe que la tormenta no la salpicará. Demasiadas concesiones le ha hecho a mi padre para aceptar convertirse en su víctima ahora.

–Hijo...

–No voy a regresar. Mándame a otro lugar, si quieres que trabaje. Pero no voy a volver a esa oficina.

Pretendo tomarlo por las solapas del suéter y obligarlo a mirarme pero mis manos carecen de fuerza. Dejo, apenas, un rastro de sangre en la lana blanquísima. Mi padre, pese al espectáculo del hijo machacado, duda.

–No voy a volver –repito como letanía.

Mi madre desplaza suavemente de mi costado sano a su marido. Sus manos huelen a crema. Acaricia mi cabello y jura que no, que no tendré que volver a hacer nada que no desee, que ya he demostrado lo que debía.

Mi padre está de espaldas, vaciando su mirada por la ventana hacia los jardines del hospital. Se sabe perdido.

–Yo quería que te hicieras hombre –se excusa.

–*Consumatum est* –le digo.

Pero no capta la broma. Me hará volver.

CATECISMO PARA ESCLAVISTAS

Llámenme Lynch. Gabriel Lynch. Lámenme perro. Insúltenme, si les parece que su vida será menos miserable tras escupirme. Lámenme cerdo rencoroso, judas, escoria. Atinarán. Cada insulto que lanzamos es un acierto porque cada víctima lo merece, porque cada hombre oscuramente desea que le ajusten las cuentas.

Yago en un lecho penoso. El colchón se ha colapsado a la altura de mi cadera y muestra un cráter en cuyo fondo acecha la punta metálica de un resorte. Mis sábanas están limpias –tristemente limpias– pero tan gastadas que se deshilachan en las orillas, tan percutidas que su blancura original es poco menos que una conjetura. Los muros de mi casa se descascaran y su pintura azul, barata como todo lo mío, termina convertida en un polvillo que pisoteo y respiro.

Quién podría dormir en mi cama; sin embargo duermo. Quién dormiría después de que la negra sangre saltara a su alrededor y humedeciera el paso y sin embargo estoy adormecido. Hoy mismo, dentro de unas horas, reabrirán el segundo piso de la empresa. Ha revivido, la puta empresa, como el zombi que emerge de un rito vudú.

Las oficinas habrán sido remozadas y devueltas al estado impoluto que les corresponde. Los cristales habrán resurgido en sus marcos rasguñados. Los heridos habrán sanado, por lo menos aquellos que no perdieron un ojo –tengo entendido que nadie perdió un ojo, pero la perspectiva de encontrarme a mi regreso con una legión de oficinistas con parches infamándoles el rostro me entusiasma y me aterra.

Apenas he cruzado palabra con nadie durante los diez días de asueto obligatorio que nos concedió la policía. He llamado a Verónica para escuchar el parte descriptivo de la gripa de su niña, afortunadamente superada. Verónica no ha celebrado suficientemente, creo, el gesto que tuve al salvarla de las ruinas de su despacho, la mañana de la explosión, pero intuyo que agradece mi valentía.

Valentía o lo que pasaría por tal. Yo la describiría, mejor, como

ignorancia, alelamiento, mera fortuna. Los clavos que brincaban por aquí y allá me respetaron y ninguno llegó a incrustárase en la carne. He imaginado, en mitad del insomnio, que los clavos serán como perros, que olfatearán el miedo de sus blancos y ofendidos por su peste decidirán atacar. Cuando uno pasa la noche reflexionando sobre la personalidad de los clavos, su estado de ánimo suele tornarse deplorable.

Visité a Paruro en el hospital tres o cinco veces durante estos días. Le llevé libros, cigarros y hasta serví como vigía, para impedir el paso de las enfermeras a la habitación, la tarde en que la Nena decidió ir a lametearle las heridas. Me decepciona que Paruro yazca, la pierna atravesada por unas pocas magulladuras supurantes, en lugar de haber sido quien colocara las bombas de clavos que barrieron el piso entero de nuestra oficina. O quizás es que Paruro colocó las bombas –cuya víctima principal, golpeada por el metal en el rostro, las nalgas y el pecho fue su amada Myrna– y se permitió ser abatido sólo para salir del listado de sospechosos de la policía.

Reservo mis sonrisas para la situación de Constantino. Mi querido gerente tiene heridas las palmas de las manos y la planta de los pies, como si lo hubieran crucificado. Hasta el ciego metal presiente su condición divina. *Muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido.*

Cuando visité a Paruro por primera vez, encontré a Fernanda desmadejada, hirsuta, un mono aullante en el ascensor. Me abrazó como si jamás hubiéramos dejado de lado –o abiertamente pisoteado– nuestro viejo amasiato.

–No me dejan ver a Mario. Debo parecerle muy poco a su familia.

Su llanto empapó mi camisa. Si algún clavo había alcanzado a Fernanda debía estar profundamente alojado en su cerebro, obligándola a babear. La aparté con manos tranquilas.

–Eres muy poco, sí.

Se ofendió. Su colapso nervioso no era propicio para entender. O quizás no estaba entre sus planes ser insultada, también, por mí.

–Ni siquiera me dejan subir al piso donde lo tienen. Hay un policía en la puerta, con una lista.

A Paruro, claro, sólo le había alcanzado el seguro de gastos médicos

para ser hospedado en la cama final de una sala colectiva. Constantino, en cambio, se recobraba del martirio en una suite.

Me fui entonces.

Me levanto ahora.

Así debe sentirse una montaña que se derrumba, como me siento hoy. Crujen mis huesos, incluso aquellos que ignoraba poseer. Elijo una camisa blanca, arrugada. Reviso que no tenga etiqueta. No me gustaría que nadie supiera que hoy soy setenta por ciento poliéster y sólo treinta por ciento algodón. El baño y la ropa me conducen a la puerta.

Si hubiera puesto las bombas de clavos yo mismo nada estaría peor, me digo, quizás pudiera tomarme unos días de asueto mientras mis golpes desaparecieran.

Incluso doy por pensar que mi bomba, hipotética y todo, habría causado más daño que las que estallaron.

Qué quieren: yo también echo mano de la autosuperación, como los otros esclavos.

Esta es una empresa llena de amor. Ni siquiera el pago cotidiano de impuestos o la preocupación interminable por deshacerse de la basura le resta energías para cortejarnos, a los vasallos. El piso reconstruido donde trabajaremos está iluminado como se iluminan las iglesias el día de Navidad. Un letrero del tamaño de una vaca adulta nos da la bienvenida. No hay un escritorio sin tributo de chocolates –me reencuentro con la pasta vegetal hidrogenada que le obsequié a Carla: nadie habló de buenos chocolates–, no faltan tampoco las tarjetitas de saludo y reconocimiento firmadas por el propio coordinador general. Sólo la oficina de Constantino está apagada, mustia. Ya resucitará en tres días, me digo cuando paso de largo rumbo a mi silla.

Me llamo Lynch y vigilo los cortes del papel y las evoluciones de la tinta. Alguien ha reacomodado mis presupuestos con todo cuidado en una carpeta. El muestrario de papeles tiene la portada agujereada por los clavos, pero el metal ha sido retirado con esmero. Han vuelto, en fin, a poner en

marcha el potro del tormento y aquí estamos, con los miembros estirados hasta el grito.

La amorosa empresa jura que pagará a sus criaturas los días que no trabajaron debido a la orden policial. Pero no ahora mismo, claro, viene a informar un tipejo de aspecto angelical, que apenas se aleja de la seguridad del ascensor para declararlo y que clava una proclama en el pizarrón de corcho del pasillo antes de volverse a toda prisa a los cielos. Esa es la principal gracia de la bondad de gerentes que se practica aquí: no compromete a nada.

Odio cada escritorio y mesabanco de este sitio, cada metro de alfombra impoluta, cada clavo que sostiene el diploma de un ángel, cada vaso de plástico que será rellenado con agua, bebido, estrujado y desechado minuciosamente. Odio cada grapa que mantiene unido un presupuesto, un informe, un memorando. Pero soy una bestia simple y me amansa la manteca vegetal ofrecida a modo de chocolate e incluso me serena la certeza de que comeré con Verónica.

Doy los buenos días a los ocupantes de los escritorios vecinos y pregunto por su salud. Estaremos hablando de bombas con clavos durante los próximos seis meses, así que podemos esperar que alguien divertido diga la primera palabra al respecto antes de comenzar. Entretanto comentamos el clima de los días recientes, las ventoleras que azotan los cristales nuevos, el insinuante olor a materiales recién desempacados y pegamento que nos asalta. Alguien decide estrenar la máquina de café. Nos regodeamos en el lustre de nuestros aparatos de tortura. Jugamos con las armas que nos matarán.

Por supuesto que mis compañeros, los otros esclavos, no se toman tan dramáticamente el día como yo. Ninguno piensa tampoco que su larga miseria se deba a otra cosa que la fatalidad, el destino, la mano incontestable de Dios. Se procuran, de tanto en tanto, algunas alegrías con el mal salario, las alegrías más fúnebres del universo. Si les hablara de esta acidez que me consume me tomarían por idiota, por un marica lloroso. Son tan ciegos que apenas sirven como carne para diversión de los clavos.

Es asombroso que les tenga lástima cuando son animales más dignos y útiles que yo mismo. No hay ventaja, ninguna, en la conciencia de ser

ganado. Los miro reírse lerdamente, como si disfrutaran un trozo de pastura bien ganada, mientras yo me columpio al borde mismo del vómito.

Camino a los relucientes baños, que fueron cambiados pese a que ningún clavo rompió el azulejo que los decoraba. Ingreso a la velocidad de un patinador al interior de un compartimiento y me arqueo con violencia asombrosa, convertido en la manguera de mi estómago.

Sudoroso, acabo por caer al suelo. Me avergüenza, o debería, el alivio que me acomete cuando noto que mi camisa no está oscurecida más que por sudor. Un pecador aborrece su pecado.

Debieron ser los chocolates de mierda. Me enjuago con lentitud la cara en el lavabo, uso para secarme todas las toallas de papel que consigo arrancar al expendedor y las dejo caer, regiamente, alrededor de mis zapatos.

Nada mejor para poner en orden la personalidad que la repetición monótona del propio nombre. Me llamo Gabriel Lynch, Gabriel Lynch me llamo. Me bastan unos minutos de llenarme de mí mismo, como quien carga combustible, para recobrar el equilibrio.

Recupero también el humor. Comienzo a revisar presupuestos con una sonrisa dedicada al pobre diablo de intendente que tendrá que limpiar el Apocalipsis del sanitario.

Como con Verónica. Mi mal talante me obliga a hacerle acusaciones que ella disipa como quien se espanta los mosquitos. El daño que me ha hecho Paruro al revelar que su esposo es hermano de Constantino es inocultable. El odio roe continuamente mi tráquea y esófago –no es que sea yo un anatomista consumado; sólo he aprendido las denominaciones que el médico brinda a los terrenos de mi acidez.

Mastico el mal pan del comedero con resignación. Me recompongo al tercer vaso de vino y levanto la cabeza del plato frío que apenas he tocado.

–Estás ojeroso.

Verónica detiene su mentón en el dorso de las manos con aire encantador. No parpadea apenas.

–Traje el libro que me prestaste, el manual guerrillero. Es aburridísimo.

Me encantó. Quiero otro.

–Tu marido podría comprarlo. O pagar por una guerrilla entera.

Ella sonríe y me regala la pieza de pan que le sirvieron con la comida. No soy capaz de rechazarla. Soy pobre: lamer a el plato si no temiera las miradas de los meseros.

–A veces quisiera poder callarte con comida, como a mi niña –dice Verónica.

Falta media hora para que debamos volver a la oficina y caminamos como zánganos perezosos por las calles, bajo los puños del sol. No me atrevo a tomarla del brazo o la cintura, ni sé si lo permitir a. En realidad no la conozco. Podría preocuparme pero elijo la euforia.

–Al menos nos hizo un favor quien puso la bomba. Fernanda dice que Constantino no volver a. Se lo gritó a sus padres y se lo lloró a ella, cuando le permitieron verlo.

Verónica ni siquiera obsequia una mueca al rumor.

–Regresar a. A su padre nadie lo desobedece. Volver a mañana o pasado.

– Te lo dijo Diego, tu marido?

–Sé.

–Anoche, en la cama.

–Exacto.

– Lo excita hablar de las heridas y los clavos?

–Me excita a m e.

Detesto el tono de burla que reserva para mis celos. Quizás tenga razón. Finalmente, su marido estaba primero. Yo soy una contingencia.

La desolación invade mi escritorio, al reencontrarme con el muestrario y las listas de precios. Comprendo que, mientras las bombas estallaban, yo comenzaba a ambicionar que dañaran a alguien por encima de m e, alguien que dejara, al morir, un sitio disponible para el ascenso.

Qué poco parecen la pierna sangrante de Paruro y los estigmas en las manos y pies de Constantino. Saber que el gerente volver a como un rey Arturo aclamado me arruina la tarde.

El burdel se ha recuperado de sus remodelaciones. Las mesas son

sólidas y el piso deslumbra. Hay luces que parpadean y luces que rotan y el aire de restaurante en decadencia de siempre ha cedido el paso al estruendo de toda una cacharrería metálica. Hay vigas inútiles al aire y rieles cuajados de focos.

Las propias mujeres han cambiado: han perdido carne, se han estirado. Veo tantas pruebas irrefutables de hueso en sus cuerpos que no imagino que los pueda desear nadie que no tenga un gusto canino por los tuétanos. En consonancia con mis prejuicios, apenas dos o tres parroquianos se aburren entre el concierto de bocinas y resplandores.

Al menos la oficina de Carla sigue intacta, aunque las sillas de antaño han sido cambiadas por dos o tres de las que fueron parte del elenco de la vieja decoración. Carla ha recobrado el maquillaje, los tacones altos y el cigarrillo. Se ve que ejerce cotidianamente, de nuevo, sus habilidades de puta.

—¿Ha vuelto mi jefe por acá? —le pregunto con más familiaridad de la necesaria.

Sus mofletes han perdido redondez: la empresa debe haberla puesto a dieta para acoplarse a la nueva moda de esqueletos lascivos que reina en sus pistas de baile. Todos somos las putas de nuestra empresa.

—¿Es tu jefe? No lo he visto.

—Tuvo un accidente.

—Ah.

—Le metieron unos clavos en las manos y los pies.

Entrecierra los ojos para evaluar si digo la verdad. No le concedo oriente alguno al respecto.

—Lo visité, en el hospital.

—...

—Me dijo que coges mal, muy mal.

Respinga y le sale humo de la nariz, como a un dragón sorprendido. Escupe la colilla al piso. Sonreímos.

—No dijo eso.

—De verdad. No es que le preguntara. Lo dijo, nada más, cuando salió de la operación. «Tu tía, Gabrielito, no sabe coger.»

Por primera vez desde que hago estas absurdas visitas a su despacho

noto un vestigio de curiosidad en su mirada. Se rasca la piel que rodea el maquillaje de sus ojos. Deben escocerle, de sudor y suciedad.

–¿Yo soy tu tía?

–Eso piensa el jefe. Le dije que eras mi tía.

Muestra los dientes, piezas amarillentas que se tornan negras hacia las raíces. No parece una sonrisa, el gesto de simio indignado que esboza.

–¿Y por qué dijiste eso?

–No lo sé. Estaba ebrio. Pero lo que importa es que mi jefe cree que eres mi tía y que mi tía no sabe coger.

Carla fuma y se vacía al gañote un trago de ron. Se ve acalorada. La piel le cuelga del cuello y en el sitio preciso en que los brazos se le unen a los senos hay bultos, pellejos sobrantes. Y no hablemos de las bolsas bajo los ojos.

–Pues dile que se vaya a la mierda. Y te vas tú con él.

Ahora hierve.

Este sería un buen día para acostarse con esta mujer. Pero se veía mejor antes. Hoy parece un decrepito sillón de piel.

Paruro nos cita en La Atalaya. Quiere presumir ante Verónica a la Nena. Debería indagar la relación entre la mujer que poseo en tiempo compartido y mi amigo, pero no me siento capaz. Apenas me tranquiliza darme cuenta de que Verónica no parece celosa o sofocada, sólo malamente sorprendida por la cita y el lugar seleccionado para que tenga sitio.

Decir que la Nena es vulgar es recurrir al lenguaje con que los esclavistas nos despachan, finalmente, a todos los siervos. Sin embargo sí podemos dictaminar que la elegancia le resulta inalcanzable. Paruro y ella visten de negro, ropas tan baratas que brillan en la oscuridad del bar como banderas rojas en la batalla. La Nena masca con la boca abierta y, en cuanto el mesero abandona la primera ronda de cerveza y botanas frente a nosotros, se afana en rociar salsa sobre cada fritura de cada cuenco. Lógicamente, eso las hace incomedibles para los demás y las preserva para su apetito.

–Me siento rara sin mi marido –dice la mujer antes de llenarse la boca de fritangas desbordadas de picante.

–Yo me siento rara con él –repone Verónica, que misteriosamente busca socializar.

Discuten unos minutos hasta que queda claro que yo no soy el marido en disputa. La Nena decide entonces que ambas comparten el mismo estatus de infieles y que hay que dejarlo en claro, verbalizándolo con maestría.

–Somos unas putas.

A Paruro le da una arcada de risa que contiene llenándose la boca de palomitas. Verónica se pasea la lengua por los colmillos y encaja el golpe. Trato de arrastrarla a la pista –aunque odio bailar y ya hablaré de ello–, pero no consigo irrumpir en la lucha en el lodo que tiene lugar en nuestra mesa.

Paruro trata de llamar la atención de su amante hacia los videos que emiten los monitores o le besa el cuello y procura engatusarla con carantoñas y promesas de coitos jupiterinos. Pero no hay modo: la discusión avanza con pasos de elefante hacia el despeñadero.

Envalentonada, la Nena acaricia el miembro de Paruro por encima de sus pantalones y no se deja amedrentar por el relato que le hacemos del amorío de nuestro amigo con Myrna y la venganza de Arregui que casi le cuesta la cabeza.

–Miguelito tiene amor para todas –escupe la Nena con voz arrogante.

Sucede lo irreparable. Verónica le sonrío.

–Eso no lo sé, porque conmigo no se le paró nunca.

La que se para es la Nena, enfurecida y sudorosa.

–Si mi marido no fuera un puto, los mataría a tiros a los tres, hijos de la chingada.

Paruro corre tras ella para conservar la gloria de haberla acompañado al taxi.

Yo, como cualquier animal en peligro de ser arrebatado por el predador, me concentro en no hacer movimiento alguno. Ni siquiera giro la cabeza hacia la endiablada Verónica, que espera mi reacción agazapada como una arpía. Me arriesgo con una de las fritangas preparadas por la Nena. Es toda fuego. Tengo que toser.

–No voy a decirte nada.

–Me imagino.

–Estoy harta de la basura que se busca Paruro. Me voy a la casa.

Ahora soy yo quien debe apresurarse. Dejo un par de billetes en la mesa, que no serán suficientes para liquidar la cuenta, y huyo en la esperanza de que ningún mesero me persiga calle abajo para reclamar el faltante. No podría pagarlo.

Verónica sube a su automóvil y se larga sin besarme. Apenas me hace una vana caricia en el cabello. Como si consolara a una mascota. Vacilo. No sé si irme a casa o al burdel. Me topo con que el desolado Paruro está prácticamente a mi lado, sentado en la banqueta, la botella de cerveza acunada en las manos, vacía. Hace tiempo que quisiera romperle unos cuantos huesos a mi amigo: quizás reabrirle las costras que debe tener en la pierna, donde lo alcanzaron los clavos.

Lo ayudo a levantarse y caminamos al repulsivo bar Plascencia, ese agujero lleno de polilla. Me ofenden el olor a madera podrida y el polvo centenario. No podemos aspirar a nada mejor, pero por fortuna el salario de Paruro es el de todo un vicegerente y alcanza para que bebamos la madrugada entera.

No es mi deseo que hable de Verónica, no quisiera oírle el nombre escurrírsele de los labios, mucho menos pretendo ser depósito de sus confesiones. Me siento como el cristal que mira aproximarse una piedra.

Él busca el modo de llegar al tema y espera colocar en la misma piara de frases a Verónica con su impotencia. Para evitarlo, recorro a la prestidigitación: le informo que Constantino volverá a su reino y que su posibilidad de ser gerente se esfuma.

Lo sabe.

–Me lo dijeron. Regresa mañana.

–A la mierda la gerencia, ¿no?

–Sí. Se la quedará. Pero podría ser peor. Somos privilegiados, Lynch. Los tipos de los talleres: ellos están jodidos. Y ellos nos ven iguales a Mario. Indistinguibles de Mario, nos ven. Con trajes y portafolios, como él.

–Ahora los compadeces.

–No. O sí. Debe ser el infierno, que la ambición de tu vida sea llegar a ser tú o yo.

–Es una farsa, eso. Yo no quiero ser Constantino. No ardo por su Pontiac ni sus mujeres. Quiero el dinero y ya, como los tipos de los talleres.

Pedimos ocho o cien cervezas y debatimos sobre la escala de Jacob, sobre ángeles que suben y caen, sobre el olor, que desconocemos, de las secretarias que taconeán en los pasillos de los amos, allá en el tercer piso y el séptimo cielo. Incluso acabamos por reconocer, simultáneamente, que no tenemos idea de lo que piensan o sienten las bestias del taller: si nos envidian o si son capaces de mirar a través del velo de igualdad de la oficina y distinguir a los señores como Constantino de los simples mortales como nosotros.

–Somos despreciables, por preocuparnos.

Noto el tamaño de mi ebriedad por la pedantería de mis frases.

–Tú eres el sensible –babea Paruro, ya al borde de la congestión.

Quiere, lo sé, vomitar su historia sobre Verónica. Ya se le escurre como un gargajo por la mella de los dientes. Resopla. Se pasa la mano por la cara como si pudiera borrarse el sudor y los rasgos de esclavo.

Ganó. Lo hará pronto, ahora mismo lo hará: me confesará lo que quise oír y ahora no quiero.

Trataré –pero la tarea excederá mis posibilidades– de reproducir la voz nasal y salivosa de Paruro, su tono de insondable petulancia.

Me pararé frente a un espejo e imitaré sus ademanes de oficinista envilecido.

Y repetiré con ese mismo tono, que admiro y detesto, lo que dijo entonces, que embelleceré en esto:

Sería de un gusto pésimo que me preguntaras, como deseas hacerlo, por qué nunca fui amante de Verónica. Seré rudo y después te daré explicaciones más convenientes: lo intentamos. Mucho después, Verónica encontró la respuesta, la que pensamos que es la respuesta, en un libro de psicología animal. Porque hay una explicación para mi impotencia.

Quiero matizar. No es que sea yo impotente todo el tiempo o la mayor parte de él. En realidad, soy de una potencia más allá del promedio, según podrás deducir de mi lista de amantes, espero. Pero no con ella; nunca con ella.

Nos conocimos en la universidad, en la facultad de Psicología. Yo

terminé allí tras fracasar en las aulas de Medicina, pero tampoco fui capaz de quedarme. Terminé graduándome en Comercio. Como yo, Verónica abandonó la escuela. Sostengo, aunque no me atrevería a preguntárselo, que apenas encontrada la bibliografía médica que requería, su presencia allí le resultó innecesaria. Se pasó a Contaduría Pública: todavía hoy trabaja con balances y saldos.

No fuimos compañeros más de tres o cuatro meses, pero incluso ese tiempo bastó para que fuera clara nuestra atracción. Pese a lo que diré ahora y que bien sabes: ella no es una chica hermosa. Tiene esos ojos oscuros, algunas turgencias y esa expresión de inteligencia que nos gusta y a la que quizás deba atribuir mi desgracia.

Ella es directa. Al contrario que otras, no se complace en los sobrentendidos ni las galanterías. En la escuela era parlanchina; con los años ha cedido al silencio. Ahora resulta difícil saberle alguna opinión. Entonces las arrojaba como monedas a las fuentes.

Nos hicimos amigos de inmediato, al conocernos. Éramos, ambos, de familias pobres, demasiado listos para resignarnos a la servidumbre a la que se nos destinaba. Nos gustaba hablar mal de la gente. Ese es, todavía, uno de nuestros pasatiempos comunes.

Tres o cuatro conversaciones después de conocernos, comencé a ostentar ante ella mis amoríos con la dependienta del comedero universitario, una gorda que me consideraba un milagro en su vida amorosa y con la que me entretuve cinco o seis meses. Una marca para la época.

Verónica me arrastró a un cine y nos besamos como debe hacerse allí. Permitted que la tocara y hasta resolló, pero no hubo modo. Nada. Ni siquiera un cosquilleo en mis pantalones.

A la mayor parte de las parejas un episodio similar las habría alejado, pero a nosotros nos entregó a la complicidad. Todavía intentamos encarrilarnos al amor en algunas oportunidades, cada vez menos frecuentes con los años, hasta el día en que ella me anunció el final de su paciencia.

La respuesta apareció, te lo dije ya, en un volumen de psicología animal. Nunca indagué las razones de que Verónica lo tuviera ni de que lo

usara para descifrar el subconsciente. ¿Soy una especie de caballo que habla? Hay asuntos en los que conviene permanecer a oscuras. Ella dijo:

–Muy simple. Hay caballos, sementales de hecho, a los que se necesita ayudar para que monten a las hembras. Según las investigaciones, si los caballos creen que la hembra es demasiado fuerte y hermosa, pierden las ganas. Lo que hacen en los ranchos es cubrir a las hembras de lodo y provocarles heridas con las espuelas para que sangren. Una vez sucias, el caballo las monta con toda facilidad.

Esa teoría descabellada debe yacer en el corazón de la verdad del asunto, me temo. Aunque propició también el peor de nuestros episodios, producto de la literalidad que causa el alcohol: el intento en el lodo, sobre el que nada más te diré.

Mis deseos han variado a lo largo de la vida y desde hace años se encuentran estacionados en torno a mujeres mayores, defectuosas en asuntos morales y, según la opinión de la mayor parte de las personas, espantosas.

Qué inútil es resistirse a los propios apetitos. Algunos hombres quieren muchachitas inocentes; otros gustan de gigantas musculosas o hasta de jovencitos sin vello. A mí me gustan las feas, la variante más baja entre ellas. Es tan fácil dar con el tipo de mujer que me interesa que cada salida a la calle es una promesa de éxito.

No puede decir lo mismo Verónica. Ella, antes de tu era si es que hemos de llamarla así, se procuró hombres que no fueron capaces de retenerla. Algunos la saciaban en la cama pero la hacían bostezar en el desayuno. Otros la entretenían en la cena y luego eran incapaces de concluir con felicidad lo iniciado. Probó a seducir jovencitos, probó a imitarme y se enredó con un profesor casposo que sólo fue bueno para contagiarle una infección.

Ya graduada, sedujo al hijo del dueño del primer despacho en donde le dieron empleo –un bufete de abogados–. El seducido era un sujeto rubio y dramáticamente celoso a quien no conocí sino el día de su boda.

Diego Castañeda es hijo del principal abogado de la ciudad, pero su talento no tiene que ver con el Derecho. En realidad nadie conoce su

talento, aunque Verónica asegura que lo tiene, sin duda, y que consiste en joderle la vida.

–Donde dice «retentivo anal» en la enciclopedia, aparece la foto de Diego –suele decir cuando el tema salta a la mesa.

Quizás eso explica que Diego se afanara, como lo hizo, en dejarla preñada a la primera oportunidad. Como Verónica era infranqueable ante la sugerencia de no usar preservativos, Diego aprendió a perforarlos con un alfiler. Muy caballerosamente, lo anunció el día que nació su hija. Quizás pensó que confesarlo sería un detalle romántico que los uniría.

Nunca he sido bien recibido en casa de los Castañeda. La niña aprendió a llamarme tío Miguel pero lo olvidó enseguida. Diego me trata con absurda cortesía cada vez que acepta que me sea girada una invitación a comer, pero luego arma escándalos con los pretextos más banales o finge enfermedades de toda clase para mantenerme alejado.

Alguna víspera de Navidad, me parece recordar, hasta se dijo enfermo de lepra y lloró afirmando que nunca más podría acariciar la cabeza de su hija ni tocar la cara a su mujer... Verónica se disgustó a tal grado con la escenita que se trajo la niña a mi casa a pasar la noche. Su marido debe haberse quedado en su propia mansión, paseándose en bata de baño y un cascabel colgado en el cuello para avisar de su presencia, como es deber de todo leproso.

Esa noche, cuando la niña se quedó finalmente dormida en el sillón de la sala –hubo que martillar los resortes que asomaban por las orillas del tapiz, para que no la arañaran–, intentamos acostarnos una vez más. Fracasamos, como siempre, y hubo que recurrir al scrabble para entretener el insomnio. Verónica se puso de mal humor.

–Ahora no sólo vas a buscar esas mujeres horrendas. Vas a buscarme un hombre.

Cuánto me sorprende, ahora, que ese descabellado programa de acción no se hubiera limitado a una ocurrencia de borracha.

El primer obstáculo fue obvio: un hombre no puede acercarse de manera íntima a otro sin que este le descargue un puñetazo o se ruborice y se deshaga en excusas. Como no quería pasarme la vida confundido con un homosexual en cacería, comencé por invitar amigos a la casa, organizar

fiestas multitudinarias y llenarlas de ebrios; probé a entregarles a Verónica cuando ya todo el mundo estaba perdido.

El rencor de Diego ante la frecuencia de las salidas de su mujer no hizo sino aumentar. La chantajeaba con la tos de la niña o invitaba a la casa a sacerdotes amigos de sus padres para que la adoctrinaran sobre el respeto que la esposa debe al marido.

–Ahora resulta que el que quiere que la niña vaya a la doctrina es él – me dijo Verónica un día.

Los problemas matrimoniales alcanzaron su cima la segunda Navidad que ella decidió pasar fuera. Además de los celos, a Diego le escoció el ridículo ante la familia. Habían sido convocados a cenar en casa de sus padres y el tipo debió ir solo. Tuvo que mentir: aseguró que su esposa estaba en su propia casa, trabajando horas extra, porque su carácter obstinado no le permitía aceptar dinero de su marido.

–Pues debiste contármelo –chilló el abogado Castañeda, el omnipotente padre–. ¿Podemos darle un empleo, Mario?

Mario, nuestro gerente, al que misteriosamente llamas Constantino, era el mismo tipo altanero y bueno para poco que conocemos. Había dado tumbos entre una escuela y otra antes de que sus padres lo obligaran a cursar estudios superiores. Aceptó asistir a Comercio a cambio de la extravagancia de que también le permitieran graduarse en la escuela de Filosofía de los jesuitas. Mario es gran admirador del Che Guevara, debes saber.

Claro: cuando su padre lo quiso ayudar a colocarse, no encontró mejor manera que recomendarlo con uno de sus clientes preferidos: el conglomerado de mierda que nos da empleo. El viejo Castañeda asesora al rey de reyes de la empresa en cuestiones de evasión fiscal. Por ello, su oveja negra fue colocada como gerente desde el primer día, con la promesa de una coordinación general en el futuro cercano.

–Seguro que Mario puede encontrarle trabajo a tu mujer, ¿verdad? –fue la orden del abogado.

Todo esto le contó a Verónica su marido, ciego de llanto, en la madrugada, de vuelta al hogar.

–No es mala idea –le dijo ella–. Que el idiota de tu hermano me dé

trabajo.

La colocaron en el equipo de Contabilidad, en el puesto poco visible y de media paga que todavía tiene. Unas semanas después, recibí una llamada en la oficina de venta de seguros donde pasaba la vida.

–Necesitan un supervisor de empaquetados. Supongo que podrías servir –dijo Verónica.

La admiré, como siempre.

Me gustaría saber por qué no es capaz de provocarme erecciones ni siquiera cubierta de lodo.

Y, bueno, lo demás lo sabes. Le gustaste y tuve que hacerme tu amigo.

Y hasta pagar tus cervezas, imbécil de mierda.

No me pasa nada.

Voy a vomitar.

Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor.» Eso cantaba mi madre en la iglesia, según mis recuerdos de infancia, mientras yo miraba las grietas que abría el apetito de la polilla en la madera o gozaba con la expresión agonizante del crucificado que pendía sobre el altar.

Recuerdo la tonada precisa de la canción mientras los supervisores recibimos con aplausos a Constantino, formando una valla doble en el distribuidor de marmolina donde solemos salir a fumar, al pie de los elevadores.

Ha regresado, el Mesías. Sonríe con tímido espanto, como un niño el primer día de clases. Se le ve flaco, demasiado rasurado: se diría que se talló los mofletes con una piedra para limar la mínima huella de barba. Viste un traje oscuro, huele a tienda departamental –una costosa, por supuesto– y apenas conserva señales del vendaje en una de las manos, un jirón blanco que le asoma discretamente bajo la manga del saco.

Camina con tal torpeza que es posible que sus pies sigan vendados también, allá en lo profundo de sus zapatos. O quizás es que lo sodomizaban por las noches en la suite del hospital, como servicio añadido por cuenta de su seguro médico. No es mala idea, ahora que lo pienso: conseguir que lo empalen. Deberé aplicarme a ello.

Estrecha mi mano sin fuerza alguna; tampoco es capaz de corresponder la altanera mirada que le dedico. Para un ojo ingenuo, ha regresado a la Tierra el mismo Dios y hombre que nos fue arrebatado por la maldad hace apenas unas semanas: ha renacido y vuelto para juzgar a vivos y muertos y su reino no tendrá fin. Pero yo deduzco que lo que ha vuelto es una piltrafa, a la que nos corresponde acosar y derribar de la silla usurpada. Una cáscara de hombre, ablandado por la suite, temeroso de los clavos y el fuego; no es más sabio que antes, ni un milímetro siquiera. Si lo fuera, notaría mi expresión perturbada, regresaría de inmediato al ascensor y se largaría.

Cuando lo miro sentado en su oficina, listonado por las persianas en franjas alternas de luz y sombra que lo hacen parecer un reo en el fondo de su jaula, me concentro en recordar la aristocrática manera en que movía los hombros, antes, el talante retador que lo solía definir. Lo recuerdo con la música de las canciones de iglesia de mi madre y me complazco en su caída. *Yo tengo un amigo que me ama, me ama, me ama.*

Me agrada notar que su piel tiene el color de una planta a la que no da el sol. Ya trataré de oírle a Fernanda en los pasillos si también su carne ha adquirido la consistencia de verdura cocida que parece tener a la distancia. Casi sería capaz de ir a palpársela para comprobarlo, pero el asco me domina y no cumplo en toda la mañana mi propósito de visitar su oficina y preguntar por su salud.

Paruro se da cuenta del embeleso con que contemplo al Mesías redivivo y me invita a comer para cruzar ideas. Comprendo pronto que pretende ganarme para su propio plan de golpe de Estado con el anzuelo de una vicegerencia. El ascenso me vendría bien, apenas lograra convencerme a mí mismo de que el paso lógico, tras conseguirlo, sería obtener la decapitación y adecuado reemplazo de mi amigo.

–Viene distraído. No va a durar.

–Se irá. Pero no tan pronto.

–Por eso, Gabriel, quiero que hablemos. Vamos a subir. Ya. Ahora. Hay que echarlo de algún modo.

Roemos la carne y tragamos la cerveza con gestos torvos, conspiradores. Hinchidos de intriga, pletóricos de maquinación.

–Quieres la gerencia, entonces.

Mira su plato, la carne apenas cocida que va a llevarse a la boca, pinchada ya en el tenedor brillante y barato, y asiente.

–Entonces, cállate. Escucha. Vamos a matarlo.

Lo digo porque sé que Paruro es, en el fondo, un moderado que desea que Constantino sea feliz en algún lugar lejano –playa, alcohol, una chica: esa clase de felicidad–, que se esfume y no estorbe nuestro ascenso. No entiende que debemos subir pisándole la cabeza. Que nuestra escala deben ser sus huesos. Nadie asalta el cielo y deja escapar a los ángeles primero: se les corta la garganta y entonces se avanza.

–No. No hablo de eso. Quizás asustarlo, darle unos golpes.

–Volarlo. En el automóvil nuevo, cuando lo compre.

Sospecho que Paruro en realidad me está probando y no tiene ninguna intención subversiva. Mientras lo decido, le sonrío a Verónica, que atestigua nuestra conversación de pie tras él. Nuestro amigo se sobresalta al descubrirla.

–A quién vamos a volar –dice ella.

Con más vanidad que tino, alguna vez declaré que uno debería hablar de su vida sólo cuando se le hubieran agotado las ideas sobre el resto del universo.

Escribiré, escribo ya, una larga contradicción sobre tan apurada sentencia: una vida generosa en derrotas como la mía predispone a la introspección y el universo no es, y me refiero a los perros, las mujeres, las estrellas, las ruletas y los revólveres, materia fácilmente comprensible.

Con más vanidad que tino dije antes, y esa podría ser la insignia de mi escudo de armas si alguno de mis mayores hubiera tenido posibilidades heráldicas. No fue así: mis padres son personas de poco dinero y mi apellido, pese a su sonoridad asesina y extranjera, no fue nunca cimiento de mi arrogancia. En realidad, qué arrogancia puede considerarse bien cimentada, si no hay hombre que no resulte insuficiente, inepto.

Un hombre no se construye, como quiere la ciencia, con sustancias y químicos repugnantes. Un hombre, al menos para el resto, es una suma de

manías, hábitos y taras. Su pensamiento y su palabra se relacionan sólo como esclavo y látigo: los une una cuerda que no debe tensarse a la ligera.

Así pues, mi historia de rencor y clavos continuará en los mismos términos odiosos con que fue comenzada, porque no hay mejor modo de proseguirla, porque esta es la historia de mi odio. La historia del esclavo y el látigo y el justo castigo que otros llamarán delincuencia.

Soy convocado a una audiencia con el redentor a primera hora de la tarde. Me trae la noticia Fernanda en persona: se contonea como antaño frente a mi escritorio y se apoya en la mesa, pasándose la lengua por los labios. La excita a tal grado su condición mandadera que disfruta incluso mi cercanía, que ahora tanto le repele, si el motivo es cumplir una orden de Él.

Procuró una digna tardanza que demuestre a todo el que llegara a concentrarse en mis movimientos que no corro para complacer al amo. Minúscula e inútil subversión. Devuelvo las llamadas pendientes, acomodo los trozos de papel extraídos del muestrario para consultar cambios de precio y, ya cerca de la caída del sol, venzo el asco y entro a la oficina de Constantino.

Primera palpitación: está revisando los cajones y dejando caer a una caja de cartón sus pertenencias. No las arroja; conduce sus manos llenas hasta el borde y las vuelca. No le quedan fuerzas siquiera para lanzarlas. ¿Renuncia, pues?, ¿se va?

—Pasa, Gabrielito. Siéntate. ¿Me alcanzas ese libro? Gracias.

Es una biografía del *Che* Guevara, con separadores coloridos decorando sus páginas. El amo tiene un curioso sentido de la redención. Se cree que la lectura de un libro lo curará de su infatigable condición de ángel y lo acercará a nosotros, pobres diablos que aguardamos su caída.

—¿Conoces esta biografía? Es impresionante.

—Me imagino.

—Es épica pero mantiene la distancia y el humor...

—...

Constantino suspira y se talla una mano con otra, como si quisiera removerse el sudor. O las llagas. Le duelen, las manos; seguro que los pies

también. Nadie dijo que ser el retoño de los cielos iba a ser fácil. Hay círculos de sudor en su camisa por vez primera desde que el mundo es mundo.

–Voy a mudarme de oficina. No resisto estar aquí. Se me encogen las tripas.

Ah, la confianza ha regresado, como cuando bebíamos en espera de las putas, promediando ya la madrugada. No lo envidio: debe ser complicado tener pesadillas luego de una vida de noches apacibles y sueños deliciosos.

–Mudarte.

–Sí. Hablé con el coordinador y van a darme un despacho arriba, en el piso tres. Paruro se encargará del enlace.

Ascenderá a los cielos, entonces. Claro: tras la cruz viene el ascenso. Encargará la iglesia a los discípulos y Paruro tendrá el honor de ser la piedra sobre la que se edificará la nueva. ¿Tendré un papel reservado en ella? ¿Me provocará culpa aceptarlo, de serme ofrecido? Seguro que sí. Pero peor me sentiré si nada me ofrecen. Me conozco: lo he dicho ya. No soy un justiciero: soy un bandido. Un embrión de gerente en espera de alas.

–Paruro subirá también. Compartiremos despacho.

Segunda palpitación: lo hizo. Paruro subirá sin necesidad de golpes al amo ni rebelión alguna. Una nueva traición. No es posible que no sepa ya que despachará en los cielos, pero no ha dicho una sílaba. Es obvio que Constantino le ha dicho: «En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

–Te dejaré la oficina, Gabrielito. Vas a ser el jefe acá abajo. Recibirás órdenes, claro, pero necesito que mantengas el orden. Que los hostigues. Que no los dejes ni cagar a gusto. Para eso te llamé.

Me han ofrecido la posibilidad de ser el buen ladrón, de abjurar de mi maldad y miseria. ¡Soy ya un protosubvicegerente! O quizás pueda negociar algún nombre incluso más temible para el cargo, como «jefe de piso». Cientos, miles de posibles títulos nobiliarios se agolpan en mi cabeza: «supervisor de supervisores»; «gran león del pasillo»; «azote del piso dos».

–Claro. Gracias.

Un rubor rosado y cálido, como el de una niña, traiciona mis odios y me

obliga a sonreír, como si sufriera un ataque de tétanos. Estoy aceptando. Estoy doblando la espalda, inclinando la cabeza, arrodillándome. El viento que azota la ventana es el que se ha llevado mi dignidad.

Estrecho su mano, que ahora no es débil sino pesada como el hierro, tendones de tigre y músculos de oso. Por la persiana entra un torrente de luz vespertina que lo oscurece y lo rodea de un aura poderosa. Casi veo la luz atravesar limpiamente sus llagas. Casi escucho su voz pidiéndome que crea, que me dé cuenta de que la salvación ha llegado a mi puerta y es momento de aceptarla.

Elijo la salvación. Elijo el aumento –pequeño pero muy sustancioso– que se me ofrece por convertirme en capataz. Compraré un traje nuevo, compraré cinco o diez camisas, seré digno de la responsabilidad que se me entrega.

Salgo al pasillo, tambaleante. Tomado por sorpresa. Rebasado. Comprado como un cachorrillo en una tienda húmeda. Haré lo correcto. Cenaré con Verónica y Paruro y nos entregaremos a remembranzas y afectos alcohólicos. Luego penetraré a Verónica con renovada confianza, tal y como penetrarán los elegidos a sus compañeras en el cielo inconcebible. Y dormiré feliz cuando llame a mi madre por teléfono y le anuncie que al fin subí, que estoy en camino de ser todo lo que estaba destinado a ser. Grandeza, lujuria, quizás una casa propia.

No tengo derecho a privarme de ninguna felicidad, ni siquiera de esta, lodosa y maloliente, que me han deparado. Celebraré como cualquier empleado sensato. Sacaré una tarjeta de crédito y reaprenderé el uso del tenedor.

Y mañana dedicaré la resaca a recordar que los odio. Mañana comenzaré a planear la venganza.

–Te dije que subiríamos.

El escenario es La Atalaya. La voz es de Paruro, pero la decepción me corresponde. Si es que puede llamársele así a la constatación de que mi amigo es, y ha sido siempre, otro trepador como yo, pero con mejor fortuna.

Me lo explica todo: la compañía se sobresaltó con las bombas de clavos.

Alguien, un incógnito y genial asesor empresarial, postuló que era necesario repartir golosinas entre los empleados para recuperar el ánimo. No un aumento generalizado: no. Eso es para los débiles –y los dueños, alumnos de jesuitas, rieron con escalofríos de culpa: ellos quizás pensaban en el aumento general–. El bien no se hace en plural sino caso por caso. De otro modo el ejemplo no serviría de nada. De ello los convenció el asesor.

Lo primero era conservar el alma vacilante de Constantino en paz. Su padre, después de todo, es el salvador jurídico de la empresa y había estado a punto de acabar con el hijo convertido en alfiletero. Por ello el ascenso al piso de los ángeles y la concesión de que suba con él Paruro, la criatura encargada de llevarle los negocios.

Y el tercer elegido, el representante de los miserables a quien se le adornarían los churretes con el moñito del premio, era yo. ¿Cómo me eligieron?

–Mario te recomendó –respondió el ya celestial Paruro.

Imposible. Indeseable.

O nada de eso: me llamo Gabriel Lynch, soy blanquito y pobre, pero ellos saben que si me visten adecuadamente y ponen a mi disposición una cartera llena, podría resultar indistinguible de los amos. Al menos eso pensaba mi antecesor, el coronel Lynch, cuando se afanaba en linchar negros para que a nadie se le ocurriera hurgar en su propio árbol genealógico –no digo que el coronel fuera descendiente ilegítimo, de un esclavo negro: eso le decía mi madre a mi padre, en las épocas previas al divorcio, para joderle la noche. Y lo lograba.

–No pareces feliz –se preocupa Verónica.

Para remediarlo nos lleva a mi casa en su automóvil, llama a su marido para afirmarle que llegará tarde e ignora incluso sus turbias quejas. Revisa cada alacena de la cocina y prepara una cena con las tres latas de atún que hay y trae de la miscelánea de la esquina una botella del vino menos malo que se expende.

Me besa, me da de comer y me embriaga en pocos minutos. Y cuando me siente en su poder, comienza a hablar, camina por la sala manoteando como un general, exponiendo planes y motivos. Paruro dice que así era siempre antes, pero nunca pensé atestiguarlo.

Verónica dice que la idea de darle la paliza al marido de Myrna fue suya. Por eso compraron la ropa negra en una góndola de saldos del centro y convocaron un par de capuchas, otro de bates y un arma.

Verónica dice que fue ella y no Paruro, ese cobarde, quien disparó sobre el policía que quiso intervenir, que fue ella quien dio la mayor parte de los golpes a Arregui.

Y reconoce la historia de la impotencia de Paruro y la búsqueda de hombres, pero matiza, matiza siempre la perra, le quita importancia con el gesto y los ademanes de hombros y manos.

Estamos acostados en mi cama, ahora. Paruro se fue ya, quizás humillado. Ella se encarama sobre mí para evitar rasguñarse con el filo metálico del resorte. Deberé comprar otro colchón, ahora que puedo pagarlo.

Respondo sus confesiones con la mía:

–Yo incendié el Pontiac de Constantino.

Y le describo los días de planeación, la lectura del libro guerrillero que me dio la receta de la gasolina, la noche del fuego.

No sé si es nuestro amontonamiento o la narración de mi atentado lo que la entusiasma. Nos besamos. Hablamos de fuego, de resortes que accionan explosivos.

–Yo puse las bombas de clavos, las de la oficina, para joder a Myrna – dice entonces. La voz es suya, pero tan cavernosa que me asombra. Ella no cesa en la caricia–. Vi la receta en tu libro guerrillero. Tú no pasaste de la página de la gasolina. Pero yo llegué al final.

Me callo lo que pensaba decir. No puede mostrarse ningún punto vulnerable cuando te rodea una boa. Y estoy totalmente enredado.

–Myrna lo merecía. Por su culpa iban a matar a golpes a Paruro.

–Fueron más clavos de los necesarios.

–También le di a Mario...

–Y a Paruro.

–Él lo sabía.

Sí. Él sabía todo. Me entrego al abrazo de Verónica como quien se abandona al remolino.

No dejo de anotar una idea: debo escapar de ella, de la reina abeja, tan

pronto pueda.

–Te dejo. Instálate.

Paruro sale con la discreción de una serpiente y me abandona a la soledad del despacho enorme que fue de Constantino y ahora me pertenece.

Si me pongo en pie puedo contemplar, desde la ventana, la calle: el estacionamiento, el enrejado que divide los vehículos de los amos de los – escasos y sucios– de la servidumbre. No poseo uno. Paruro, en cambio, planea ya la compra del suyo. Me lo dijo esta misma mañana.

Fernanda me observa con rencor inocultable en la puerta de la oficina, que ha abierto con manos silenciosas. Qué negligencia. Debió tocar primero y se lo digo.

–No entres así de nuevo.

–Antes no tenías puerta.

Y aun así te arrodillabas y ponías tu boca y garganta a mi servicio, debería decirle, pero el poder obvia ese tipo de declaraciones. O mejor: las grita, las aúlla permanentemente. Incluso este mando menor me convierte en un látigo que la azota con su simple presencia.

–Necesito que firmes estos papeles.

Me entrega un legajo. No la invito a sentarse en la silla sin brazos destinada a los visitantes. Que se quede de pie. Firmo encima de cada línea punteada incluso antes de leer. Cuando finalmente lo hago, me entero de que ahora soy, como quise imaginar, «jefe de piso» y mi sobresueldo alcanza el cincuenta por ciento.

El último documento, copia de una circular administrativa dirigida por Constantino a la superioridad, establece que el ascenso se debe a mi «desempeño cuidadoso», mi «capacidad de trabajo en equipo» y, por supuesto, mi lealtad. Nadie asienta el hecho de que he ahorrado una fortuna al negocio al reciclar materiales, aun a costa de la calidad extrema que prometemos. No: lo que se premia es la sumisión.

–¿Piensas comprar un auto? –desliza Fernanda, que conoce de sobra el contenido de lo que he firmado y la próxima circulación de dinero en mis bolsillos.

No me afectan su ironía oficinista ni su culo secretarial.

–Insiste con Constantino. Dile esto: auto rojo o muerte.

Escuchar el nombre no oficial del gerente la hace brincar como si le hubieran dado un alfilerazo.

–Mario no quiere saber de mí –confiesa con tristeza no exenta de coquetería.

Si yo fuera el supervisor rencoroso de antes, no dudaría en ofrecerle cobijo y consuelo y me entusiasmaría ante el regreso de su carne a mi cama. Temblaría, seguro, al reencontrármela entre las manos. Pero ahora soy el pretendiente a un trono inconcebible para ella y el amante de una Lady Macbeth de carnes y lengua muy superiores.

Ni siquiera tengo que concederle una palabra de rechazo. Ya no tiene asunto alguno que tratar aquí y la oficina misma parece exigirle la retirada.

Levanto los ojos pero no la cabeza. Fernanda tiene las piernas largas, estrecha la cadera, pronunciado el maquillaje y los senos poco abultados. Es un plato de sobras listo para un perro. Uno como mi buen amigo el vicegerente, quizás.

–Paruro quiere un automóvil –le informo, con alguna compasión.

Sus ojos permanecen estáticos. Es tan limitada que el dato tarda en calar en su cerebro. Pero acaba por caer en la cuenta de lo que le digo: Paruro no será Constantino, pero está sentado a su derecha.

Fernanda se va.

Le he arrojado un cuchillo a la garganta a mi mejor amigo.

Qué remedio.

La guerra exige sacrificios.

No me complace el malestar. Tengo poca tolerancia ante los dolores de espalda, de cabeza, de muelas incluso, que me asaltan de un tiempo para acá. No debería sentirme así. Tuve la tarde libre y fui a un centro comercial, uno que había escuchado mencionar en las pláticas sobre compras que sostienen Fernanda y las secretarias. Por primera vez en la vida me fue concedida una ronda de compras.

Como jefe de piso, tengo derecho a un bono para adquirir ropa

apropiada para mi alto cargo y decidí que era buen momento para gastarlo. Hubiera querido la asesoría de Verónica –no confío en Paruro: su gusto en corbatas provoca náuseas–, pero no respondió el teléfono. Quizás sea un signo de que debo caminar solo.

Entré a una tienda lo suficientemente amplia como para pasar inadvertido. Antes de comenzar mi selección aguardé a que estuviera desocupada una dependienta que me interesó: una mujer de grandes caderas, con un gesto de seriedad profesional irresistible. Me obligué a seguirle las reacciones para decidir qué prendas me sentaban bien y de cuáles debería olvidarme. Me preocupé por la leve deformación de sus rasgos que delataba que algo no me sentaba bien. Me di por satisfecho una hora después. Si esta esclava tiene buen gusto, mañana seré otro hombre, me dije.

Luego fui a elegir calzado y accesorios. Vaya nombre para un departamento: *calzado y accesorios*. Fui atendido por un sujeto lóbrego y mofletudo. Sólo al salir del expendio me vi asaltado por la infelicidad. No estaba con Verónica.

Angustia y caída.

Vertiginosas ambas.

Vértigo.

Los síntomas del daño que nos hace una mujer son inconfundibles. La garganta, es quizás lo más notable, arde como si una fiebre la desecara. Duelen las articulaciones y se experimenta malestar estomacal y abatimiento.

No soy feliz. Nadie puede sostener, honradamente, serlo. No soy feliz porque he hecho depender mi felicidad de la fortuna de mis amoríos con un monstruo. Sin embargo, esos mismos amoríos me han proporcionado placeres y felicidades principales que no sería honrado negar.

No puedo decir que haya dejado atrás el deseo, el afecto, la amistad, ni mucho menos la rabia, el desdén, que me atan al cuerpo y hábitos de esa mujer.

Las conquistas fallidas, el sumario infinito de mujeres con las que hubiera querido sostener un noviazgo, entregarme a un largo beso o al menos a una rotunda y sucia cópula, mantienen intacto, al ser recordadas, el

poder de alterarme. He hablado de infancia, rencores, ideologías y he olvidado que un hombre es, apenas, bagazo y despojo, el escupitajo dejado por las mujeres que no lo eligieron.

Si el cuerpo pudiera construirse al libre arbitrio cada día, si la vida pudiera reformarse y se recobrar lo perdido y se eligiera no tener lo que se tiene, si nuestra apariencia y hechos fueran modificados a la medida de nuestros arranques y deseos, de cualquier forma la desazón y la infelicidad acabarían por alcanzarnos, porque el empoderamiento de los caprichos conduce al hastío.

Aunque nos afanemos, con caminatas y aparatos, en fortalecer el cuerpo y ejercitemos la mente con lecturas y discusiones, incluso si enaltecemos nuestro espíritu con la contemplación de obras nobles y edificantes, terminaremos decayendo y muriendo como el resto de las bestias condenadas.

Esto lo sé o presiento o me es tan fácil razonarlo que lo he podido escribir y sin embargo persisto en ello. Me entrego al esfuerzo y la irrealidad; disciplino mi apariencia y cultivo mis sentidos. Hubiera podido resignarme a ser lo que soy, un oficinista de poca estatura lleno de envidia, rencoroso. Pero la miseria, o más precisamente el odio que provoca y produce la miseria, despertó en mí un apetito incontrolable.

Si mi vida hubiera sido moderadamente próspera me habría quedado cómodamente en el lugar asignado, como se queda un ladrillo junto con los otros en un muro. A falta de bonanza, requerí otro combustible para seguir adelante. Mi motor fue el odio. Sólo el odio me permitió mantener el pacto con mi aliento.

Podría deducirse de las líneas anteriores que pertenezco a esa calaña de sujetos empeñados en despreciarse y extender el menosprecio al resto de sus semejantes. Nada menos exacto.

Bajo mi concepto, soy un ser admirable si se me compara con las tiránicas hormigas, los sanguinarios roedores o los estúpidos y serviles perros –pese a que sea tiránico, sanguinario, servil y estúpido.

No quiero pensar más. Dormiré ahora.

Mis zapatos nuevos me miran, desde la alfombra, con afecto.

Juan Arregui se presenta en mi despacho a primera hora de la mañana, acompañado por Myrna, su mujer. Este par de payasos, este par de fantasmas, esperan alguna clase de apoyo en su lucha sin sentido contra Paruro. Pero la empresa no toma partido en asuntos de adulterio y no hay nada que pueda hacerse por ellos. Los despedirán por pérdida de confianza y no tendrán liquidación alguna.

Los retengo frente a mi escritorio porque me complacen su esperanza y su desesperación. Ella se sienta en la silla sin brazos y él permanece de pie, silencioso y estúpido: marido engañado y mujer infiel, timados ambos, juntos, por el mismo burlador.

–Sólo queremos que nos despidan con lo justo –dice Myrna. Las cicatrices en los pómulos, los vendajes en las manos y la manera torcida de ocupar el asiento revelan que ni su cara, ni sus manos ni su trasero volverán a ser los mismos que antes de que los clavos de Verónica trajeran el paraíso a la Tierra.

–La policía culpa a mi marido de atacar sin motivo al licenciado Paruro y a mí de ayudarlo. Y no es verdad.

Podría explicarles lo que le importa la verdad al jurídico de la empresa o narrarles, quizás, las infinitas y misteriosas maneras en que opera el poder del abogado Castañeda y la velocidad sobrehumana con que su denuncia sería archivada. Pero no tengo madera de guía espiritual.

Les repito que no pueden esperar clemencia luego del incidente en que Arregui casi mata a Paruro y les deslizo el dato de que los investigadores policiales los consideran, además, sospechosos del estallido de la bomba con clavos. Los consterno, me temo. Cruzan miradas que confirman sus miedos. Presienten, saben, que no sacarán nada de esto.

Le ordeno a Arregui que camine a la caja y recoja los mínimos cheques de despido que les han sido concedidos. Ahora Myrna está sola. Antes de que me ofrezca sus entrañas o labios como pago a un hipotético socorro, antes siquiera de que logre solicitarlo, le impongo un gesto inapelable de silencio.

–Si tu marido vuelve a acercarse a Paruro, lo van a matar. Llévatelo, dale hijos. No vuelvan.

Le sostengo la mirada sin una sonrisa. Ella suda. Inclina la cabeza,

asiente y se larga. No puede darse una mañana por perdida si uno consigue separarse de alguien para siempre.

Fernanda llega poco después, los ojos y las caderas en llamas y una pila de documentos por firmar bajo el brazo. Me agrada el aire de mercancía en rebaja que ha adquirido: el maquillaje desbordante, la irrisoria ropa que exhibe muslos y senos como carne sazónada en un escaparate. Le mando localizar a Paruro para que le entregue los papeles. Ella se ruboriza: subirá al cielo y tendrá la posibilidad de practicarle una felación a un ángel.

A la hora de la comida –almuerzo, solo, en un restaurante antes inalcanzable a mi cartera; domino, desde mi ventana, el panorama de los viejos comederos– veo que Fernanda ha logrado llevarse a mi amigo a la mesa en un rincón, vino y flores por toda compañía. Los dos se retuercen, se tocan y gesticulan como animales en cortejo. Recibo una llamada de Verónica: su voz eléctrica y crispada se escupe en mi oído.

–¿Es tuya la idea de que la puta persiga a Paruro?

Muerdo el pan suave y terroso y le doy un trago al vino. La diferencia entre el buen y el mal alcohol es simple para el paladar: el bueno es una lengua ardiente sobre la propia lengua; el pésimo sabe como toda mi vida pasada.

–Más bien no he hecho nada para evitarlo. ¿Debería?

Verónica resopla y corta. Yo me concentro en el menú y delimito mis indecisiones del día a esta: carne o pescado.

Triunfa la carne.

Paruro toma a Fernanda por la cintura. Caminan hacia el automóvil nuevo de mi amigo, un cuadrado gris con ventanas ahumadas que representa todo un manifiesto del mal gusto.

Tengo que sonreír. Apenas he cobrado dos sueldos de subvicegerente y ya me dejo ver en un restaurante, condescendiente con las propiedades ajenas, que juzgo y condeno. Soy sólo otro hambriento venido a más.

Suben al automóvil, Fernanda primero y Paruro al final, como marca el protocolo. Lo llevará a un hotel, lo besará, lo desvestirá, permitirá que la penetre y le exprima los senos durante media hora y luego procurará

enredarlo, de nuevo, para mañana. Un día por vez, siempre, una promesa que se extiende, que intoxica.

En el fondo los envidio: en lugar de contorsionarme con una mujer desnuda tendré que subir al despacho de Constantino.

Amo a este hombre. Me conmueve cuando me recibe, pálido, agotado, y expulsa a Paruro de la oficina que comparten para hablar conmigo – Constantino tiene miedo de quedarse solo, descubro ahora–. Me gustan las manos húmedas que lleva de su frente al mentón y de regreso y las barbas ralas que, ahora, le decoran las mejillas.

Usa lentes redondos y de cuando en cuando, como disculpándose por su evidente mal estado psiquiátrico, estira los labios en una sonrisa repleta de dientes, sin la menor alegría.

Bajo sus ojos flotan dos islotes negros, rastros de insomnios y amaneceres de silencio y temor. Estoy excitado. Podría besarlo ahora mismo y arrancarle la camisa para admirar, con ánimo religioso, las cicatrices que le dejaron los clavos.

Las marcas rojas en el centro de sus manos deslumbran. Casi juraría que la luz pasa a través de ellas y anida luego en mis ojos, más sabia y mansa por haber tocado su carne.

–Estoy satisfecho de tus informes, Gabrielito. De verdad estás haciendo que se caguen para adentro, allá abajo. Muy bien.

Pese a sus palabras, aparentemente sucias y habituales, yo sé que el Mesías entiende que le sirvo por fe verdadera y no sólo, como Paruro, por la conveniencia del sueldo y las prestaciones superiores a las de ley.

Amo a este hombre. Lo veo desintegrarse bajo el peso de los días, encanecer, perder la forma. ¿No está su quijada un tanto más blanda que ayer? ¿No son novedad esas pecas y manchas en la piel de la frente? ¿No es esa camisa un poco estrecha para su cintura? ¿No se le notan los pantalones más ajustados, menos cómodos?

Me ofrece un cigarro, que rechazo. Enciende el suyo con pulso sísmico. Tose y eso lo hace recordar que su padre, el abogado Castañeda, el rey cerdo de los tribunales locales, tiene tos. Sugiere la posibilidad de que todo

mal se deba al clima, el exceso de calor seguido de ventarrones nocturnos que vivimos.

–Necesito que pongas orden en los talleres, también. Siempre hay un problema con las fechas de entrega. Ya tengo el intestino jodido de tanto quejarme. Esos idiotas creen que pueden meterme el dedo, ¿eh? Eso piensan: que nadie los va a apretar.

Un lento rubor le tiñe el rostro. La furia da un débil reflejo de vida a sus rasgos de molusco. Pero enseguida se apaga. Sólo queda, del amago, una vena latiéndole en la sien. Tose de nuevo y conjetura que un remedio natural, miel y limón o té de hierbas, es lo que necesita su padre. Yo pienso que a su padre lo que le hace falta son un par de tiros en la nuca, pero me cuido de decírselo.

–Sería bueno que te des una vuelta por los talleres. No avises que vas. Que se preocupen. Necesito que terminen un día antes *todo*, siempre. Un día entero. Eso nos haría aumentar quince, veinte por ciento al mes.

Es su consuelo, ahora: planear venganzas imposibles y lanzarlas contra las quimeras que lo atormentan. Aun así, no es mala idea extender el látigo hacia la zona de los perros más miserables de estos rumbos: quizás en su compañía mi propia miseria pasara a ser más llevadera, como si asistiera a uno de esos grupos de apoyo repletos de enfermos que compiten por ser el más grave, el más terminal y me diera cuenta de que lo mío es sólo gripa, jaqueca, comezón.

Le pregunto a Constantino por la compañía de Paruro y recibo con satisfacción una respuesta inesperada y completa: Fernanda sube todo el día, lo llama cada media hora, Constantino ya no sabe en qué tono decirle que no la invite...

–Apenas pensé que me había librado de ella y mírame, aquí de nuevo, mirándole la cara todo el día.

La incursión en las confidencias lo anima a seguir.

–Deberíamos ir de nuevo al burdel, Gabrielito, y tomarnos una botella o dos. Y romperles el culo a un par de putas.

Ya le avisaré cuándo será prudente que vayamos, prometo.

Un nuevo acceso de tos lo interrumpe. Le recomiendo llamar a su padre, cerciorarse de que esté bien. Se apresura a hacerlo.

Me complace que mi hombre, en cuyo odio he dado todo en la vida, sea un buen hijo.

He bajado al infierno sin Virgilio. Quién podría haberme guiado por estos corredores carentes de simetría. Qué ojo o mano inmortal: ninguno. Por ello decidí llevar mis pasos allá y descender por la escalera de metal, la que solamente los mensajeros y esclavos más infames transitan.

Los talleres son unos cientos de metros de ladrillo renegrido por el tizne donde pululan decenas de esclavos. Hierven, ellos y sus máquinas. Hay rollos de papel inmensos como los puños de Dios y cuchillas afiladas como Su lengua. El piso es un mosaico de recortes primitivos de cartulina, hogar pisoteado de todos nuestros desechos.

Pago las miradas de recelo que me dan los esclavos mostrándoles furia: quijada trabada, aletas de nariz distendidas y cólera fácil en el ceño y los ojos. No les entrego el desprecio de los amos sino la rabia de los iguales. Los conozco; podría arrancarles la piel a tiras.

Un capataz me sale al paso. Obeso, sudoroso, la piel de la cara punteada de tinta y pelo. Lo enfrento. Nota el brillo de mis zapatos y la dureza del almidón de mi camisa –tres buenos salarios consecutivos bastan para obtener un par de zapatos decente y una tintorería–. Cede: baja la servil testuz y muestra la cruz del lomo como una res cualquiera. Me entregaría el trasero, rojo y abierto, si fuera costumbre de la especie. Por suerte superamos ese punto hace unos pocos millones de años.

–No voy a hablar contigo. Manda a tu asistente.

Menospreciarlo, ante todo. Él no es interlocutor digno para el ángel enviado por los cielos. Que mande a otro, a un inocente, a escuchar el mensaje y lo obedezca luego.

El tipo se retira entre caravanas y de la sombra hace que me envíen a una chica morena, ávida, de ojos agrandados por las sombras del subsuelo.

–Cómo te llamas.

–María.

–Bien. Subirás cada día por órdenes. No hables con nadie más que conmigo. Y procura que el gordo se entere.

Ella, podría jurarlo, sonrío como lo haría una bestia a la que se da carne luego de un largo ayuno.

–Sí.

Tiene piernas largas y un trasero promisorio. Habría que alimentarla y asegurarse de que se lave con un jabón que no le deje la piel como el mosaico de manchas diminutas que es ahora.

Subo a paso lento y paladeo el silencio en que se sumen los esclavos y la mirada de horror que el gordo capataz entrega a su asistente, ahora su ama, cuando regresa a las sombras.

Encuentro tres recados de Verónica en el teléfono, cuando subo. La llamo y no responde. Así es ella: demuestra su poder haciéndome pagar la humillación de haber repetido una llamada inútil. Responde al segundo intento y me reprocha que no ayude a Paruro a deshacerse de Fernanda, como si fuera posible, como si yo lo quisiera.

–Ya veo que no vas a hacer nada al respecto de la puta.

–Suenas celosa.

Ella ríe.

–Deberías prestarme de nuevo tu libro guerrillero. No anoté la receta de la bomba.

Nos citamos para cenar y paso la tarde dedicado a analizar la sensación de estar perdiendo, de haber perdido, todo interés por ella.

Paruro me visita, ya de noche. Suda, la corbata es sólo un adorno caído sobre su pecho como el Cristo de la Pasión. Se sienta en la silla sin brazos y amaga con subir los pies al escritorio. Se arrepiente porque no alcanza: retrocedí la silla treinta centímetros para evitar, justamente, que se reprodujera ese gesto que odio.

–Fernanda es asombrosa. Pudiste avisarme, Gabriel. Me *tiene*. Nunca pensé que una mujer tan fuera de mi estilo pudiera tenerme así. Cómo coge.

Ahora podré pasar la tarde analizando la sensación de que esas palabras no me afecten en lo absoluto.

–No sabes cómo está de furiosa la Nena. La he cancelado desde hace una semana y ahora quiere mi cabeza clavada en un palo.

–Algo así quiere Verónica, también.

Paruro me observa y se calla la respuesta. Sabe que no me gustará oírla. En lugar de ello sonríe, se regodea en su éxito con las mujeres.

–Esta es una buena época, para mí.

–Supongo que es una buena noticia que se te pare con alguien que no sea un monstruo –lo conforto.

Su sonrisa se arruina.

Ese mismo gesto debió esbozar el Maligno cuando se percató de que los ángeles leales iban a ganarle la batalla.

El burdel es un páramo esta noche. Yo soy el jinete solitario que lo cabalga. Las putas son cactus indistintos que no deseo. Las luces imitan al sol sin entusiasmo alguno. Visito y aborrezco. Este soy yo: Gabriel Lynch, una mano firme en la pistola.

Eludo a las putas que me acosan débilmente y me aposento en la barra. El primer trago ofende mi paladar y el segundo lo taladra. Para el tercero estoy dispuesto a caminar a la oficina de Carla, incordiarla. Lo hago, tambaleante y ebrio, concentrado en hacerle la noche miserable.

La encuentro maquillándose. Observa con severidad el pellejo colgante bajo su cuello y procura ocultarlo del espejo con una garra que acerca a su garganta como si pretendiera ahorcarse. No voltea a verme y ni siquiera rechista cuando me sirvo agua en un vaso abandonado, seguramente suyo, y la bebo.

–Hola, tía.

–Yo no soy tu tía, pendejo.

–Mi jefe quiere verte.

Ella retira la vista del espejo pero no me la entrega. Se revisa las uñas y se acomoda los senos en el sujetador que esforzadamente los contiene.

–Pues que venga. Dile.

Se pone en pie y da unos pasos inciertos. Enciende un pequeño radio chirriante que eructa canciones sentimentales. Procura tranquilizarse; se bambolea sin prisa, como un péndulo: a punto de detenerse pero aferrado al

movimiento aún. Me extiende una mano que no tomo. La perra piensa que puede hacerme bailar. Ridículo. Infame.

Odio el baile desde que tengo memoria. No de un modo envidioso y frustrado, sino con beligerancia. El baile es pasatiempo de descerebrados e irreflexivos, de arrogantes e indignos: nada arruina tanto la imagen que tenemos de alguien como verlo sacudirse en una pista, girar o contraerse o incluso dar de brincos como un escolar.

He procurado siempre escuchar música violenta, incapaz de provocar las fraternidades asnales de la danza. Mi peor desprecio para el hombre que se crea aquello de que a la mujer se la conquista bailando. Condescender al baile es el mejor modo de pertenecerle, convertirse en mascota.

–Ven. Baila esto.

Es fácil darse cuenta de que Carla ha consumido algún estupefaciente y bebido un mar de alcohol. Fuma y se bambolea. Pero el frío que me corroe desde hace unos días, desde mi ascenso y aumento para ser precisos, me impide levantarme y convertir su invitación en manoseo o cópula.

Famélica como una hiena, drogada como un criminal, Carla se menea junto a mis manos, entrecierra unos ojos saltones, infectados de algo más que cansancio.

Alguna vez, hace años, fui débil y bailé. Empeñado en la patética seducción de una mujer casualmente conocida en una fiesta, acepté levantarme de mi silla y mecerme a su ritmo. Demostré cierta habilidad mínima para hacerlo; al menos ninguna risotada ajena me fue dedicada. Pero la humillación me marcó: aquella mujer merecía que le robara el bolso y la ropa íntima, tal y como hice por la madrugada, en el hotel donde la dejé dormida y cuya cuenta me cobré con el dinero de su cartera.

Carla no debería correr mejor suerte. La dejo allí, no estática sino mutable y monótona, como una nube de humo entre la pedorrera del radio.

–Traeré a mi jefe. No lo olvides –le indico.

–Sí, tráelo. Puedes darme dinero desde ahora, si quieres que sea sorpresa.

–Harías eso por mí –no pregunto: afirmo.

–Haré lo que pagues. Y nada menos.

Se afana en acercarse. Me besa la cara y trata de acariciarme el pecho.

Le entrego unos billetes y le prometo más, le prometo drogas o un arma, lo que prefiera. Ella asiente y baila. Sólo baila.

Estoy por quedarme dormido, en el taxi que me lleva a casa, cuando Verónica llama.

No saluda. Tampoco pregunta dónde estoy metido hace días, por qué no la busco, por qué no la veo.

Me explica en voz muy baja que su marido ha estado entrevistándose con detectives o algo así.

No le presto demasiada atención. Estoy ocupado.

Respirando. Respirando. Respirando.

Me dice que no le importo un carajo y me dice que no puede estar separada de mí. Le digo: ambas opciones son contingentes y falsas. Pide un vaso de agua y yo me sirvo otra copa, la tercera. Me toma la mano con la suya, dulcemente, y luego me clava las uñas en el dorso como un gato irritado.

Verónica: ropa impecable y peinado sereno. Elogia mi camisa y el reloj de pulsera que compré ayer. No decimos nada. Terminamos –es un decir– la comida y caminamos por la calle, como siempre, rumbo a ninguna parte. Parece que todos los detectives del mundo están aburridos de seguirla por el supermercado, la escuela de la niña, el trabajo y el salón de belleza sin toparse con el amante que deberían encontrar. Ayer renunció el segundo en un mes. Hoy lo festejamos con nuestra primera comida en semanas.

–No puedo seguir, ahora –dice ella–. Voy a terminar enamorada de Paruro o de ti. No puedo seguir.

Lo ha pensado bien, como era de esperarse. Su niña crece y resiente la locura de celos endémica del padre. Su posición en la empresa depende, totalmente, de su suegro y familia política. Por si fuera poco, la pongo apática, ahora.

–Quizás me excedí con los clavos. No eres la misma cuando pones una bomba de clavos –bromea. Nos estrechamos las manos y terminamos reunidos en un abrazo deportivo, de mutuo alivio.

Me apresuro a subir a la oficina de Constantino, a quien el miedo o el

calor tienen derrengado en su escritorio. Paruro me mira llegar con resignación y se inventa una visita impostergable a Fernanda para largarse. Constantino levanta la cara como un perro acalorado.

–Bien por tu informe, Gabrielito. Se ve que le estás tomando la medida a los talleres. Sigue así. Cógetelos. Y que les duela.

–Te veo cansado.

Se le escapa un gesto amargo.

–Mi padre sigue con dolores de pecho y la tos no lo suelta. Y a mí me duelen las manos, ¿sabes? Esos clavos me jodieron la vida.

Lo invito al burdel y asiente con un entusiasmo que aprecio. Qué más puede pedirse, sino que el ganado camine con pie seguro al matadero.

Constantino ya no maneja, porque el dolor en las manos no lo abandona, así que detengo un taxi. Por el camino le pido al conductor que se detenga en un banco y me aprovisiono de dinero. Carla querrá más y se lo daré.

Hay pocos clientes hoy, en realidad ya nunca hay demasiados clientes. Debieron huir a lugares donde las mujeres tengan más carne que osamenta, donde a nadie le retumbe el cerebelo por el volumen de la música ni se le tuesten las córneas bajo el calor absurdo de las luces. Dejo a Constantino en la barra, medio encorvado, casi penoso en su fragilidad. La luz revela que no ha estado rasurándose como se debe.

Carla no está en el escritorio; vomita en un minúsculo baño anexo a su despacho. Vaya tía que tengo. Una puta decadente que consume drogas de mala calidad. Aguardo a que se reponga y aliste y no le sugiero que se enjuague la boca: me parece muy apropiado que le apeste cuando se la besen.

–Te ves mal.

–Estoy mal. Putas operaciones para adelgazar. Me duele el cuerpo todo el día.

–Ya está aquí, afuera.

–Tráelo.

Le doy dinero, mucho más. Ella no lo cuenta. Cierra los ojos y respira.

De verdad comienza a parecer un espectro, como si la vieja Carla desdeñosa se desecara y su piel tratara con vano esfuerzo de contenerle unos huesos pujantes, irrefrenables, que no pararan de crecer.

–Te esperan, jefe. La maestra en persona.

Constantino parpadea estúpidamente. Me mira como un niño de dos años miraría a su padre. Como si su padre estuviera a punto de sacrificarlo sobre una piedra. Como si la voz del Señor mismo le hubiera ordenado que lo degollara.

Tomo un trago en la barra y espero. Diez segundos. Doce segundos. Un minuto. Luego camino a la habitación vecina a la de Carla, la que ella indicó. La luz debe estar apagada y me encargo de que sea así. Descorro, por intuición, la cortinilla del fondo y entonces los veo. Constantino está ya sobre ella y la monta como todos los patriarcas del mundo han montado a sus esclavas desde la cuna de la historia. Embiste y resopla. Es evidente que la mujer lo drogó: sus movimientos tienen algo espasmódico, como los de un insecto decapitado.

Parecen disfrutarlo.

Supongo que esta ventana es usada por sujetos que se masturban mientras contemplan la escena.

No volteo al piso. No lo confirmo.

No lo necesito.

La paz de espíritu, he descubierto, era esto.

No soy un animal. Mi instinto está embotado. Pero la inquietud se percibe, se mastica. Sé que algo sucede desde que cruzo el estacionamiento vacío. Es como si pudiera presentir el sonido de cristales rompiéndose que escucharé cuando cruce la puerta.

La chica de la recepción tiembla tras su mostrador reluciente y le explica al teléfono –un policía, debe ser quien la escucha– que hay un tipo armado en el edificio de la empresa. Algunos empleados se lanzan ya a las salidas: son los cobardes que escucharon decir que hubo disparos en el segundo piso y experimentaron una nostalgia incontenible por la calle.

Yo sé que nada puede pasarme, el cielo y el destino no lo permitirían, y

por ello subo altivo como un cruzado, aunque estorbado por la marejada de esclavos que huyen, que tropiezan y se pisotean mutuamente, que arrojarían al abismo de la noche a su mejor amigo a cambio de vivir cinco minutos más.

Mi mejor amigo.

Está tendido en el descanso de marmolina del segundo piso, sorprendido a un paso de los ascensores, quizás al borde de la escapatoria. Hay sangre en su boca. Su espalda es una llaga humeante.

Miguel Paruro, el tipo que era demasiado listo para resignarse al destino de esclavo que le deparaban, el seductor de feas, el irónico: el muerto.

Miguel Paruro el ambicioso, el traidor, el que me usó como silla para encaramarse al tercer piso: el muerto.

Me inclino y lo abrazo y sus ojos entreabiertos –no de vida, sino por un mero acto mecánico– se cierran. La cáscara vacía que fue un hombre, el hombre que fue mi amigo.

Cómo no llorar a los muertos. O para qué hacerlo.

Un nuevo estruendo anuncia más disparos, más muertes. Abandono a Paruro al suelo y camino hacia donde resuena el cristal roto. La oficina está vacía. Todos escaparon o se esconden bajo escritorios y mesas, aterrados, paralizados, yertos.

Sin arma en la mano camino: algún par de ojos que brillan en la oscuridad de un armario me encuentran e imploran que me esconda, pero no lo hago, avanzo. El cristal que se rompe suena en Contabilidad, la zona donde trabaja Verónica.

Encuentro un segundo cuerpo un par de metros antes del pasillo posterior. Es una mujer alta, abatida de un tiro en la cabeza. Hay sangre en el muro y un diente, como perla abandonada, en mitad del suelo. Es la Nena, descubro al mirarle la cara.

Y entonces comprendo: su marido, el policía, debe estar repuesto ya de sus heridas. Ella debe haberle confesado la aventura con Paruro por despecho. Paruro la estaba eludiendo. Y quizás entonces vinieron el propósito de venganza, la muerte de mi amigo, una discusión con el

cornudo que devino en la muerte de la Nena... Le doy otra mirada a sus rasgos quietos. Nunca una mujer tan risible tuvo un costo tan alto.

Me arrojo contra la puerta de Contabilidad, que parece atrancada. No lo está y termino rodando por el pasillo, indefenso como un caracol caído de la rama.

Suena un disparo cercano, un grito. Una mujer descalza aparece, me elude y gana la puerta. Otra más, enloquecida, se arrastra penosamente hacia la parte baja de un archivero.

Me incorporo y entro a la oficina principal de Contabilidad. Verónica está sentada en su silla, pálida, aferra un retrato enmarcado de su hija en las manos. A sus pies, un hombre yace derribado como la ruina de una columna.

El policía, el marido de la Nena, fue un débil y se suicidó al final.

Verónica me mira. En silencio. Sabe que si el sujeto llegó hasta este punto es porque Paruro está muerto. Cierra los ojos; estrecha el marco del retrato en sus manos.

La ayudo a ponerse en pie. Tiembla. Se detiene en seco ante el cadáver de quien pudo ser su asesino. Con una fuerza repentina le escupe el rostro y le planta el zapato en el pecho.

Se deshace de mi apoyo y se endereza. Ilesa, furiosa, se larga pasillo abajo. La sigo. Apuesto a que correrá a encontrarse con el cadáver de Paruro y que gritará cuando lo vea.

Pierdo la apuesta. Lo que hace es ir en busca de Fernanda, rebuscando bajo los escritorios y dentro de los reservados de Diseño y Revelado y hasta en el baño, abriendo puertas y gavetas con tirones furiosos, pegando de gritos.

Finalmente da con ella, oculta en mi propia oficina. Su cara asoma en la puerta del baño cuando nos escucha entrar. Tiene el maquillaje corrido y se muerde el labio inferior con tal fuerza que le bajan dos hilos de sangre a un lado y otro de la boca.

Juntas, como María y la Magdalena, las mujeres se dirigen hacia el cuerpo de Paruro. Lo lavarán y sepultarán apropiadamente, quizás. O quizás sólo lo devuelvan al infierno del que no pudo salir más que por una corta temporada.

La aventura de mi amigo en la escala de Jacob terminó.
Ha caído.

–Deme más pan, si me hace favor –ordeno a la mesera.

Sostengo la copa a medio beber en la mano y observo el vino al trasluz.

La muerte no es cortés. Su cuchilla cae: jamás espera. Paruro, lo sé, se reiría de estas reflexiones, por otro lado inevitables. La muerte llega y silencia todo y pocas vidas llegan a ser algo más que puntos suspensivos cuando son tajadas.

Elijo un guiso complejo y escaso, que sabrá bien y combatiré al comerlo, espero, el exceso de vino que me abotaga ahora. La mesera se contonea y sonrío, perra en busca de un amo que le tire algo de carne para sus crías. Quizás recuerde que debo ser generoso, porque yo mismo he sido una de estas bestias mendicantes y no es imposible que vuelva a serlo.

El policía que mató a Paruro, el marido de la Nena, jamás tuvo un nombre ante mí. Lo vi con vida una sola vez y otra muerto. Cómo pensar lo que sea al respecto de él, cómo hacer otra cosa que suponerlo celoso y comprender y lamentar que tuviera los medios para descerrajarle de tiros por la espalda a mi amigo cuando le huía.

Comprender. Lamentar. Qué farsa. Lo cierto es que lamentaré la suerte de Paruro en algún momento. Pero no esta noche. No mentiré aquí ni diré que lo extraño. Nos frecuentábamos menos cada vez, habíamos comenzado a estorbarnos. Ignoro si él interpretaba el asunto como un combate, pero sospecho que habría llegado a verlo, como yo lo hice, de ese exacto modo.

Ahora nadie impide el paso, me decía yo mientras Verónica y Fernanda se abalanzaban sobre el cadáver. Ya puedo omitir cualquier clase de sentimentalismo y retar al amo, a Constantino, sin la incómoda alianza con Paruro de por medio. Un cerdo no debe concederse la comodidad de un amigo. Espero ser el cerdo que devore al cordero en que se ha convertido el gerente.

La mesera deposita el plato frente a mí y me sirve el fondo del vino en la copa. Agradezco su discreción. Indica todo por gestos, sin hablar casi, y asiente para dar cuenta de que escucha, comprende, obedece. De verdad que

el guiso es bueno. El sazón, excelente. Carne que se deshace en la boca como un queso fresco. Soy un esclavo que perora de quesos: me asombro un poco.

¿Me avergüenzo? No.

Me divierto.

Paruro me simpatizaba. Comprendo, ahora, la mutación de costumbres que sufrió luego de su ascenso. Un hombre no es el mismo luego de ganar dinero. El dinero extrae al buitre que vive en nosotros, es como sangre que le tirara del olfato. Comprendo la ropa sedosa que compraba –aunque no comparto la pésima paleta de colores que se empeñaba en elegir– y el buen corte de cabello que se procuró, al final.

No es imposible que Constantino se derrumbe con la muerte de Paruro, si la interpreta como nuevo atisbo de que la tragedia lo rodea.

Quiero pensar que vuelve a ello por las noches, desde aquella, tan lejana, en que como un poseído del Maligno salí a la calle y le prendí fuego a su automóvil.

Dedico otro pensamiento a Paruro. Es lo mejor que puede hacerse por un muerto: digerirlo, perdonarlo, quererlo incluso. Un muerto nos pertenece. Dejamos de lado su mal olor, su irritante propensión a irrumpir en la propia vida y manipularla, su altanería cobarde. Nos quedamos con el carisma. Somos la buena esposa del muerto. Lo arropamos y le encargamos la boba misión de decorar nuestra memoria, de sostener mansamente el candil que alumbra un par de recuerdos inocuos.

Nos inquieta la prefiguración del propio final que es cualquier muerte. Pero sabemos olvidar, matizar, digerir, como he dicho ya, absorber lo que nos interese y defecar el resto. Bonita teoría de borrachera: el olvido como mierda.

Rechazo el café. La mesera parece contrita. Le dejo una propina exagerada pero no tanto como para que se sienta obligada a rechazarla. Si fuera alguien como el gerente, me apostaría a esperarla a la salida: es una mujer delgada y eficiente y quizás amara bien durante una noche o dos.

Pero todavía el viejo asco ronda por mi estómago. Hay que dejar a los esclavos en paz, me digo, hay que dejarlos *esencialmente* en paz. Quizás

haga como Paruro y al final opte por ser un moderado. Apenas alcance lo alto de la escala, quiero decir.

Fernanda sabe que está al final del camino. No ha venido con esperanza alguna de seducirme. También comprende que Constantino –a quien insiste en llamar *Mario, Mario*, como si ese nombre invocara al todopoderoso que se ha ido– no volverá a llamarla a su lado.

Me complazco en seguirla con la vista: como una abeja estúpida, deambula sin tino por una oficina donde ya nadie le da los buenos días. Tocó el cielo con Constantino y aspiraba a regresar del brazo de Paruro. Pero el aire de las alturas la envenenó. Nunca estuvo preparada para lograrlo. Ha sido una puta objetivamente menos competente que yo.

Yo soy una puta excelente.

Ahora mismo podría demostrarle a Fernanda que cualquiera de sus hombres me quiso y quiere más de lo que llegó a quererla a ella. Escupo mentalmente en mi comentario y a la vez lo celebro: hay algo en el poder que nos hace comportarnos como viejas damas celosas.

En ocasiones, los vagabundeos de Fernanda la traen a mi oficina. Ahora que no está Paruro, yo mismo debo subir una vez por día para llevarle los documentos por firmar a Constantino: permisos, vacaciones, préstamos, multas por retrasos, reportes de insubordinación. Todo el elenco de divertidas labores que Fernanda debe tramitar y entregarnos.

La chica de Recursos Humanos. Eso y nada un centímetro mayor es, de nuevo. No más objeto de deseo, no más princesa de los pasillos. Fue un objetivo estratégico y fue superado. La guerra le pasó por encima sin que se diera cuenta. Ahora es una reliquia, un trofeo polvoriento en el fondo de una vitrina.

Cuando siento que quiere deslizarme algún comentario, entrego la mirada al muestrario de papeles, ese pozo sin fondo que ahora rara vez consulto. No deseo escucharle otra palabra, amén de las imprescindibles. Me complazco en maltratarla, en hacerlo minuciosamente.

He dedicado tardes enteras a ignorarla, a que mi desdén sea simétrico en todo momento a su necesidad de acercarse. He visto con aprobación cómo

comienza a repetir dos o tres días el mismo par de zapatos, cómo la tela de su ropa adelgaza y oscurece. Espero la inminente aparición de la primera arruga en su cara.

Entretanto riego a María, le dedico mimos y atenciones como una anciana a sus plantas.

Me gusta María. La primera vez que subió a la oficina se comportó como un cachorro. Recorrió todos los rincones y se asomó por cada ventana y al interior de cada cajón, husmeando, olisqueando, en busca quizás del rastro de otras mujeres.

Verónica nunca albergó dudas sobre ella. En alguna de sus inusuales visitas se entregó con todo interés –zoológico, dijo ella, tan hija de puta como siempre– a contemplarla.

Pero María es menos basura de lo que ella misma está dispuesta a aceptar. No es que haya leído a Platón, claro, a quien yo mismo conozco apenas: somos oficinistas. Pero no es una estúpida. Es una chica inquieta, inconforme, amarga: tierra más que fértil.

Lo primero que le enseño es que *Mario* es un nombre público y soso y que ha de referirse al tipo que debe aprobar todo lo que yo ordenaré como *Constantino*. Lo segundo que aprende es que *Constantino* –repito, *Constantino*, no te confundas, ese es su nombre– es un amo tambaleante, que no ha sabido defender sus privilegios. Se pensaba que la cuna, la raza, el tipo de señorito, lo iban a mantener a salvo de los buitres y está por descubrir que no.

En pocos días, María devora libros, adquiere ropa que evidencia sus formas; en pocos días aprende a dominar con un gesto a las secretarias y aterrorizar a sus ex compañeros de los talleres. Narra, con deleite, el sudor que invade al gordo cuando se asoma por allí.

Me impaciento por llegar al punto en que la llevaré a la cama, pero entiendo que cada día que espere la presa me será más dulce de llevarse a la boca.

Ella, sin embargo, es veloz. Una noche me atosiga con documentos, revisiones, presupuestos, hasta que la oficina está vacía. Entonces, simplemente, sube a mis piernas. Me muerde. Gruñe cuando la toco. Es ideal.

Su cercanía sofoca, como la inminencia de la lluvia. Sus grandes ojos observan, procesan, juzgan.

Quizás este sea el primer paso de mi propia muerte. Pero qué paso, en suma, no lo es.

Quiero un animal como yo, uno que muerda al primero que se asome a su jaula y aproveche para escaparse.

La dejo leer estas líneas, todas, incluso las que la mencionan. Ella aprende, abre sus ojos enormes y aprende.

Siento que mi máscara está a punto /
de caer.

Diego Castañeda, al fin. No es que pensara demasiado en él, pero voy a honrar la memoria de Paruro, que tanto lo odió, dando fe de que no mentía al considerarlo repulsivo.

Visita a Constantino, justo en mitad de nuestra reunión semanal de revisión de contratos, y se aplasta en una silla del despacho como si su presencia fuera necesaria, esperada.

–Tengo que hablar con mi hermano, Gabrielito. Discúlpame un momento.

Eso dice Constantino y yo quisiera que su glande fuera el desayuno de una cobra por llamarme con ese diminutivo idiota para hacer reír al marido de la mujer que quise. Diego sube los pies al escritorio y lleva las manos a su nuca. Se acomoda para pasar un buen rato.

Aprovecho la coyuntura –lo siento: estoy leyendo el diario todas las mañanas y su lengua bestial se contagiapara visitar a Verónica y contarle.

La encuentro en la máquina del café, luego de llamarla y pedirle que me vea, como en aquellas tardes cursis que procurábamos antes de darnos cuenta de que habíamos dejado de interesarnos.

Ella es esquiva con la confidencia: no quiere, y lo dice, otro Paruro que el original, nuestro llorado muerto. San Miguel Paruro, mártir de los burladores.

–Acá está, arriba, tu marido. Constantino lo citó.

–Es por su padre. Sigue mal. Lleva dos semanas internado. Su tos no

mejora y él jura que tiene unos dolores de pecho espantosos.

–Se los merece.

–Sí. Ojalá se le salgan los pulmones por la boca.

Habla sin mirarme a la cara, fuma y analiza con detenimiento sus zapatos.

–Estoy viéndome con Ricardo, el jefe de contadores.

–¿Sí? ¿El gordito? Será un celoso de mierda.

–Lo es. Pero tiene conversación. ¿Tú cómo vas con la mujer de la selva?

–Bien.

Nadie que nos viera pensaría que hemos pasado los meses últimos dedicados a la planeación y ejecución de explosiones. Nadie apostaría que no somos los oficinistas soporíferos que parecemos. Quién podría deducir que ella colecciona amantes, que apaleó a los maridos y las mujeres de su amigo, que colocó una bomba de clavos en la oficina para vengar una afrenta más o menos imbécil. Creo que ni siquiera yo lo recuerdo.

Tampoco pienso mucho en el Pontiac incendiado, que tanto tiempo fue el orgullo de mis noches: sólo me falta una pieza por quemar, y cuando lo logre estaré a un solo paso de tener mi propio Pontiac, de convertirme en el enemigo luego de comerle el corazón.

Lo que no sé, lo que nunca supe, es lo que quiere ella. Se lo pregunto.

–Un hombre. No sé. O muchos. Que mi hija esté bien. Conocer gente.

–Y matarla.

–Y matarla, a veces, claro.

Ya no sabemos reírnos. Terminamos nuestros cigarros y nos separamos en silencio. Arriba, Diego y Constantino siguen en su plática. Manotean.

Ceno con María y la llevo a su casa, una covacha asimétrica en un suburbio –si tan elegante término se aplica a las manchas cancerosas de casas que aparecen cada tanto a orillas de la ciudad.

Ya de regreso me sorprende el sonido del teléfono, la llamada.

–Sí, quiero que seas el nuevo Paruro.

La voz de Verónica parece más lejana que el pobre recuerdo de mi amigo.

–Diego acaba de amenazarme. Tiene fotos mías, con Ricardo, en una cama.

–Encontró un detective menos aburrido que los otros. ¿Te quiere divorciar?

–No. Sólo quiere enojarse, pasarla mal. Me ordenó que dejara de ver a Ricardo y me dijo luego que no le importaba si lo veía, pero que llevara a la niña a las clases de ballet por lo menos dos veces a la semana...

La noche es fresca. No me interesa escucharla pero lo hago. Tengo un buen televisor, ahora, y escucho música en grandes bocinas, discos comprados por puñados luego de años de imposibilidad. Hay paquetes de plástico en los sillones, en la mesa y en el suelo, y objetos a medio desempacar. Libros, ropa, discos. Todo lo que deseo. El menor de los psicólogos podría desentrañar el origen y la finalidad de mis acciones con una facilidad insultante.

–Así que tendré que llevarla al ballet dos veces por semana, para que él pueda visitar a su padre, mientras agoniza, y sacarle la mayor herencia posible.

–Bien hecho. Yo no haría otra cosa.

No: de verdad que no.

–Se está portando como loco.

Con esa información me recibe María en la oficina, cuando regreso en la tarde. Narra, en pocas palabras, que hace una hora que Constantino bajó para exigir unos informes que se le entregaron hace un mes. Al recibir las copias necesarias se restregó la cara y la encontró, como si no lo supiera ya, mal rasurada y reseca. Se miró largamente en el espejo del baño anexo a mi oficina, mientras María lo espiaba desde la seguridad del escritorio.

–El agua era azul –rememoró Constantino, como un poeta romántico.

–El agua.

–La del retrete.

Luego se asomó por la ventana y le habló largamente de su Pontiac perdido y de cómo una vez llevó en él a Paruro («No lo conociste. Te hubiera simpatizado») a La Atalaya, adonde no se atrevió a subir.

–Terminó por irse.

Le recomiendo a María que le dé un vistazo a la correspondencia selecta de Constantino que guardo en un cajón, impresa, desde que logré extraerla de la máquina que fue suya y ahora me pertenece. Ella sonríe y se aplica a leer. No quisiera ser su objeto de estudio: su mirada gélida me aterra.

Subo a la oficina del gerente. Tiene la persiana bajada y echado el seguro de la puerta. No sabe, sin embargo, que me quedé con la llave de Paruro. Entro sin hacer ruido. No quiero alertarlo.

Dormita en el sillón de los invitados, hace chirriar la imitación de piel que lo recubre al mover por reflejo alguna mano. Me aposento en la silla de su escritorio, cautamente. No es incómoda, vaya que no, pero mi trasero no frecuentará el mismo asiento que el suyo. Mandaré que la cambien cuando todo esto me pertenezca.

Despierta dulcemente. Se sobresalta al verme en su silla: una gárgola entrometida en su sueño.

–Gabrielito...

Le extiendo, otra vez, los informes que solicitó en la mañana. Ni siquiera los revisa. Se talla los ojos con las manos y tose. Así me gusta: frágil.

–Tengo que llamar a mi padre.

–Hazlo.

Disfruto al hablarle en un tono autoritario que no puede ser interpretado como tal. Si Constantino se detuviera un instante y tomara nota de cómo me dirijo a él, probablemente me despediría.

Mientras hace su llamada, recorro la oficina con ojo experto. No me agrada el exceso de madera pulida. Quizás mandaré colocar vidrios en la estantería y traeré unos cuantos libros: ese tipo de decoración suele deslumbrar a los habitantes de los círculos celestiales, quienes, desde luego, no leen un carajo.

Ordenaré que retiren la alfombra. Tampoco me agradan los cuadros con manchones de tranquilizantes colores pastel, que son por sí mismos una refutación del arte abstracto: formas que no confrontan a nadie, basura destinada a decorar.

–Mi padre está en consulta. Tuvo un acceso de tos muy fuerte y los

dolores de pecho empeoran.

Constantino suda. La boca debe saberle mal, a polvo y ceniza. Tiene la mitad del cabello fuera de lugar, aplanado en uno de los costados de la cabeza. Su camisa, los faldones asomados de la cintura como tentáculos, es un muestrario completo de arrugas. Una desaprobación inquisitorial se leerá en mis ojos, porque baja la cabeza, se desliza al baño y aparece dos minutos después recompuesto, el cabello engominado, aunque sus ojos siguen tan inyectados que parecen hervirle en las cuencas.

–No me siento bien. Tomé unas pastillas. Estoy mal, de hecho. Me siento muy cansado, Gabrielito...

–Son casi las ocho. Hora de irse.

Asiente y toma su saco. Se deja conducir a la calle en silencio. Pensará en la tos de su padre, ese ardor terrible de pecho que no le permite dormir.

Ni siquiera reacciona cuando detengo un taxi y lo invito a subir sosteniéndole la portezuela.

–Lo que necesitas es vino y una mujer: eso te pondrá de buen humor –le digo. Imito su viejo tono sabiondo con deliberación. Él sube sin pestañear.

Siempre es fácil conducir al niño hacia el altar donde habrá que cortarle la garganta, Señor.

Así lo has ordenado.

¿No lo mencioné? Dios proveerá el cordero para el holocausto.

Bebo mi alcohol y espero. Anoche estuve aquí, con dinero suficiente como para que tres putas se hubieran cortado la garganta por sentarse en mi regazo. Carla lo recibió con la resignación de un adicto. Noté que bajo su nariz luce ya una costra parda de sangre, que fuma incontroladamente, que la misma saliva que se le desliza cuello abajo, tras brotar de sus comisuras, deja un rastro negro de vino barato.

Bebo mi alcohol. Espero. No le concedo la mirada al tipo de la cantina ni la paseo por las carnes de jamelgo de las mujeres que se acercan. Que se busquen otro oficinista, uno con sangre en las venas en lugar de este fango ponzoñoso que parece circular en las mías.

Fue simple llevar a Constantino al altar. Cinco copas y un par de

mujeres en las piernas bastaron para dejarlo listo. Le dieron de fumar y se empinó el bote de pastillas. Una chica aceptó llevarlo con Carla, al privado, a cambio de un simple billete.

Carla avisó, por medio de otra puta, que podría ir después de cinco minutos a la ventana, pero la posesión y el desperdicio del tiempo me deleitan y pierdo quince o mil más. Espero hasta agotar el vaso y ser resurtido, antes de caminar al palco de honor.

No me cubre el pecho una bandera ni espero el aplauso de ninguna lerdá multitud, pero me pavoneo, de cualquier modo, mientras avanzo por el pasillo hacia la pequeña habitación anexa desde donde contemplaré el cielo.

Pensé en traer a María –su instrucción no se detiene ante ningún escrúpulo–, pero será mejor que se conforme por esta vez con mi crónica.

Estas son, finalmente, páginas escritas para sus ojos.

Solicito la indulgencia del auditorio, como en las viejas cortesías del teatro, y descorro el telón.

Tengo un buen reparto. Constantino: un príncipe rubio, de recio cabello ensortijado y credenciales jesuitas en comercio y filosofía. Sí, eso dije, filosofía. ¿No es *odioso*? Carla: una puta enflaquecida, viciosa, cansada, víctima del progreso y la prosperidad de sus jefes. Si la hubieran dejado engordar como gerente del burdel, habría conservado alguna dignidad.

¿Qué hacen? Lo que ordené. Lo que pagué por que sucediera. Ella lo ha desnudado, lo ha colocado boca abajo, en el lecho mugroso, y ahora ata sus manos entre sí a la espalda. Constantino babea: ha debido beberse ya la copa con el sedante. No demasiada cantidad, según ordené: esperamos que su capacidad para el dolor no haya disminuido.

Le tapan la boca con cinta adhesiva porque es rápido hacerlo y porque le dolerá al serle retirada. No le vendan los ojos para que pueda verse en el espejo. Apostemos por que la pesadilla lo acompañe incluso si logra mantenerse más o menos incólume después de esta noche.

No hay para qué describir las sucísimas maniobras preparatorias, que comienzan con un masaje de espalda con aceite y que devienen en el uso indiscriminado de dedos y lengua. Constantino sólo mueve la cabeza, hacia un lado y otro, con gesto neutro de virgen renacentista.

Entorna los ojos.

Le gusta.

Por ahora.

El propósito, *de entrada*, era iniciarlo en los placeres que los ángeles de la ciudad alta, en sus suburbios amurallados, se conceden de cuando en cuando, quizás por auténtica curiosidad, quizás sólo para presumirlo a sus compañeros del club.

Pero el fin no puede ser ese. El fin es destrozarlo, arrojarlo desde lo alto de la escala y verlo rodar: la cabeza que golpea en cada escalón y se deja un trozo de cuero cabelludo en cada uno; el hueso de mano o pierna que se tuerce en un ángulo del todo equivocado; el desgarrón que arruinará la cara para siempre y le vedará todos los espejos.

Ahora Carla se desviste con unos pocos movimientos eficaces. Regresa con la botella de aceite, mucho más aceite, que vierte en la espalda y trasero de su víctima. Se coloca entonces el cinto negro que lleva adherido el juguete. Se exalta con él ante el espejo. Brinca y el falo plástico brinca con ella, como el medidor de un velocímetro demente.

Constantino mira en el espejo a Carla y luego observa sus propios ojos: redondos, enormes. La cuerda que sujeta sus manos se tensa pero el nudo resiste. La cinta que tapa su boca se comporta de manera impecable, acalla el menor gemido. Qué triste no poder oírlo, ni leer su pensamiento.

Porque yo pienso una historia que oí hace mucho tiempo.

¿Dónde están esos hombres que vinieron a tu casa esta noche?

Cuando Carla se aproxima a su trasero, como un macho cabrío a la vez enteco y enardecido, abandono el teatro.

La última instrucción que tiene es que lo ahogue en vino, al terminar, y lo entregue luego a un taxi.

Yo regreso a casa. Camino, un pie tras otro, me deleito en la contemplación de estrellas.

Cómo hablar de la plenitud de la felicidad, mortales.

Desayuno fruta y café, luego de mi sesión de gimnasia. Tallo mi cara con un jabón espumoso y suave. Hay una mancha negra en el lavadero de la cocina, que descubro al enjuagar la taza: una vieja secuela de aquella ropa

quemada a Fernanda hace mil años, cuando me engañó con el gerente. Unos pocos minutos de frotarla con un estropajo la hacen desaparecer. Todo ha desaparecido, mutado, todo se desvanece.

Compro los diarios en el puesto de la esquina y detengo un taxi. Eludo la conversación del conductor con monosílabos y reviso las carteleras del cine y el teatro y hasta las de las exposiciones de pintura. Quiero comprar un cuadro grande para la sala. María me llama y lee la agenda del día con voz apresurada. Algo quiere decirme pero no se atreve a romper el protocolo. Aguardo a que termine, le indico un par de cambios y, finalmente, sin interés, pregunto si le pasa algo.

–Vino a primera hora de la mañana. Desastroso. Cojeaba. Se fue a encerrar a su oficina. Me asomé hace un rato y miré por entre la persiana. Lo está metiendo todo en cajas.

–Muy bien –me limito a decir.

No le pido al conductor que acelere ni cambio de página. En el diario hablan de un pintor que hace retratos de mujeres desnudas «en poses inauditas». Anoto la dirección de la galería que lo exhibe. A Verónica le gustaba hablar de pintura, pero nunca le hice el menor caso. Quizás debería pedir su consejo. Quizás no.

La recepcionista me sonrío por vez primera desde la fundación de la ciudad. El clima artificial del edificio me agrada esta mañana. Ni fresco ni caluroso. El elevador es silencioso, veloz. María tiene una falda corta, que muestra un par de muslos espléndidos, y una gran sonrisa malvada en la cara.

–Renunció. Están los jefes reunidos, arriba.

Sostengo su cabeza entre mis manos y coloco un beso en la frente.

Cuando me siento en la silla y comienzo a revisar los papeles del día, me percató de que en la puerta de la oficina hay un corrillo de cinco secretarias, tres diseñadoras, dos supervisores y la mujer del aseo. Los encabeza Fernanda, mal vestida y sarcástica.

–¿Sabes algo de Mario? Parece que se va. Bajó hace un rato a regalar su taza y su bolsita de café importado...

Uno de los supervisores, el asno de entintados y cartulinas, le ríe la gracia. Es un tipejo con el pecho hundido como una cuchara y que depende

para sobrevivir de un par de grandes anteojos. Será la nueva esperanza de Fernanda para ascender, me digo. Pobre mujer.

Los disperso con un gesto y vuelvo a mis papeles. Envío a María a obtener la bolsita de café importado, que es excelente y no debe acabar en los labios y estómago de algún imbécil.

Entonces llega la llamada.

—¿Lynch? Soy Hugo Machado, el nuevo coordinador general.

—En qué puedo servirle.

—Sube al tercer piso, por favor. Tenemos un problema y quiero saber si puedes resolverlo.

Verónica está de pie, ante el elevador. Cruzada de brazos, con su aire de niña seria.

—Estoy contenta, si quieres saberlo.

Me hace una caricia en el cabello y se da media vuelta. Casi podría jurar que es verdad.

Hugo Machado es un tipo calvo; la piel rosada lo hace parecer un lechón. Habla demasiado. Me aguarda a la salida del elevador y me conduce a un despacho sobrio, con libros y cristales frente a ellos. ¿Tengo o no los gustos de un coordinador general?

—Es una casualidad enorme, Lynch. Hace dos días sustituí a Sergio Figuera como coordinador general. ¿Lo conociste?

—Nunca.

—Figuera decidió renunciar. Es probable que quiera formar una empresa como esta, aunque le llevará tiempo reunir dinero. Esto es carísimo. Ya sabes: maquinaria, insumos, personal, instalaciones. Demasiado dinero.

—...

Yo sólo quiero saber cuál es el motivo de renuncia de Constantino. Pero Machado no lo dice. Sólo desliza una y otra vez su comentario sobre la casualidad de haber llegado al puesto hace dos días y encontrarse con que su inferior inmediato, el gerente, renunciaba esta mañana, dejándolo en un atolladero. Sólo que... Sólo que Mario C. Castañeda, antes de largarse, había recomendado plenamente a Gabrielito Lynch como el hombre que podría resolver sin lugar a dudas los problemas de la empresa.

Soy una perra: acepté la oficina en el piso tres y un aumento de sueldo asombroso a cambio de que Hugo Machado no tenga que preocuparse de algo tan absolutamente vulgar como trabajar: eso lo haré yo.

En el elevador, de vuelta, practico.

Necesito articular de inmediato una colección de gestos dignos de un gerente.

Es Constantino. Corre. Es un cromó detenido en el aire de la mañana: corre por el vestíbulo del edificio. Manos arriba, manos abajo, con ritmo. Sus zapatos, las puntas de ellos, hacen contacto con la marmolina barata. Luego no. Y regresan. Su rostro desencajado. Un mechón de cabello fuera de lugar. ¡Dónde hay un retratista que lo capture! ¡Qué ojo, qué mano inmortal!

Arriba, me enteran de que su padre, el abogado Castañeda, el hombre que sodomizaba a la justicia local –quizás le excitaba la venda sobre sus ojos– ha sufrido un infarto.

–Me sorprendió verlo aquí, todavía.

–Vino a recoger su finiquito de ley –me cuenta la secretaria–. Y entonces llamaron para avisarle. Corrió. Al menos ya se había guardado el cheque...

Esperaré una hora o dos antes de llamar a Verónica. Supongo que el abogado Castañeda estará bien muerto para entonces y alguien encargará que me ocupe de que diseñen y redacten la esquela para los diarios.

Mando llamar a María y le ordeno que le entregue el breve texto que escribo –un panegírico descarado– en el mismo momento a un diseñador. Los ojos le brillan, cuando lee el nombre del muerto.

–Es...

–Es el padre de Constantino, sí. Que le pongan una cruz discreta.

Se va, contoneándose. Me entusiasma la manera en que su cuerpo comienza a mostrarse ávido.

Me olvido del asunto: prefiero leer.

He ocupado los días últimos en la lectura de narraciones obscenas. No hablo de obras literarias, pues pecan de artificiosas y raramente está nuestra

inteligencia a su altura: me refiero a esas curiosas confesiones en donde personas torpes y corrientes pretenden convencernos de haber sido capaces de seducir a alguien.

Lo probable, lo seguro incluso, es que nadie que tenga la habilidad de hacerlo se tome la molestia de confesarlo. Lo probable es que sean meras imaginaciones, pero nada refleja mejor lo que una persona desea que aquello que finge haber conseguido. Así, jovencitos solitarios y temblorosos narrarán con minucia sus húmedos encuentros con sirvientas, maestras y primas vírgenes; cuarentones ventrudos y poco aseados asegurarán poseer de los modos más retorcidos a colegialas rozagantes; hastiadas solteras dejarán saber que han sido fornicadas por toda una tribu de poderosos y oscuros nativos.

–Ya están trabajando. ¿Quieres algo más?

María está de vuelta, silenciosa como un lince, en la puerta. Me gusta que diga las cosas con este aire conspirativo. No hay necesidad de que hable más fuerte.

–Nada.

–Bajaré a los talleres, para asustarlos un poco.

Le sonrío.

Todas estas malas historias que leo comienzan con una descripción falseada de los propios encantos. Hay sujetos que declaran miembros de treinta centímetros como si el municipio fuera a enviar inspectores con cintas métricas a su despacho. Hay, también, chicas que embellecen sus flacideces y estrías y las hacen pasar por turgencias y lisuras. Pocos, o ninguno, son capaces de hablar de verrugas, asimetrías, obesidades e insuficiencias. Apenas una escasa caterva de exhibicionistas es capaz de describirse en términos poco favorecedores, pero incluso ellos suelen ostentar la fuerza de su personalidad y el magnetismo de su fealdad como arcanos de su cacareado éxito.

No he leído a nadie que acepte ser común, aburrido o simplemente soso, que reconozca que ni estética ni histrionismo alguno le permiten aspirar a los cuerpos perfectos de los elegidos, que diga sencillamente que su mediocridad le ha granjeado apenas la cercanía de una o mil personas mediocres con las que frotarse.

Yo pertenezco, huelga decir, a la clase de sujetos que atribuyen sus triunfos y derrotas a un carácter chillón y a ese oculto deseo de ser poseídos por la fealdad que tienen los agraciados.

Y atribuyo mi victoria a eso: no era más guapo que él, pero fui despiadado.

María sube de los talleres con el aire satisfecho con que regresa un gato de cazar aves.

El agua me refresca la boca. El segundo trago me permitirá hablar sin necesidad de aclararme la garganta primero. No quiero dar la apariencia de deliberación mal contenida de quienes carraspean antes de decir algo.

La vi desde hace unos minutos, deslizándose como una nube por el fondo de una galería, con un vestido simple y liso, elegante quizás para el juicio de los amos que se preocupen por esas cosas. Contempla los cuadros con imparcial desdén o quizás solamente con incompreensión e impaciencia. No la he visto demasiado últimamente, pero conozco de sobra sus rasgos, los he malabareado lo suficiente en mis ensoñaciones como para no confundirlos con los de otra. Me acerco unos pasos, hasta lograr entender lo que conversa con la amiga que la acompañaba. Verónica profiere sin pausa una tormenta de sentencias pretendidamente agudas sobre lo que ve, los cuadros y sus colores, las personas y sus zapatos.

Tarda en reconocermme: llevo ropas nuevas y ostentosas.

Levanta la mano en señal de saludo mientras yo me acerco y detengo mis pasos justo donde la pequeña sombra proyectada frente a su cuerpo termina. El escote muestra lo decente y el maquillaje revela cuidado y alguna vanidad. Espero a que esboce la sonrisa y extienda el brazo con algún desgano, como si más que a estrecharle la mano aspirara a tomarla por la muñeca y besarla en el dorso. Y entonces doy media vuelta y me marchó, eludiendo su mano lacia y tendida y una mirada de sorpresa en que la irritación –que será veloz y explosiva– aún no resulta aparente.

Gano la calle a buen paso y doblo por la primera esquina sin volver la mirada. Un par de calles después, cuando resulta evidente que el episodio ha concluido, me recompensó con otro largo trago de agua. Experimento la

sensación de omnipotencia que debió arrebatarse a quien descubrió la bomba de neutrones.

Suena el teléfono en mi pantalón. Es ella. Tomo la llamada.

–Eres un niño, Gabriel. Ya volverás.

Quizás.

Pero no pronto. Esta es la historia de mi odio. Esta es, inevitablemente, la de mi amor.

Estoy de vuelta en la oficina, el lunes.

Es temprano y tendré una reunión con el coordinador, en el tercer piso, una vez que instale mis pertenencias en la oficina que fue de Constantino en sus días finales. Parezco predestinado a seguirle los pasos.

Quizás debería comenzar a preocuparme del pobre y rencoroso que tratará de quitarme el puesto. Identificarlo. Sofocarle las ambiciones en el nido. Cercarlo, ganármelo. Darle esperanza y desestimarlos luego. Ahora comprendo que eso hizo Constantino y no debe ser una buena estrategia. No: debo subir. Debo cercar, debo apegarme al rencor, aspirar a la oficina de quien me sonrío desde lo alto. La luz final de la escala sigue lejos. Y perseguirla es el objeto.

No me dejaré vencer por un miserable. Llegaré al último escalón y, si caigo, caeré desde lo más alto, sin posibilidad alguna de sobrevivir.

Ahora entiendo que la pasividad que me ha invadido es sólo un descanso, pero el tiempo de dormir terminó.

Verónica sale del ascensor y se va directamente a mis brazos. Estamos en el descansillo de marmolina, justo en el lugar donde asesinaron a Paruro. Una casualidad sin significado. No: no creo ver su sangre bajo mis pies. Ya han trapeado lo suficiente.

–No voy a divorciarme de Diego. Sube. Arriba hay muchas chicas.

Verónica me besa y las puertas del ascensor se cierran tras de mí. Ella no puede saber que no necesito a las chicas de arriba, porque incubo una serpiente en la sombra, una mujer sucia y temible para que me acompañe. Aferro mi pobre caja de pertenencias entre los brazos (guardo, en la caja,

algunos explosivos, gasolina, un cuchillo y una pistola). Mi viaje dura menos de quince segundos. Estoy en el piso tres, informa la campanita.

Las puertas se abren.

Me rodea el aroma a bosque de ensueño, una luz inmaculada que parece emanar de cada rostro, de cada pirueta lasciva en el cuerpo de una secretaria, de cada plafón repleto de neones.

Camino a la luz; me pierdo, gozosamente, en ella.

Me siento particularmente bien, esta noche, por si les importa. Estoy ebrio o camino de estarlo y me entrego a la pereza, dando vueltas en la cama aunque tengo una mujer, dispuesta, a unos pocos metros. También tengo una pistola nueva, una montaña de libros sin desempacar y suficiente ropa como para llenar un par de armarios que sin duda tendré que conseguirme.

Pienso en tonos de madera, en la textura de un saco, en una cazadora negra de piel. No necesito ocultar el hecho de que me estoy convirtiendo en un idiota.

Pienso cada vez menos. Pero soy astuto: sé exactamente qué paso dar. Ya no me importa pensar, recordar, justificarme. Nunca pretendí otra cosa que dinero y lo tengo. ¿Qué se le puede agregar a la perfecta rosa?

María está en la ducha, carne fresca en espera de mis dientes. No le permito quedarse más que los viernes y sólo porque el sábado puede levantarse tarde. Me gusta hablarle durante horas: ser escuchado, devorado y admirado por sus ojos enormes. Supongo que es otra de los muchos vicios deliciosos que tiene mi vida ahora.

Sé que esta felicidad es el primer paso a la quietud, que me volveré transigente y por tanto débil y entonces otro supervisor miserable saltará de la oscura selva del piso dos a mi silla. No puede uno ganarse unas alas sin que un pobre diablo las añore.

Pero esta pausa de paz es sólo un recreo, ya lo dije. No duermo: dormito. Conozco lo suficiente mi hambre como para saber que volverá, fortalecida. No estaré seguro en la silla de Constantino, por la simple razón de que dejé demasiado en claro cuál era el camino para desalojarla. Incluso

los idiotas de los talleres presienten que fui yo quien provocó el alud que arrastró al ángel al abismo.

No: no me quedaré aquí. No me quedaré siquiera en el departamento – que no rento, todavía– en la avenida Del Prado: quiero una mansión. Se sube un escalón por vez, pero no se deja de subir, porque hacerlo equivale a la muerte. Y demasiado he caminado ya, con los pies hechos jirones, como para dejarme caer ahora.

El escalón que sigue es el de Hugo Machado. Su círculo celestial parece cómodo. No me gusta que hable tanto, no me gusta tampoco que me ordenara trasladarme a la oficina de Constantino antes de que se hicieran los cambios que ordené.

Él quiere que todo siga igual y yo también, pero sin su concurrencia. Habrá que saberlo todo: dónde vive, quién es su mujer y con quién se acuesta en la oficina. Habrá que ser encantador con su secretaria y experimentar con María: será útil saber si se le puede atraer con su cuerpo y enredarlo en algo sucio o ilegal. Me parece, de entrada, un blanco más débil que el que acabo de cobrar. Pero no puede subestimarse a nadie en esta altura: las caídas desde aquí matan.

Hugo Machado: te arrepentirás de que tu madre le haya abierto las piernas a tu padre, la noche aquella de tu concepción. Llorarás al recordar que emprendiste los estudios equivocados. Lamentarás haberte cruzado, incluso sin voluntad de tu parte, conmigo. Cada paso que te haya acercado a mí lo recordarás con un escupitajo y preferirás lanzarte desde una ventana antes que mirarme a la cara, cuando descubras quién soy.

No hay un Dios al final del camino, Hugo.

Sólo círculos concéntricos de ángeles cada vez más odiosos, alas y rostros arrogantes y estúpidos.

Subiré, estoy subiendo, porque mi lugar es el trono al final de esta escala.

Porque vuelvo al trono que quise y del que fui desposeído.

Alguien me detendrá, al fin, toparé alguna vez con un ángel fiel que me lance otra vez hasta lo más bajo. No lo dudo.

Pero no serás tú y no será esta vez.

Y mientras llega ese día, habrá tiempo de sobra para el fuego, el fuego

que me hace hervir y que no deja de caminar conmigo.

La ventana exhibe una noche negra como el infierno.

Camino a la ducha.

María ni siquiera rechista cuando tomo entre mis manos sus pechos perfectos y resbaladizos como peces.

LA LUCHA CON EL ÁNGEL

Desde que murió mi padre las cosas se han complicado. No es que fueran sencillas antes, pero mi padre, el abogado, el rey, podía resolverlas sin mover apenas un dedo. Sólo han pasado un par de meses desde el infarto y ya me siento incapaz de ocupar el puesto de cabeza de familia con su limpia eficacia. Tampoco es que haya que ocuparlo: tenemos suficiente dinero como para no preocuparnos durante algún tiempo, al menos hasta que nuestra idiotez haya terminado por despilfarrarlo todo.

Mi madre ha sido sabia: mete todo lo que puede, todo lo que nos arrebató a Diego y a mí, a una cuenta de banco y se sienta en ella como el dragón que cuidara un oro infame. Vive de un modo indigente, me temo, pero quizás le deberemos unos años más de comodidad cuando siga a su marido al sepulcro.

Hace ya dos años que dejé la oficina. No he soñado una sola noche con ella, aunque hoy desempolvé uno de aquellos estúpidos trajes, inevitable para asistir a esta entrevista de trabajo. Me interesaba dar la impresión de seriedad que tanto agrada a los amigos de mi padre.

Figuera, que fue mi jefe en la oficina aquella, ha abierto un despacho de distribución de equipos de impresión y me he ofrecido para su gerencia. Comimos, bebimos un poco y terminó por ceder. Un poco por nostalgia, me temo, y otro porque sabe que puedo controlar a su gente, que sé usar el látigo. No ganaré tanto dinero como antes, explica, *el negocio apenas comienza, tú sabes*, pero el salario es lo que menos importa: necesito suelo para mis pies, rutina. El pálido Figuera lo sabe.

Cuando se marcha me quedo en el restaurante. No sé adónde más ir. Bebo unos tragos y fumo un poco de hierba a espaldas de los meseros. Es casi una travesura, porque estoy en una terraza al aire libre, sin mesas ocupadas a mi alrededor, pero siento que me devuelve un poco de la valentía que perdí. De nuevo tengo secretos.

O no: hay un tipo mirándome desde un rincón oscuro, un tipo bien vestido, el cabello muy corto y un aire rapaz que me incordia. Así debí

verme antes, como él. Lo acompaña una jovencita vulgar y bien arreglada. No será hija de familia, supongo. No sé lo que sea.

Estoy sudando pese a la sombrilla que evita que el sol me abofetee de plano. Me he aflojado la corbata y disfruto el alcohol y el dulce humo de la hierba y me siento como si pudiera salir de esta cáscara de casimir que me arropa y caminar desnudo por el prado, hasta la fuente, hasta una buena tarde o una buena vida.

Cuando finalmente regresa el mesero estoy ebrio y debo soportar sus reconvenciones: mis alrededores y el jardín todo apestan a hierba, al parecer. Debo obsequiarle algunos billetes para que perdone y olvide y para evitar que el incidente llegue a oídos de Figuera, que frecuenta el lugar. Debo cuidar mis espaldas, ahora que soy huérfano.

Camino despacio a la salida, mareado, azaroso el paso. Tengo miedo de manejar, tengo miedo de la gente, así que decido bajar por la avenida para buscarme un buen taxi. Voy a dar el primer salto a la calle cuando me intercepta el tipo que me miraba en el jardín. Su chica permanece unos pasos detrás, con un aire irónico que confunde. Es joven y cruel: lo veo en el rictus de su boca.

¿Vendrán, al fin, a prenderme, a reclamarme que matara a golpes a la puta aquella?

–Qué sorpresa –dice el sujeto.

Me toma por la corbata y comienza a apretar el nudo. Siento que me ahogo, mis piernas son agua y no pueden sostenerme ya. Él me mira, sonriente como una hiena, labios apretados y ojos felices. Su traje es oscuro y el lazo de su corbata no podría ser más perfecto.

–Listo. El nudo estaba flojo.

Lo reconozco. Es Gabrielito Lynch, el chico de la empresa al que recomendé para sustituirme. Me abraza con afecto, como siempre, pero mi mareo es excesivo y el sol o el susto o las consecuencias de haber pasado dos años a dieta de hierba y pereza me provocan escalofríos. Siento como si Gabrielito, pese a su obvia alegría por encontrarme, estuviera planeando mi asesinato. ¿Qué es lo que temo? Este tipo es un simple gerente, serio y sensato, no un detective privado. Llama a la chica, que acude con la pereza de una gata. Querrá presentarnos.

–Mira: él es *Constantino*. *Constantino* –remacha como si yo mismo no supiera mi segundo nombre. Me hace gracia que lo use: nadie, desde la escuela, eligió ese vejestorio latino para nombrarme.

Ella sonríe pero no con los modos afables que se esperan de una presentación. Parece una niña que analizara con curiosidad el insecto al que piensa arrancarle las alas.

–Le debo *tanto*...

Lynch me suelta y se mete las manos a los bolsillos velozmente, como si mi tacto ahora le resultara intolerable. No ha dejado de sonreír y emite una suerte de gruñidos de agrado que no invocan sin embargo ninguna alegría. Mi pecho y mi frente han sido conquistados por el sudor y me agobian unas ganas incontenibles de orinar, de cagarme encima, de echar por la boca, la uretra o el ano lo que oculto. Tengo miedo.

–Cómo va la vida, Gabrielito –logro articular, con torpeza de intoxicado.

–Bien. *Gabrielito* va de maravilla –responde, mirando de soslayo hacia la muchacha, quien baja la mirada, conteniendo una carcajada. O al menos eso parece que hace. Estoy helado, de verdad. Son como unos gatos jugando con un pájaro medio muerto.

Comprendo, en ese momento, que no se han ido porque el mozo no habrá regresado con su automóvil. Y no, desde luego que no, porque desearan conversar. ¿Justifica ello este pánico?

–Me gusta tu traje –concede Lynch–. Me gustan los cortes de entonces. Hace... ¿tres años?

–Dos –rebato con voz fantasmal.

Ellos ríen de nuevo.

–Dos, claro.

Yo jamás me fijé en la ropa de Lynch hasta hoy, debo reconocer. No sé qué decirle. ¿Era mala? No sería peor que la del resto de los trabajadores. Mañana iré a comprarme un par de trajes, para no avergonzar a Figuera. ¿Eso lo habrá convencido de darme el empleo? ¿Me veo *mal*? Pues bien: estoy mal. No sé si vuelva a estar bien jamás. No puedo ver una silla de metal sin vomitar. Pensar que con una silla así yo...

Me alegra escuchar a mis espaldas el sonido traqueteante de unas llantas

de automóvil en la arenisca. Es el suyo: una máquina sobria. No reconozco el modelo. Será una novedad. Ya no me interesan los automóviles.

Le entregan las llaves a Gabrielito. La chica se despide, si es que lo hace, ladeando la cabeza. No tiene mal cuerpo, vaya que no. Le miro las piernas cuando sube al asiento del conductor. Lynch captura mi mirada, la desvía con la suya y cuando lo logra asiente, las manos en los bolsillos y el gesto deliberado.

–Jacob le gana al ángel –dice.

–...

–En la Biblia. Le gana. ¿Recuerdas? *Has sido fuerte contra Dios y los hombres y lo has vencido.*

Me encojo de hombros. Estoy mareado, las ansias por orinar son más fuertes que la memoria y decido regresar al interior del restaurante, apenas se larguen, para desahogarme. Necesito hierba y un poco menos de miedo.

Él levanta una mano y dice adiós.

Se marchan. El sol le acaricia la espalda a su automóvil y golpea cada ventana. Me molesta, es como si una pequeña campana resonara en mis oídos.

Pienso en mi infancia, en la clase de catecismo que nos daba en el colegio el padre Vela, en las lecturas continuas y obligatorias de la Biblia. No quiero pensar más en el No matarás.

Ya, recordé el pasaje *preciso*.

La lucha con el ángel.

Es cierto: el ángel pierde.

Edición en formato digital: septiembre de 2011

© Antonio Ortuño, 2007

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2007

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3326-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es